

FOLLETINES  
DE  
"EL MERCURIO"

**Los Salteadores del Mar**  
POR PIERRE MAEL

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA DE "EL MERCURIO"

Compañía esquina Morandé

1913

FOLLETINES  
DE  
"EL MERCURIO"

**Los Salteadores del Mar**  
POR PIERRE MAEL

SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA DE "EL MERCURIO"

Compañía esquina Morandé

1913

# PROLOGO

## El mar salvaje

Se acercaba la noche. Escudriñando el horizonte, ya de por sí obscuro, veíanse hacia el oeste manchas fuliginosas que resaltaban sobre el azul del cielo con reflejos cobrizos.

Ni el más leve soplo de viento turbaba la tranquilidad de la inmensidad azul. Desde Gorké-Greiz hasta la isla de Sein reinaba en el mar profunda calma. “¡Mala señal!—decían los pescadores de Audierne y de Douarnenez—; siempre que el Raz se duerme despierta al estruendo de la tormenta!” En aquella ocasión, si el Raz no estaba completamente dormido, por lo menos dormitaba de un modo extraño.

De vez en cuando experimentaba sobresaltos inesperados, y esas terribles pesadillas del océano que lanzan bruscamente las olas a cincuenta metros de altura sin que se pueda explicar su origen.

Era un anochecer otoñal, una de esas tardes calurosas, durante las cuales parece que el firmamento va a desplomarse sobre la tierra; tan pesado se hace el ambiente, tan fatigosa la respiración.

Dos hombres, encaramados sobre las tajadas peñas de Saint-Thei, escudriñaban afanosamente el mar. Ambos vestían el traje de los marineros de la costa: chaquetón de gruesa lana, gorra inclinada sobre la oreja y pantalones de lienzo gris remangados hasta la rodilla. Sus músculos atléticos y su piel bronceada se mostraban por las aberturas y rotos de la tela con ese tinte dorado que solamente el sol y el

viento del mar son capaces de imprimir. Observaban con gran curiosidad el Raz desde la punta del Harnero hasta la roca de la Vieja.

Sus miradas, tan pronto temerosas como alegres, se iluminaban cada vez que el cielo se encapotaba más, y se entenebreía, al observar el más insignificante desgarrón de las plumizas nubes. Los dos hombres hablaban en bajo bretón.

—Keinek—decía el más joven, hombre de unos treinta años,—cuando el viento viene del sudeste, como ahora, el chubasco pasa a lo largo del Sein y sólo descarga en alta mar.

—Sí, Arc’han—dijo el otro.—Pero si el viento cambia al sud sudeste, hay naufragios seguros.

—No lo sé, Keinek. El faro de la isla está allí para avisar a los vigías. Necesitamos fuerte oeste para que haya botín.

Hubo una pausa. El cielo cambiaba de aspecto y también la bahía de los Muertos.

En efecto; el viento sopló a lo largo del Sein, y sus primeras ráfagas, orientadas, del sudoeste al noroeste, aborregaron el mar, en calma hasta entonces.

El océano empezó a rugir. Una franja de espuma corrió como una arruga gigantesca desde los confines del horizonte hasta el pie de las rocas, franqueó sin detenerse los primeros picachos, que desaparecieron bajo el agua, y del primer embate escaló diez metros de la granítica montaña de Plogoff.

Keinek palmoteaba de gozo.

—;Viva el Raz!—exclamó triunfalmente.—El diablo nos envía el oeste para alborotar el mar.

Arc'han permanecía silencioso, absorto en la contemplación de aquel cuadro.

La tempestad se acercaba rápidamente.

Eran las seis de la tarde del 25 de septiembre.

Allá en el poniente, el sol, visible todavía, proyectaba sangrientos reflejos sobre la costa.

Las rocas estaban iluminadas y el cielo, cada vez más sombrío, parecía reflejar un incendio siniestro.

Pálidos relámpagos preludiaban la caída del rayo. Las olas chocaban furiosamente. La escasa claridad del crepúsculo envolvía en una luz infernal aquella escena prodigiosa, y el huracán se anunciaba con tan terrible aspecto, que los dos marineros se santiguaron, como poseídos de vago temor.

—;Que nuestra Señora tenga compasión de los navegantes que se aventuren por el Raz esta noche!

—;Eres muy joven, Arc'han!—dijo Keinek riendo de una manera singular.

—;Que nuestra señora tenga compasión de los muchachos de Lescoff y de Clédén! ;Hace ocho meses que no tenemos un naufragio; ocho meses que no bebemos buen vino! ;Que nuestra Señora nos envíe un buque inglés, pues mejor será que esos herejes hincquen el pico que no que nosotros nos pasemos otros ocho meses en ayunas!

Los dos hombres seguían escrutando el horizonte.

El sol había desaparecido. Habíalo substituído una mancha pálida recortada por un cerco de nubes; los relámpagos refulgían a derecha e izquierda; el mar, completamente blanco de espuma, rugía con espantoso fragor.

—;Buena noche se prepara! ;Viva el Raz! repitió Keinek.—;Esta noche beberemos lindamente!

De pronto se dilataron sus ojos y prorrumpió en un grito formidable de alegría.

—;Rayos y truenos! ;Arc'han, mira uno que pierde la brújula!

Y con el brazo extendido señaló a su compañero un punto negro que se destacaba sobre la claridad lívida del poniente.

—;Vive Dios!—exclamó el otro.—;Al parecer, es un vapor de alto porte! ;Cómo se atreverá a entrar en el Raz con un temporal como éste?

Una exclamación sorda salió de los labios de Keinek.

—;Maldición! ;Han encendido el faro del Sein!

Entre las tinieblas del sudoeste se vislumbraba, en efecto, una ráfaga luminosa. El fanal de la isla brilló entre las sombras de la noche.

—;Vámonos!—dijo Keinek.—;Nada tenemos que hacer aquí! ;El vapor tiene todavía tiempo para ponerse a salvo!

Y levantándose de la roca, cogió del brazo a su compañero.

Se alejaban con la cabeza baja, indignados contra aquel mar que desde hacía cerca de un año sólo les arrojaba objetos inútiles.

Habrían andado ya una media milla cuando Arc'han, que volvía la cabeza de vez en cuando, detuvo a Keinek, diciéndole:

—;Mira! ;El faro ya no brilla!

—;No te burles!—respondió el viejo bretón.

—;Digo la verdad!

Keinek se volvió a su vez.

—;Tienes razón!—exclamó.

—;Nuestra Señora se ha acordado de nosotros!

—;Hum!—murmuró Arc'han.—;Pero talvez no sea por esta noche!

—;Quién sabe! El vapor estaba demasiado comprometido.

Si hubiera visto la luz quizás se habría salvado. Ya verás: va a creer que ha perdido de vista el faro y se dirigirá al este. Seguramente se estrellará contra el puente de los Gatos.

De unas cuantas zancadas volvieron a su punto de observación.

La tempestad era cada vez más terrible.

El viento, soplando del oeste, penetraba en la bahía con espantosa violencia.

La mancha rojiza que marcaba en el poniente el lugar por donde se había puesto el sol, había palidecido hasta tomar un fúnebre matiz verdoso, semejante al de los cadáveres de los ahogados. Una faja gigantesca parecía extenderse desde la isla de Sein hasta la playa de Kerlek, dejando a la izquierda el puente de los Gatos y la punta del Raz, y a la derecha los arrecifes de Tevenec y de la punta del Van.

Densas tinieblas envolvían las profundidades de esa zona pavorosa. Sólo los relámpagos las rompían, pudiendo apenas distinguirse las irradiaciones de los dos faros del Cabo. Los relámpagos iluminaban fantásticamente el espacio todo, mostrándose entonces el

mar en un estado de agitación verdaderamente terrible.

Olas altas como torres, se precipitaban con fieros mugidos de bestias apocalípticas sobre el muro que formaban las tajadas peñas. Monstruos de crines de nieve se erguían enhiestos, se encorvaban después y se desplomaban con todo su peso con estrépito semejante al de un terremoto. Algunas olas al deshacerse contra el granito más apresuradas, trepaban sobre las que las precedían, las enlazaban en sus furiosas vorágines y las envolvían en él torbellino de su caída.

La niebla centelleaba con deslumbrador espectro luminoso, y un arco iris infernal irradiaba de aquellos prismas líquidos.

El océano mugía debajo de él lanzando continuamente al espacio el polvo de sus gota. Y el ruido era tan terrible como si millares de almas condenadas se agitaran bajo la bóveda incandescente.

Arc'han y Keinek se santiguaban a menudo. Aquellos hombres de hierro, habituados al espectáculo de las monstruosas cóleras del Raz, nunca le habían visto desenfrenarse con tanta furia.

—¡Esto parece el fin del mundo, Keinek—murmuró el primero.

El viejo marino soltó una carcajada.

—¡El fin del mundo! ¡Si hubieses vivido como yo cincuenta y cinco inviernos, no le temerías!

Arc'han hizo un movimiento de indignación.

—Yo no temo nada, marrullero—respondió—; pero yo no me he visto tantas veces cerca de la muerte como tú. Además, el párroco dice que lo que hacemos no está bien.

—El párroco es un pobre viejo que no tiene que preocuparse de dónde sopla el viento. ¡Dios está más alto que él! Nosotros le damos la sopa, y el Estado le da la carne. En cambio, nosotros no comemos carne.

—Además, Cleto, ¿no hay un vicario que ha sido nuestro camarada hasta los dieciocho años?

Arc'han respondió tímidamente:

—Pero ya no lo es, Keinek.

—¡Claro! ¡Como que come a la mesa del párroco!

—Pero eso no le impide cazar cuervos y gaviotas en Nerroth y en San Corentino ni salir de pesca con nosotros.

Arc'han iba a responder, pero no tuvo tiempo. Una ola prodigiosa acababa de alzarse a cuarenta metros de

ellos. La luz de un relámpago les permitió verla avanzar hacia ellos con la velocidad de un caballo desbocado, amenazando llegar con su penacho de espuma al sitio donde se hallaban sentados.

Los dos hombres retrocedieron vivamente.

La columna de agua que por un esfuerzo sobrenatural se había levantado más alta que el acantilado se desplomó de un golpe. Arc'han y Keinek quedaron empapados.

—¡Dios mío!—murmuró Arc'han estremeciéndose con un escalofrío!— ¡Si tardamos un poco más, caemos en la Silla de la Muerte!

Keinek no pensaba en el peligro que habían corrido. Alargó el cuello, y tomando de la mano a Arc'han, le preguntó:

—¿Has oído?

—Sí—repuso el otro con voz apagada.

Un ruido siniestro, que era imposible desconocer—el ruido del cañón pidiendo auxilio—dominó un momento los fragores de la tempestad.

Keinek reía entusiasmado.

—¡Viva! ¡El Raz nos envía el gran buque inglés! ¡Viva el Raz! ¡Viva el faro apagado del Sein!

Por segunda vez se oyó la voz de bronce desesperada, impotente contra las maldiciones del mar.

—Sí—exclamó el feroz Keinek,— ¡tira cañonazos, pide socorro! De todos modos han de venir a estrellarse en la Playa de los Náfragos. Este es el momento de cantar la "canción de la vaca".

Keinek escudriñaba las tinieblas con sus dilatadas pupilas. El viejo marino con su cara afeitada, su perfil cortante y sus revueltos cabellos canosos tenía el aspecto de un demonio de aquellas riberas inhospitalarias. Hubiérase creído que estaba llamando al naufragio.

¿Y no eran en verdad un llamamiento al naufragio los acentos que salían de su pecho? Con voz ronca y con ritmo monótono salmodiaba lentamente los famosos versículos del canto:

¡Tán! ¡tán! ¡gwel! ¡tarán! ¡tán!  
 ¡Dir! ¡tán! ¡gwad hác gwin ardán!  
 ¡Fuego! ¡fuego! ¡viento! ¡truenos!  
 [¡fuego!  
 ¡Hierro! ¡fuego! ¡sangre y ¡aguar-  
 [diente!]

Los rugidos de la tormenta acompañaban a su canto.

Los relámpagos se sucedían sin interrupción. A su luz verdosa parecía más lúgubre la intensísima agitación del mar. Las furias se habían desencadenado en los cuatro puntos cardinales. Todas las sonoridades del aire sucedían sin tregua ni descanso; pero en medio del tumulto de los elementos se destacaba la voz profunda del océano, esa voz que sale de las entrañas de la tierra, y a la cual sólo se parece el rumor de las multitudes. Las olas parecían animadas por las almas de demonios acostumbrados a las revoluciones del abismo.

De pronto, los marineros vieron pasar una masa sombría, arrastrada como un proyectil por el irresistible empuje de las olas. Un montón de mástiles, de vergas y de cables, envueltos en el humo que proyectaban chimeñas hechas pedazos, una horrible confusión de rumores, gritos, lamentos y silbidos; algo terrible, agonizante, pero vivo todavía, fué a estrellarse contra la enorme muralla de la Playa de los Náufragos.

Como si un invisible imán la hubiese atraído, aquella masa palpitante permaneció pegada a la siniestra pared. Con su impulso vigoroso, el mar había clavado el navío en las rocas.

De pronto empezó a despejarse el cielo, la tempestad parecía alejarse, y el mar, siempre agitado, empezó a deshacer pieza por pieza el casco desamparado.

Entonces aparecieron algunos puntos luminosos en diferentes puntos de la costa; roncós gritos se mezclaron con los últimos clamores del viento; y, al mismo tiempo reaparecían las estrellas en el espacio de cielo que iba quedando limpio de nubes; las luces de la playa se agrupaban.

Bien pronto apareció en las alturas de las rocas una multitud.

Hombres, mujeres y niños con los brazos y las piernas desnudos corrían de roca en roca lanzando esas guturales exclamaciones de la lengua gaética, que son señales de llamada.

Los hombres eran verdaderos héroes; las mujeres tenían los músculos tan duros como sus maridos. Toda la población del Cabo, desde Plogoff a Cléden se agolpaba en la Playa de los Náufragos dispuesta a repartirse el botín disputando al mar los despojos del naufragio.

¡Tanto peor para los muertos si eran ricos!; Tanto mejor para los pobres pescadores de la bahía, para los habitantes del Cabo!

El mar tenía obligación de alimentar a sus hijos.

Fué una escena indescriptible.

En breves instantes, los habitantes del Cabo, marinos en su mayoría, llegaron a las rocas más bajas a veinte metros del agua. Allí estaban amarradas a las anfractuosidades de las piedras, las barcas que aquellos titanes habían izado a tan formidable altura. Y como la Playa de los Náufragos sólo era accesible por la parte del mar, les era indispensable a los salteadores poner a flote sus embarcaciones.

Unos cuantos brazos que poseían un vigor inverosímil les hicieron deslizarse a lo largo de unas cuerdas. Luego, cuando el último bote se balanceó sobre la espuma, verdaderos racimos humanos se dejaron caer al mar desde los picachos de las rocas, dirigiéndose inmediatamente hacia la Playa de los Náufragos.

Las monstruosas olas arrastraban como si fuesen pajas a las embarcaciones cargadas de hombres. En todas ellas reinaba un silencio absoluto. Los pechos palpitantes no tenían alientos para gritar. Antes de arrastrar al mar su presa era necesario vencerle.

En aquel asalto tenebroso, era preciso desplegar tanta habilidad como fuerza, porque la roca sabía defenderse. Con una ironía trágica desafiaba a los marinos mostrándoles el buque naufragado clavado en ella. Y aquella noche el aspecto de la roca era más terrible que de ordinario.

Pero las embarcaciones iban tripuladas por hombres experimentados. Rodeando la roca, la acometieron por todos lados a la vez. El choque fué terrible. Dos embarcaciones, tomadas de través, fueron volteadas por el oleaje; pero en seguida las recobraron.

Al mismo tiempo silbaban los arpones lanzados contra las maderas del buque naufragado, fueron echados los ganchos y una a una las barcas iban depositando su carga humana sobre la Playa de los Náufragos.

Para comprender el siguiente relato, el lector necesita que le demos una explicación indispensable.

Nos encontramos en la extremidad más occidental de Bretaña, al norte de la bahía de Audierne y al sur de la Douarnenez. En este mismo lugar, entre la punta del Van y la del Raz, está situada la temible ensenada, cuyo nombre de bahía de los Muertos indica su terrible reputación, muy merecida por cierto.

La ensenada forma un semi-círculo

lo, el cual está limitado por rocas gigantescas en una playa de arena.

La altura de las masas graníticas varía de 60 a 80 metros.

Son verdaderas murallas, cortadas a pico en su mayoría, aunque corroídas en muchos sitios por los asaltos del océano. En algunas partes se ha desmoronado la cresta. En la base de esas peñas hay cavernas profundas que parecen antros de aquellos monstruos mitológicos que guardaba Proteo.

Durante el flujo aísla el mar algunas rocas solitarias que quedan como verdaderos centinelas avanzados en el seno de las olas.

En uno de esos peñones formidables acababa de estrellar el Atlántico un magnífico vapor inglés.

Cuando la nube de salteadores cayó sobre la nave, no se mostraba en ella ningún rastro de vida. El agua se había apoderado de los hombres, dejando a los habitantes del Cabo la madera, las cuerdas, el hierro... y el vino.

Y esto era lo que ellos querían.

¡Extraña raza la de ese pueblo casi desconocido para Francia y para el mundo, héroes por naturaleza y bandidos inconscientes, que consideran como suyos los despojos del naufragio y arriesgan mil veces la vida por la conquista de un trozo de madera!

La pobreza los ha endurecido, y el mar, con la tentación de las riquezas que destruye, les ha inspirado esa concupiscencia inusitada que desconoce la avaricia y desprecia la prodigalidad. Si alguna vez la frase de "la lucha por la existencia" tiene razón de ser, no hay duda que es refiriéndose a aquellas cosas terroríficas, donde los hombres tallados por la naturaleza a semejanza de los gigantes épicos se convierten durante sus horas de miseria en cómplices de la tempestad y en encubridores del robo. Pero aún hay más. Desdeñosos con la muerte cuando de ellos se trata, no titubean en sacrificar a otros. Para ellos en nada se diferencia un naufragio del pez que pescan o de los pájaros marinos que matan.

¡Extraña filosofía, cuyos principios no pueden estar más en contradicción con los de la religión firme y piadosamente profesada por aquel pueblo de salteadores! Hoy mismo en que han perdido ya la costumbre de poner de su parte lo posible para ocasionar naufragios, todavía recuerdan en sus cantos el ardid de sus abuelos, poniendo a una vaca a la que se habían trabado

las patas, una linterna entre las astas para que imitase en sus movimientos los de una barquilla mecida por las olas, y engañase a los navegantes. Los naturales de Lescoff, de Plogoff, de Cléden y de Goulien proporcionan al Estado los más intrépidos marinos.

Redúcese el ordinario sustento de esos rudos y pobres marinos, a una sopa de pescado sazónada con gruesos terrones de sal; pero merced a los naufragios pueden permitirse periódicamente el lujo de tremendas borracheras. Tales son los hombres que hemos querido dar a conocer a nuestros lectores, y sobre cuyo carácter y costumbres les instruirá nuestro relato.

En el preciso momento en que las barcas atracaron a la roca, las olas acababan de romper el casco en dos pedazos.

Los picos del granito, penetrando por los costados habían dado paso al agua, y bajo su presión el puente había hundido. Los garfios y las cuerdas se encargaron en seguida de arrancar las planchas de hierro y de madera, poniendo de manifiesto las profundidades de la cala. Baules, sacos, cajas, barricas y carbón fueron arrojados con confusión sobre la costa. Algunos mozos, incapaces de dominarse por más tiempo, se lanzaron al vino y al aguardiente. Sin tomarse el trabajo de destapar los barriles, los rajaron arrojándolos contra las rocas.

Centenares de salteadores, machos y hembras, tendidos en tierra, bebieron a grandes tragos el líquido que se escapaba a través de las hendiduras; algunos inspeccionaban la sentina del buque, y otros despojaban a los cadáveres de sus ropas y alhajas.

Entre estos últimos se contaban Arc'han y Keine'k. El viejo acababa de hacer un descubrimiento en el puente. Una mujer joven y bella, con el cuerpo aplastado por la caída de un mástil, yacía oprimiendo contra su pecho un niño de tres años.

Algo más lejos, casi enterrado entre un montón de tablones y cordajes, un hombre con los ojos fijos, dilatados por el espanto, estrechaba contra sus brazos a una niña de pocos meses. Los niños y el hombre vivían; la mujer aún respiraba. Cuando los asaltantes del barco descubrieron aquel grupo siniestro, se les ocurrió la misma idea: rematar a los que el mar había perdonado, suprimir a los testigos de su pillaje. Pero Arc'han se interpuso. Su brazo de hércules se extendió delante de las víctimas.

—;Rayos y truenos!—exclamó.—  
;No seamos tan perros que vayamos a matar a unos cristianos! ;Los niños no tienen memoria! ;Yo me quedo con el niño! ;Uno más o menos no me importa! Así tendré diez.

—;Y yo reclamo la niña!—dijo una voz de mujer.

Los dos niños fueron salvados y envueltos en miserables andrajos.

Quedaba el hombre.

—;Al mar!—dijo Keinek, lanzando un juramento salvaje.

Levantó en vilo al náufrago y lo llevó hasta el borde de la roca.

Nadie se puso a tan atroz ejecución. Pero en el momento en que el hombre iba a ser precipitado al mar, la luz de las antorchas iluminó su pálido rostro.

Entonces pudieron ver sus ojos espantados, su boca abierta, sus facciones terriblemente contraídas. El desdichado prorrumpía en una risa espantable.

De todas las bocas salió un grito unánime:

—;Está loco! ;Dejémosle tranquilo!

Y con ese respeto supersticioso que siempre inspiran los infortunios sobrenaturales, los salteadores se compadecieron del hombre a quien habían perdonado la vida.

Las mujeres le rociaron las sienes y el pelo con alcohol. Luego le envolvieron en camisas de lana como habían hecho con los niños y le acostaron en el fondo de una barca.

Mientras tanto, Arc'han se acercaba a la joven.

Esta respiraba todavía, aunque muy trabajosamente. Moría aplastada por la enorme viga que pesaba sobre ella, y a través de su opulenta cabellera negra se veía el cráneo hendido.

¿Tuvo Arc'han compasión de ella? El salvaje titubeó un momento. Sus ojos, fascinados por las sortijas que la moribunda llevaba en los dedos, brillaron diabólicamente. Al reflejo de las joyas se unió el brillo de una hoja de acero. Una convulsión suprema sacudió el mutilado cuerpo, un sordo lamento salió de sus labios, y la pobre víctima no se movió más; Arc'han guardó tranquilamente su cuchillo y sacó las alhajas con las mangas de su chaqueta.

Ya no quedaba nada en el barco. El océano se encargaría de destruir los restos inútiles. Todo cuanto pudiera tener un empleo inmediato o adaptarse a un destino ulterior, fué

cuidadosamente recogido, amontonado y depositado en el fondo de las barcas. Las planchas de palastro se convertirían más tarde en dinero, los tablones y maderos, en tabiques y vigas. ¿Qué casas habrá en aquellas costas indigentes que no esté construída con restos de naufragios? ¿Qué muebles que no procedan del mismo origen?

Todo había concluído. Del vapor inglés sólo quedaba un esqueleto informe, azotado por las ondas encrespadas. El reflujo descubría ya los arrecifes que unían la Playa de los Náufragos con la costa.

Las estrellas brillaban en el cielo, purificado por la tormenta. A lo lejos, el faro del Sein, encendido de nuevo, esparcía por la sombría superficie de las aguas su tranquilo haz luminoso.

Antes de abandonar el teatro de sus hazañas, los marinos celebraron su triunfo. Comenzó la orgía, una orgía desenfrenada digna de aquel escenario y de los hombres, o mejor dicho, de los demonios que acababan de realízar aquella obra de destrucción. Cientos de brazos levantaron en vilo las pesadas barricas y las arrastraron hasta la gruta abierta en el costado de la roca. Una vez allí los salteadores recurrieron para abrirlas a sus procedimientos ordinarios, lanzando gritos feroces, carcajadas terribles, capaces de desencadenar nuevamente la tormenta y de hacer trepidar al cielo. Por fin, los más serenos volvieron a las barcas o se encaminaron al puente natural que les ofrecía el istmo de los escurridizos arrecifes.

El resto de los salteadores, turba sin número, masa confusa de seres sin conciencia, se aglomeraron alrededor de los barriles o se dejaron caer, completamente embriagados en el fondo de la gruta, con la cara vuelta al cielo o sumergida en el preciado licor.

Nadie se cuidó de ellos; nadie se preocupó del terrible despertar que el mar podría proporcionarles. La pleamar había de tardar seis horas todavía, y en ese tiempo ya estarían despiertos.

Sonaban lentamente las doce de la noche en el campanario de Plogoff.

Al volver a su casa, todos relataban a su familia y a vecinos las hazañas de que habían sido protagonistas o testigos. La mujer que llevaba a la niña, dijo con gran ingenuidad, mostrándosela a cuantos la rodeaban:

—;Aquí tenéis a una chica bien aderezada! ;Santa Ana me la envía! ;Mi

hombre no se quejará seguramente de que se la traiga!

Y diciendo esto descubrió el cuello de la niña, y sobre aquella piel satinada, los ojos de sus rudos compañeros pudieron contemplar estupefactos un espléndido collar de diamantes como solamente le llevan las hijas de los príncipes en la ceremonia del bautismo.

La bretona añadió sinceramente:

—¡Esto no es cuenta nuestra! ¡No somos ladrones! La niña conservará su fortuna y más adelante servirá para que la eduquen bien.

—Tenéis razón Tina—dijo Arc'han, que no pudo menos de mirar con cierto desprecio al pobre niño que tenía entre sus brazos.

Pero pronto se disipó en su espíritu toda idea concupiscente. Su mano dura y huesosa acarició los cabellos del niño, y entre los hipo de la borrachera, murmuró:

—¡No te apures, pequeño; serás mi hijo adoptivo! ¡Haré de tí, si San Ramón no se opone, un mocetón fuerte y buen cristiano! Te llamarás Yan Ab Vor (Juan, hijo del mar y Mary Mor-

gan) el hada Morgan te enseñará a cantar con el viento del oeste.

En cuanto al loco, todos los vecinos convinieron en que cada uno le tendría un día en su casa. Así fué, hasta que una tarde el infortunado huyó de la que le servía de asilo. No se le volvió a ver sentado delante del hogar a la hora de la comida. Sin embargo, aceptaba el pan negro que le ofrecía la piedad de sus terribles huéspedes. Refugióse en las rocas y en las grutas. Vagaba sin objeto y sin hablar palabra a lo largo de la costa. Los niños le hacían algunas jugarretas; pero como era amable y fuerte, como su boca sonreía siempre y en sus ojos brillaban de continuo las lágrimas, después de tenerle compasión le tuvieron respeto. Pasando los años, sólo quedó un testigo de la catástrofe de la Playa de los Náufragos. Este testigo fué "Ar'Zod", (el loco). No se le conocía por otro nombre. Sin embargo, nadie podía afirmar que en sus largas contemplaciones de la inmensidad azul, el pobre ser humano, herido por la mano de Dios, no sostenía con el mar un misterioso diálogo.



# PRIMERA PARTE

## I

### Yan Ab Vor

Si desde Audierne a Douarnenez se hubiera preguntado a cualquier marino cuál era el hombre más fuerte, más valiente y mejor mozo de la comarca, hubiese contestado sin titubear: "Ese hombre es Yan, Yan Ab Vor, de Lescoff."

Y la respuesta sería tan exacta como sincera. Nadie podrá formarse una idea de la extraña y varonil belleza que caracterizaba a Yan Ab Vor.

El hijo del naufragio había crecido. Arc'han, su padre adoptivo, no dejó de cumplir su palabra.

Hizo de él un marino admirable que a bordo de la fragata "Triunfadora", ganó los galones de cabo de mar, aunque no sabía escribir y leía muy trabajosamente. No quiere esto decir que fuese torpe el valiente tripulante de la "Triunfadora". Muy al contrario; nunca hubo ojos negros que mirasen con más profundidad que los suyos, nunca pudo compararse ninguna sonrisa a la suya, franca y reveladora de un alma pura y generosa. Pero "Juan, hijo del mar", no era sino un poeta, y un poeta a quien solo le gustaba leer en un libro; el océano, que le había medido en su infancia; el océano que bronceó su tez y fortaleció sus miembros, endureciendo sus músculos de acero. Yan tenía veinticinco años. Acababa de venir del servicio, durante el cual recorrió numerosos países, habiendo sido citado muchas veces en la orden del día, en

Jfax, en Tonkin y en Fuchen, y sin embargo no ascendido por la ignorancia que debía a su primera educación. Su estatura de cinco pies y seis pulgadas, le permitía dominar a todos sus compañeros; sus hombros atléticos, hacían resaltar por contraste su talle de señorita. Sus manos blancas y finas, sus pies de mujer, la selva de cabellos negros rizados, la piel blanca limpia de su cuello, su cara, cuidadosamente afeitada, su pecho, todo, en fin, ponía de relieve su distinción natal, y daba un encanto inexplicable a su persona. Conservaba la voz clara y armoniosa, a pesar del vino, del whisky y del aguardiente de los naufragios. Unicamente una cosa hacía entrar a Yan en la categoría de sus compañeros, los salteadores del mar: sus cóleras terribles, capaces de arrastrarle a las más atroces ferocidades. En la misma casa de su padre adoptivo había apaleado a sus hermanos, los hijos legítimos de Arc'han, a los cuales, sin embargo, quería con toda su alma.

Una sola criatura había ejercido hasta entonces gran influencia sobre Yan: "Gaid'" (Margarita), la hija menor de un hermano de Arc'han.

En la costa todo el mundo sabía que la boda de los dos jóvenes se celebraría en otoño. Yan era, lo mismo que los otros marinos del Cabo, un salteador de naufragios. El mar era para él, como para sus hermanos de la costa, el gran proveedor, la nodriza del marino.

El mar lo endurecía, surcaba de arrugas su frente, como abría cavernas en las peñas tajadas. Acostumbrado a

los ayunos y abstinencias cotidianas, pero también le suministraba el pescado cargado de iodo y de fósforo, alimento exclusivamente destinado a los hombres que deben sobrevivir y vencer en la lucha por la vida. Todo lo que venía del mar era legítimo y sagrado. Los despojos del naufragio no pertenecían a nadie. Eran del primer ocupante y la propiedad cambiaba de dueño regularmente, según los derechos del océano, juez definitivo e inapelable.

Sin embargo, esta conclusión ruda y sumaria consecuencia de premisas admitidas sin discusión, no satisfacía siempre el alma delicada y valiente del joven marino. Ya hemos dicho que Yan era un soñador. Soñaba siempre, bajo el cielo azul y bajo las nubes, entre los rugidos de las olas como entre los bramidos de la tempestad. Y para soñar se aislaba de todo contacto humano.

En la costa, los viejos movían la cabeza tristemente al verle pasar con los ojos fijos en el cielo, a veces con las cejas fruncidas, a causa de alguna idea laboriosa, en otras ocasiones con una sonrisa en los labios, como si alguna visión encantadora hubiese atraído hacia la bóveda azul o sobre la inmensidad del mar al ser interior que animaba aquel cuerpo robusto y seductor.

—Yan no es del Cabo—murmuraban los que se acordaban del naufragio, entre los cuales se encontraba Arc'han, que había robado las alhajas a la madre impulsado por su codicia. Los jóvenes ignoraban la historia de aquel mocetón que les imponía una admiración simpática por el prestigio de su fuerza, y también por el misterio de su origen desconocido. . . .

Yan sentía a ratos que el asombro instintivo que le rodeaba se transformaba en una curiosidad inquieta que le producía dudas y malestar. A aquellas horas huía lejos de la sociedad de los hombres; corría derecho al mar, el preceptor de su naturaleza independiente, y le pedía que apaciguara sus inquietudes, dándole la solución del problema que le atormentaba.

Pero las olas no revelaban su secreto. En vano el joven recorría la playa de norte a sur, en vano inspeccionaba las rocas inmóviles y terribles, las grutas de bóvedas sonoras; nada brotaba del choque de su pensamiento con la piedra muda y con el agua que dice tantas cosas. Ni el menor indicio le revelaba aquel pasado lejano ensueño que participaba de las cualidades

de la pesadilla y de los sueños de hadas. Horas enteras pasaba Yan en la Playa de los Náufragos, en las hendiduras de "Toul lutiné" o más lejos, más adentro del océano, en algún islote de Gorlé-Greiz, con la mirada fija en el horizonte, de donde esperaba la luz.

Un día, su fantasía le arrebató muy lejos de la costa. Yan se aventuró entre las rocas de la isla de Sein, en medio de los arrecifes del puente de los Gatos. El mar subía. Casi todas las crestas grises o verdosas del promontorio había desaparecido bajo las aguas. La sábana líquida se extendía de este a oeste bordeando la tierra con un ancho festón de espuma. Teudido sobre el musgo húmedo, Yan podía seguir los más insignificantes jugueteos de las olas. El Raz tenía todas las seducciones y todas las hipocresías de su calma. El agua pérfida y móvil pasaba del azul oscuro al verde esmeralda y, en las rompientes adquiría limpideces de zafiro por las cuales deslizábanse los soplos más ternos de la brisa.

Inclinado sobre el agua clara, Yan encontraba en ella maravillosas bellezas y le retrataba en su espejo azul en el cristal de su puerza.

Aquel día, a la imagen del joven se unía, formando contraste, la de Gaid, la hermosa joven de Lescoff. Porque Gaid era hermosa, con esa hermosura, salvaje y terrible que el mar otorga algunas veces a las mujeres del extremo occidente. Su rostro, de color blanco brillante, imaculado, parecía lavado con espuma del mar. Ancha de espaldas, flexible de talle, sin ser excesivamente robusta, la bretona tenía un busto opulento y firme, la exquisita textura de una estatua. Sus pies, siempre desnudos, no habían perdido nada de su finura al ser martirizados por los guijarros, y sus manos, un poco enrojecidas, eran pequeñas y finas como las de una señorita. Pero a pesar de toda su belleza, la joven no tenía en la mirada ni en el andar esa gracia ondulante y felina, que constituye el principal encanto de la mujer. Hija de pescadores, no podía negar de su padre Guyarmar'ch ni de su madre, la onda verde, cuyos cambiantes habían conservado sus pupilas.

Se adivinaba en ella a primera vista, una naturaleza generosa y violenta. Amaba a Yan locamente, no con esos pudores de las vírgenes bien educadas, sino con la fiera tranquilidad de su ignorancia. Gaid se había senta-

do junto a su novio en la cima del islote. Menos poeta que él, Gaid no obstante, el instinto de las secretas correspondencias que van desde el hombre hasta la naturaleza. Y sin dejar de jugar con las conchas de moluscos que arrancaba de las piedras, departía alegremente acerca de lo presente y de lo porvenir.

—¡Mal día de pesca, Yan! Volveremos a casa con la cesta vacía.

Yan respondió con tono indiferente:

—¡Bah! ¡qué importa! ¡Los peces huyen de mí! ¡Sin duda prefieren las redes de mi padre!

La hermosa joven prorrumpió en una sonora carcajada.

—¡Es verdad!—dijo.—Creo que das miedo hasta a los peces. Si Arc'han y Von y Mik no estuvieran en casa, comeríamos más sal que pesca.

Yan dió media vuelta y contempló a Gaid sonriendo.

—Ríete otra vez, Gaid, como antes. ¿Quieres?.

—¿Te gusta mi risa?

—¡Mucho!

La joven se inclinó hacia él y sin que Yan se resistiera le cogió suavemente la cabeza y la apoyó en sus rodillas.

—Entonces—dijo ella a media voz:—¿por qué no quieres complacerme?

Yan repuso trabajosamente:

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! bien sabes lo que quiero decirte, Yan. Me pareces muy cambiado de algún tiempo a esta parte. No eres el mismo. El año pasado te peleaste tres veces con los mozos de Plougastel por causa mía. Por cierto que te hirieron en la frente.

—¡Es verdad! ¡Ni siquiera me acordaba!

—Pero yo me acuerdo muy bien. Y sin embargo, a pesar de tu herida, venciste a tus enemigos. A cuatro echaste por tierra, a pesar de ser mozos fuertes y robustos. Entre ellos estaba Lan, el que presidía la danza de la romería de Plogoff. Lan había dicho poco antes que te metería en cintura y que como él quisiera se casaría conmigo, y eso fué la causa de la pelea.

Las cejas de Yan se habían frunciódo.

—No sólo eso, Gaid. Ese canalla decía además otra cosa.

La voz de la bretona temblaba al decir:

—Es cierto. Dijo otra cosa.

—¿Qué decía, Gaid? Repíttemelo.

—Nó, porque te da mucha pena.

—Si tú lo dices, me causa placer.

—¿De veras? ¿No te enfadarás?

—Nó; te lo prometo.

Gaid dudaba todavía. Yan la animó con la mirada y con el gesto.

—Pues bien—dijo la joven con vago temor—; Lan decía que el nombre de Yan Ab Vor era el tuyo verdadero, porque eres hijo del mar y no tienes familia.

Gaid tenía razón al evocar aquel recuerdo.

Yan se puso en pie de un salto, amenazando con el puño en dirección norte.

—¡Ah! ¡ese perro!—rugió.—¡Todavía no le he dado bastante! ¡Será preciso que vaya uno de estos días a Plugastel! ¡Cogeré a Lan y a sus tres hermanos y los arrastraré por el suelo!

Diciendo esto, se había puesto pálido y apretaba los labios furiosamente. Un temblor de ira agitaba todo su cuerpo.

Gaid también se puso de pie.

La joven aproximóse a Yan, conmovida, aterrada, y asiéndole del brazo, le dijo:

—¿Ves? ¡Siempre te pasa lo mismo! Cada vez que te repiten eso, te pones furioso contra Lan. Y es, sin embargo, preciso reconocer que no es ofensivo lo que dice.

—¡Ah! ¿Ahora vas a defenderle?

¿Tiene acaso razón ese infame?

La joven movió tristemente la cabeza.

—Nó; lo que digo es que no veo motivo para que te indignes tanto.

Yan se calmó.

—Entonces, ¿Lan dice la verdad? ¿Será cierto que no tengo padre, que no soy hijo de Arc'han? ¡Ah! ¡Es necesario que sepa quién soy y de dónde vengo! ¡Me llaman Ab Vor y ese no es mi nombre!

Y con la violencia de la cólera que le acometía a veces, añadió:

—¡Y tú, vete! ¡Vete en seguida!

—¡Vuelve a tierra! ¡Cásate con Lan, en el Plugastel! ¡Ese es un mozo de la costa, así como tú una hija del Cabo! ¡Yo no soy de los vuestros! ¡Vete; déjame aquí! ¡No quiero volver a Les-coff.

De sus ojos brotaban lágrimas ardientes. Le temblaba todo el cuerpo. Luego se sintió desfallecer y cayó sobre el musgo, ocultando la cabeza entre las manos.

Gaid le miraba con una mezcla de terror y compasión. ¡Ah! ¡Cuánto le

amaba! Sus cóleras le producían más dolor que miedo.

—;Yan!—dijo dulcemente aproximándose a él.

El joven se irguió con la misma rudeza salvaje:

—;He dicho que te vayas! ¿Por qué estás aquí?

Y se dirigió hacia ella con aire amenazador; la joven tuvo miedo y retrocedió.

—;Ya me voy—dijo—, ya me voy! Pero, ¿y tú?

—;Yo me quedaré aquí todo el tiempo que Dios quiera!

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—;Virgen santa! ¿Te has vuelto loco, Yan?

—;Tanto peor si estoy loco!

—;Pero yo no te he dicho ni te he hecho nada para que me despidas!

—;Vete!

Un relámpago brilló en los ojos verdes de Gaid; levantó la cabeza y se colocó valientemente delante de él.

—;Pues bien; no me iré! ;No quiero irme!

—;No quieres irte?

—;Nó!

La mirada del joven marino se clavó en la de Gaid con expresión furiosa.

—;Pues bien—dijo—; en ese caso me iré yo!

Gaid levantó los brazos.

—;Y a dónde irás?

—;¿Qué te importa? ;El Raz me arrojó a Lescoff y el Raz me llevará donde quiera! ;Soy su hijo!

Gaid quiso detenerle.

—;Déjame pasar!—decía Yan.—Es preciso que el agua me diga su secreto! ;Se lo he preguntado tantas veces! . . . ;Yo le arrancaré mi nombre!

Gaid tenía miedo. El joven tenía un aspecto inusitado. Su rostro pálido parecía más blanco, mas marmóreo bajo la espesa corona de sus cabellos echados hacia atrás. A la joven la pareció que su novio no era un hombre, sino un ser superior brotado de una hendidura del granito. Por primera vez Gaid observó las manos finas y delicadas del muchacho. Pero no dijo nada porque sintió una horrible opresión de pecho. Yan no sería suyo, porque no era de su misma raza. Una sospecha que ya había tenido en otras ocasiones, una sospecha vaga e indecisa, la mordió violentamente en el corazón. Gaid se abrazaba a las rodillas de Yan, sollozante, loca de dolor.

—;Yan, Yan mío, no te mates!

;Mátame a mí primero! ;Escúchame! ;Has dicho que me vaya! ;Me voy porque te amo! ;Si no quieres verme más, no me verás, porque me moriré!

A pesar de la mirada llorosa, suplicante, desesperada, que la joven fijaba en él, Yan conservó las cejas fruncidas y la vió alejarse hasta que llegó al agua en la cual se hundieron sus pies.

Entonces sintió la bretona frío en el corazón. Tiró de las amarras de la barca para acercarla a sí.

En aquel momento creyó oír su nombre pronunciado en voz baja.

—;Gaid!—había murmurado Yan.

La joven se estremeció. La esperanza renacía en su alma, pero no volvió la cabeza. Temblaba ante la idea de engañarse.

Yan la llamó vivamente por su nombre completo:

—;Marc'haid!

No podía dudar; pero el despecho la dominaba y no hizo caso.

La barca se balanceaba suavemente, y sintió que la sujetaban bruscamente por el talle y al mismo tiempo que Yan la depositaba en el fondo de la barca, una lágrima y un beso le abrasaron el cuello.

Yan empuñó los remos y empezó a bogar furiosamente.

Todas las sospechas, todas las dudas se desvanecieron súbitamente. Con las mejillas enrojecidas, sonriendo en medio de sus lágrimas, Gaid contemplaba ingenuamente a su novio.

Yan, por su parte, sin dejar de mover los remos, decía mirándola tristemente:

—;¿Te he hecho sufrir, Gaid?

La joven no respondió. Se dejó mecer por la cadencia de las olas y fascinar por el espectáculo del sol poniente que parecía ceñir una aureola sobre la frente del joven. El Raz estaba dócil y amable como un cordero. Besaba alegremente la quilla y los costados de la embarcación. Aquella cáscara de nuez perdida en el golfo, era mimada por las olas.

Yan había izado la vela. Al pasar por el Gorié-Bella, del Aujero de los Pájaros salieron miles de gaviotas que se lanzaron como otros tantos copos de nieve entre el azul del agua y el del cielo.

Yan, empujado por la corriente hacia la playa de arena, se volvió un instante para contemplar el paisaje.

—;Fíjate, Gaid! ;Qué hermoso es todo esto!—exclamó con entusiasmo.

A partir de aquel día, la vida de

Yan cambió por completo. Sólo gustaba de la meditación y del silencio. Como buen pescador, no dejó nunca de llevar su contingente de pescado a sus hermanos y a su padre. Pero en las comidas permanecía taciturno, paseando torvas miradas sobre los que le rodeaban y hufa de la presencia de Gaid.

Arc'han, que le conocía a fondo, decía frecuentemente a Yvon y a Miguel:

—¡Apuesto cualquier cosa a que Yan medita algo malo!

Yan no meditaba nada malo; pero el problema que le atormentaba, le inspiraba extrañas reflexiones.

Cuando se encontraba en los islotes del Gein, el mismo espejismo de siempre turbaba su vista. Había sufrido muchas tempestades, lo mismo cuando navegaba en la "Triunfadora" que cuando iba en su barca de pescador. Conocía las perfidias y los furores del Raz. El mismo había recogido cadáveres de naufragos en las puntas de Gador-lac'h y de la Roca Morena, así como barriles llenos, sacos repletos y cajas pesadísimas, y toda su experiencia del viento y de las olas, no bastaba para explicarse sus visiones. Pasaba siempre ante sus ojos el mismo cuadro fantástico: un barco desconocido, y en aquel barco hombres con el rostro descompuesto por el terror, y él mismo se veía en brazos de una mujer joven y hermosa que le oprimía fuertemente contra su corazón.

De aquel abrazo había conservado una impresión ardiente, como si un ser invisible, pero presente, le estrechase todavía entre sus brazos maternos. Sin que pudiese explicarse la causa, Yan rompía a llorar bruscamente, tratando de encontrar el nombre bendito con que podría llamar al gracioso fantasma que le perseguía con su sonrisa. Una vez tuvo miedo de estas visiones y fué a ver al párroco de Lescoff, un amable viejo, antiguo capellán de la armada, que no creía en los apariciones, pero que, a veces, había observado alguno de esos hechos extraños que la ciencia no explica.

Yan había dicho al párroco Fardel:

—Señor rector, no sé lo que me pasa, pero por todas partes me persigue una visión.

El anciano se encogió de hombros y respondió riendo:

—¡Esas cosas las ves cuando estás borracho!

Yan se había puesto encarnado.

—Sólo he bebido cuatro veces en toda mi vida, señor cura.

Entonces el sacerdote dijo más amablemente:

—¡Será que sueñes!

—¡No! Cuando la veo estoy despierto.

Y como el marinero le había hablado en diversas ocasiones de su aparición, Fardel aprovechó la ocasión para darle una lección de moral.

—Talvez sea—dijo el sacerdote—algún alma en pena que tú has enviado al otro mundo.

—No he matado a nadie, señor rector.

—¿Es posible? ¿Ni siquiera a un inglés?

—Ni inglés, ni bretón. Además, lo que yo veo es una mujer.

El sacerdote comprendió por las explicaciones de Yan, que más bien que de una fantasmagoría se trataba de una reminiscencia indecisa. Además, como conocía la historia del niño y de la madre, no quiso decir nada al joven. ¿No era Arc'han quien le había matado? Bien es verdad que en cambio había educado al hijo.

El pobre cura conocía bien a su rebaño. Sabía que las duras cabezas de sus feligreses consideraban cuidadosamente sus preocupaciones criminales y absurdas. No dejaba de luchar con aquellas malditas influencias, pero no lograba desarraigar tan añejas costumbres. "Los naturales del Cabo, decía Fardel, nacen y mueren salteadores y cristianos". Así, cuando se vió en presencia del terrible dilema, aunque ningún secreto de confesión le imponía silencio, no se creyó con derecho para abrir los ojos a Yan.

—Escucha—le dijo para despedirle.—Cuando vuelvas a ver la aparición, has tres veces la señal de la cruz y en seguida invoca a la Virgen y a su madre Santa Ana. El diablo huirá. Si ser un espíritu fuerte Yan no siguió el consejo. La imagen que veía era demasiado hermosa, y su sonrisa demasiado amable para que tras ella se ocultase el demonio. Desalentado se sumió de nuevo en sus melancolías y en sus hipótesis.

Cansado de la lucha, resolvió arrancar una confesión a su propio padre. Interrogaría a Arc'han. Pero esta idea le intimidaba un poco. Como buen hijo, respetaba a Arc'han. Mientras llegaba a tener la audacia necesaria para intentar aquel paso, meditaba otros proyectos. Y acabó por concebir un plan que concertaba infinitamente

mejor con sus gustos, su temperamento y su carácter.

Aquel día se iluminó siniestramente su cara.

—¡Yo los haré hablar, pensó, o dejaré la piel entre sus manos!

—¡Es preciso que hablen!

## II

Véase cuál era el proyecto de Yan Ab Vor.

Alain Kervarec, de Plugastel fué quien en plena romería de Plogoff, le había llamado expósito. Si lo había dicho, era sin duda, porque sabía algo. Era preciso, pues, buscarle cuanto antes y arrancarle alguna palabra de grado o por fuerza. Yan estaba resuelto a estrangularle antes de volverle sin poseer el secreto de su origen.

Buscó una ocasión favorable. Pero no se le presentó. Muy nervioso, el joven pensó que no esperaba mucho. ¿Tenía necesidad de ningún pretexto para imponer su voluntad a su adversario?

Una hermosa mañana de abril, se vistió con su chaquetón nuevo, se puso sus mejores zapatos y sin decir a nadie una palabra, se dirigió a Plugastel.

El camino era largo. Yan salió de su casa a las cinco de la mañana. Contrariamente a los usos de los habitantes del país, no llevaba ninguna estaca. La desdeñaba en absoluto así como su manejo; los puños le bastaban.

Se alejó de prisa, con la conciencia tranquila, como hombre que va a cumplir con su deber, con una mano en el bolsillo y dando fuertes chupadas a su pipa de arcilla. Al andar, contemplaba el paisaje. Seguramente que el mar es espléndido, pero la tierra firme tiene también sus encantos.

Hacia diez horas que el marino caminaba sin acordarse de sus proyectos, entregado por completo a la contemplación del panorama. Pensaba que no llegaría a Plugastel hasta el día siguiente, y se proponía no dejar de andar en toda la noche.

De pronto recordó una cosa que le indignó consigo mismo.

El día siguiente era domingo.

Y en un domingo, Yan no podía decentemente buscar camorra sin motivo a unos mozos de la costa, buenos cristianos como él, con riesgo de morir o de verse obligado a matar a uno o dos.

Indudablemente había elegido mala ocasión.

Sintiéndose desalentado, se sentó a la orilla de un arroyo, y al cabo de un rato adoptó esta resolución a falta de otra mejor.

—¡Otra vez será! ¡Mientras se pone el sol voy a dormir un poco debajo de estos árboles!

Se quitó la chaqueta, se cubrió con ella la cabeza y un instante después el hijo del mar dormía apaciblemente.

Pero el diablo no quiso dejarle tranquilo.

Puesto que Yan tenía ganas de pelear y ya no podía realizar sus deseos, hasta que llegase el momento oportuno, el demonio, que siempre se apresura a reparar las inadvertencias de los hombres, condujo a donde estaba Yan a los hombres a quienes él buscaba.

Precisamente Lan, sus dos hermanos y dos soldados de infantería de marina, a quienes habían dado licencia por unos días, se paseaban por aquellos sitios.

También Lan era un buen mozo: tenía seis pies de altura y un cuerpo de atleta. Iba completamente afeitado, llevaba los cabellos largos, a la moda del país, y también había servido en la marina del Estado. Marino valiente y arriesgado, el coloso no era soberbio ni traidor.

Pero uno de los soldados tropezó con las piernas del durmiente.

Yan dió media vuelta.

—¿Quién es ese mamarracho—exclamó—que lleva los ojos cerrados en pleno día?

El apóstrofe molestó al interpelado.

—¡El mamarracho serás tú que roncas en lugar de trabajar!

Yan se puso de pie.

—¡Ah! ¿Me insultas, perro traidor? ¡Vamos a ver si lo repites!

En aquel momento, los cuatro compañeros del soldado salieron de entre los árboles.

—¡Cómo!—exclamó alegremente Lan.—¡Si es Yan Ab Vor! ¡Buenas tardes, Yan! ¿Cómo estás?—y se echó a él alargándole la mano.

El nombre de Ab Vor había impresionado dolorosamente al otro.

—¡Buenas tardes, Lan! ¡Te buscaba!

Lan se echó a reír.

—¿Durmiendo? ¡Pues sí que ibas a encontrarme pronto!

—Iba a Plugastel a buscarte; pero como habría llegado demasiado tarde quise descansar un poco esperando la hora de volver a Lescoff.

—¡Rayos y truenos! Y ¿de qué

asunto tenías que hablarme para que tentases llegar mañana demasiado tarde?

—Tenía que hablarte, y como después de las palabras podríamos pasar a los golpes, y mañana es domingo...

El coloso se irguió.

—¡Eh! ¡Ya sabes que el domingo no es mal día para darse de puñetazos con los mozos bretones! ¡No vayas a creer que me he vuelto manco!

En los ojos de Yan brilló un relámpago, pero se contuvo.

—Escucha, Lan—le dijo.—No te quiero mal, porque sé que eres un buen muchacho. Si tú no tienes ganas de pelea, yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué no has querido darme la mano, hijo del mar?

A Yan le dió un vuelco el corazón.

—¡Ah! ¿Vas a empezar de nuevo? ¡Pues a eso precisamente había venido!

—¡Cómo!

—¡Sí! ¡Quiero saber por qué me dijiste en Plogoff que soy un expósito

El gigante soltó una carcajada.

—¡Demonio! ¡Porque todo el mundo dice lo mismo! Te llaman Ab Vor, que en bajo bretón quiere decir "hijo del mar".

—Y ¿crees tú que ese es mi nombre?

—¡Eso no es cuenta mía! Pregúntale a tu padre Arc'han si eres hijo de su mujer o si te ha recogido en algún naufragio.

Yan rechinó los dientes.

—¿Es decir que no quieres hablar, que no quieres decirme lo que sabes?

—¡No sé nada, miserable penden-ciero, y si lo supiese no te lo diría. ¿Acaso no estás contento con tu suerte? Te dan pan y pescado y la moza más guapa del pueblo. ¿Qué más quieres?

Yan avanzaba tembloroso.

—¡Repite eso!—dijo.

Lan se puso en guardia. Y como sus hermanos y los dos soldados de marina se disponían a detener a su rival, Lan los contuvo con un gesto.

—¡Quietos! ¡No consentiré que este perro siga insultándome!

—¡Cuando quiera y todas las veces que quiera!

Yan no esperó más.

De un salto prodigioso se precipitó sobre su adversario.

Lan le recibió con el brazo izquierdo doblado, mientras su puño derecho caía sobre la frente de Yan, que quedó bañado en sangre.

Pero Lan también recibió dos golpes soberbios en un costado y en la mandíbula simultáneamente. Su boca contraída quedó con dos dientes de menos.

Todavía, sin embargo, le quedaron ganas de bromear.

—Tú no eres bretón—dijo— y voy a romperte la crisma!

Yan volvió a atacar.

Lan era un verdadero hércules; pero cayó a impulso de un vigoroso puñetazo que recibió en el entrecejo.

Una vez caído, él le puso el pie sobre el pecho.

Entonces los cuatro testigos del combate se abalanzaron contra Yan.

—¡Cobardes!—rugió el joven retrocediendo un paso.

Uno de los hermanos de Lan tenía un garrote en la mano. El palo describió un círculo y cayó sobre el antebrazo de Yan.

Yan le arrebató el garrote y de un golpe abrió la cabeza a uno de los soldados; el otro soldado sacó un cuchillo y cegado por la rabia, se precipitó sobre su enemigo. La hoja entró unos cuantos centímetros en el hombro de Yan.

Pero en el mismo instante, un puntapie en el vientre le libraba del segundo hermano de Lan; y como el soldado, al verse solo enfrente de tan terrible adversario se batiese en retirada, tirando el cuchillo, Yan le recogió y precipitándose sobre el fugitivo se lo hundió en un costado.

El soldado dió un grito y cayó.

Entonces Yan sonrió con aire de triunfo.

Tenía delante cinco cuerpos inertes, cinco mozos robustos, marineros y soldados, verdaderos castillos; y él sólo, sin ayuda de nadie, los había vencido.

¡Pero en qué estado se encontraba él mismo!

Tenía la cabeza abierta, uno de sus hombros manaba sangre con abundancia, y el brazo izquierdo aparecía hinchado, distendido, amenazado de una parálisis.

Además, estaba a quince leguas de Lescoff. Era preciso volver al Cabo, explicar lo que le había ocurrido, los motivos de la querrela y ocultarse, porque los gendarmes le buscarían seguramente. ¿No habría tal vez uno o dos muertos entre los cinco vencidos?

¿Acaso Yan iba a ser apresado como un simple habitante de tierra firme? ¿Sería preciso luchar con los gendarmes? Y en resumen: aquella catástrofe

fe no le había dado el menor fruto. No sabía nada de lo que deseaba averiguar. Sin nombre, sin pasado, Ab Vor veía abrirse ante sus ojos los horizontes de la Audiencia y del presidio.

Una desesperación terrible hizo presa en la poca razón que le quedaba. Huyó a campo traviesa, loco de dolor, espantando a su paso a todos los labradores. Caminaba de prisa, con los ojos dilatados, sin cuidarse de curar sus heridas, dominado por la imperiosa necesidad de descanso y de olvido.

¿Dónde iba? ¿Qué consuelos, qué compasión iba a encontrar allí abajo en aquellas rocas donde no había nacido?

El mar, el Raz con su cerrazón monótona, con sus cavernas sombrías, con sus lechos de musgo: esto era lo que buscaba. Y el Atlántico, tranquilo aquella noche, llamaba hacia sí aquella pobre alma que no sabía dominar la cólera ni el dolor.

### III

Hoel Conan estaba aquella noche de guardia en la Escalera.

La escalera, justamente llamada la Escalera del Infierno, es un sendero terriblemente estrecho y áspero, una especie de peligrosa escalera que el cincel de la casualidad ha tallado en el costado de una roca.

Los pies de los pescadores bretones y de los contrabandistas son los únicos que pueden aventurarse por aquel despeñado que pone en comunicación directa la playa con el punto culminante de la península del Raz, salvaje y sublime promontorio de granito que desafía las tempestades y domina el Atlántico.

Es el mejor punto de observación de la costa. Desde allí la vista abarca hasta Kerguelen, Trongneur, Saint-Thé y hasta la Punta del Harnero, su último límite, y toda la bahía de los Muertos. Al oeste se vislumbran los pintorescos archipiélagos de Sena, de Tevennes y de San Corentino. Desde allí ejercen los carabineros una continua vigilancia.

La noche estaba tranquila. Recogido en su inmensidad el océano hacía sentir la palpitación de sus ondas que lamían la superficie de las piedras.

Un carabnero iba y venía perezosamente, con el paso lento y aburrido de los centinelas que no quieren rendirse a los embates del sueño. Alrededor le

su garita, verdadera ratonera humana construída con maderas, y mal unidas, y sobre la cual había apoyado la carabina, su paseo solitario despertaba sordos ecos en las rocas.

De pronto Hoel Conan se detuvo y alargó el oído.

Acostumbrado por la soledad a distinguir los mil rumores del silencio, pudo percibir crujidos de la yerba pisoteada y un murmullo de voces que acababa de oír en el camino de Plogoff.

Maquinalmente cogió su arma y esperó. Los pasos se aproximaron y las voces se hicieron más claras.

—¿Quién vive?—preguntó el carabnero.

—¡Amigos!—respondieron.

Conan vió aparecer los kepis galoneados de plata de dos gendarmes y sus bandoleras.

Saludáronse.

—¡Hola, Conan!—dijo uno de los gendarmes que ostentaban galones en la bocamanga.—¿Estáis de guardia?

—Hasta el amanecer.

—Y usted, señor sargento—preguntó a su vez el carabnero—, ¿cómo pasea tan tarde por estos lugares? ¿Hay pesca?

—¡No hable usted de eso! Más ganas tengo de dormir que de continuar mis pesquisas. Desde esta mañana mi compañero y yo andamos de un lado para otro sin conseguir echar la vista encima a ese bandido de Yan.

—¡Hola, hola! ¿Se están ustedes persiguiendo?

—Tenemos orden de arrestarle.

—¡Rayos y truenos! Entonces, ¿su asunto se ha puesto feo?

—¡Naturalmente! De los dos soldados que el otro día se pelearon con él en la carretera de Plongastel, uno se ha ido a pique al llevarle al hospital.

—¿Muerto?

—¡Completamente! En cuanto al otro está también camino de largar las amarras.

—¡Hum! ¡Eso es grave!

—Sí; sin contar que de los tres hermanos solamente Lan puede tenerse en pie. Los otros dos están inutilizados.

—¡Oh!—dijo Conan sin disimular una sonrisa de admiración.—¡Bravo mozo!

—No lo niego—replicó sentenciosamente el sargento—; pero eso no es obstáculo para que el negocio se presente de muy mala manera. Artículo 309 del Código Penal: "Si los golpes dados y las heridas causadas volunta-

riamente, pero sin intención de causar la muerte, la ocasionasen, el culpable será condenado a trabajos forzados a perpetuidad."

Después de un breve silencio, el sargento preguntó:

—¿Usted no le ha visto por casualidad?

—¿A quién?—dijo Conan como si volviera de un sueño.

—A Yan Ab Vor, como le llaman por ahí. ¿De quién quiere usted que le hable?

El carabinero parecía meditar. Cualquiera hubiese dicho que en su alma se libraba una batalla.

—Nó—respondió resueltamente al cabo de unos segundos.—Debe de estar en el mar.

—¡Imposible! Hemos visto al señor Arc'han y a sus tres hijos mayores reparando una vía de agua de su barca, y como Yan no sale nunca más que con su padre y sus hermanos...

—¡Me hace usted gracia!—repuso el carabinero.—Yo conozco los usos y costumbres de Yan. Es un hombre insociable, un lunático, un oso, un mochuelo de mar que gusta del aislamiento y de la soledad. Muchas veces salta por las gargantas de San Corentino o por las Puntas de Gorré-Greiz, y echado de bruce en el musgo, parece esperar que los fantasmas drúidicos del Sein empiecen su ronda por las crestas de las olas. Si hubiese venido por aquí le hubiera visto.

—Es verdaderamente extraño—dijo el segundo gendarme, que hasta entonces había permanecido silencioso—que nadie le haya visto desde que llevó a cabo su hazaña. ¡Con seguridad que se oculta!

—Diga usted mejor que le ocultan, Meyer—objetó el sargento.—Y aquí, en confianza, les diré que no me extraña. Yo haría lo mismo.

—¿Por qué?—preguntó Meyer, alsaciano corto de alcances y pundonoroso, incapaz de hacer la más mínima concesión sobre la consigna.

—¿Por qué? Pues porque a veces es muy triste cumplir con su deber. Vamos a ver: ¿no le da a usted pena detener a un buen muchacho como Yan?

—¡Es un delincuente!

—Delincuente... ¡Usted habla a su modo!

—¿No ha citado usted hace un momento la ley que le castiga?

—¡Es posible!—repuso el sargento Sarnithim, que se acaloraba poco a poco.—Pero la ley es a veces demasiado

severa. ¿Qué es lo que se reprocha a Yan? El haber hecho polvo a dos marinos de Donnener. ¡Vaya una cosa! ¡Ellos empezaron por insultarle!...

—Y él estaba borracho—arguyó el gendarme.

—Eso no está probado, Meyer. Además, eso sería una razón en favor suyo, pues no era dueño de sus actos.

—¡Tanto peor! Está prohibido beber aguardiente con exceso. El que no obedece al timón, se estrella contra la costa.

El sargento, impaciente, impuso silencio con un gesto a su subalterno.

—¡Acabará usted por enfadarme, Meyer!—exclamó.—¡Le mando guardar silencio inmediatamente! En el lugar de ese muchacho todo el mundo hubiera hecho lo mismo, usted como los demás, a pesar de ser un gendarme. ¡En la gendarmería no somos ningunos gallinas!

Pero de pronto, como si se hubiera arrepentido de haber ido demasiado lejos, el prudente Sarnithim añadió con tono más reposado:

—Todo esto no me impedirá atraparle en cuanto tenga el sentimiento de echarle la vista encima.

—¡Muy bien hablado!—dijo el carabinero que durante el diálogo anterior permaneció abismado en sus reflexiones.

—Yan es un excelente muchacho, aunque un poco sombrío y fantástico: franco, leal, valiente, fuerte como un coracero, y con todo esto, más dócil y amable que el Cordero Pascual. Ha sido preciso un grave motivo o que tuviese unas copas de más para que le haya ocurrido esa desgracia. Todo el mundo le quiere—prosiguió Conan con la voz ligeramente temblorosa—; hasta los mismos que deberían odiarle. Su detención apenaría a todos los habitantes de Lescoff, y Arc'han se moriría de dolor, porque Yan es su predilecto. En cuanto a su novia, sería capaz de volverse loca. ¡Pobre Gaid!

—¿Quién es Gaid?

—Gaid, o Margarita, como se dice en francés, es la hija de Guyarmac'h, tío materno de Yan. Es, por lo tanto, prima hermana suya, y, además, su futura.

—¡Ah! Ya sé quién es. Precisamente la hemos visto hace un momento por estos alrededores. ¡Buena mujer! ¡El mozo no es tonto! Por eso hemos venido a informarnos de usted, Conan. ¡No hay nada mejor que las mujeres para echar el lazo a los hombres! Pero puesto que usted ase-

gura no haber visto nada... ¡Vaya, buenas noches! ¡Bastante hemos hablado! ¡Viremos a babor, Meyer, y a buscar!

Se separaron después de estrecharse la mano.

Cuando los gendarmes se hubieron alejado, el carabinero fué a dejar nuevamente su carabina en la garita, cuando se presentó delante de él una forma humana.

Parecía salir de la tierra. Era una mujer. Agazapada detrás de una roca hasta la cual se había deslizado arrastrándose con la prudencia de los salvajes, lo había oído todo.

—¡Gaid!—estuvo a punto de gritar Conan al reconocerla.

La joven no se anduvo con rodeos.

—¿Será verdad—dijo bruscamente y con los ojos iluminados por una cólera sombría—lo que han dicho? ¿Mandarán a Yan a galeras?

—Talvez.

—Y para mucho tiempo, ¿verdad?

Hoel bajó la cabeza sin responder.

La pescadora sollozaba.

—¡Ya te comprendo! ¡Será quizás una separación larga, eterna!

Y se retorció las manos con desesperación. Pero por una reacción súbita, sacudiendo su salvaje cabeza con energía, añadió:

—¡Nó; es imposible! ¡Eso no puede ser! ¡Yo no quiero! ¡Yo lo impediré!

—¡Ay! ¿Qué podrás hacer tú?—gimió Conan tristemente.

—¿Lo sé acaso?—replicó ella elevando las manos al cielo.—¡Que yo le hable, y ya veremos! ¡Pero temo a los gendarmes! Nadie le ha visto, ni su padre Arc'han, y yo le busco desde ayer. Parece desconfiar de mí como de los demás. ¡Eso me desespera más que nada!

El carabinero miró a su alrededor; luego, haciendo una seña con la mano, añadió:

—¡Yo sé dónde podrás encontrarle!

—¡Tú!—exclamó Gaid.

—¿Qué hay de sorprendente en esto?

—¿Es decir que no sabes dónde está y no le has?...—Gaid no acabó la frase.—Sin embargo, me parecía...

La conclusión de esta segunda frase expiró en los labios de Gaid, turbada y conmovida.

—¿Te parecía que yo era un espía y un traidor?—dijo el guardacosta con amargura, creyendo comprender la idea de la joven.

—Nó, Conan, nó; por el contrario, admiro tu generosidad.

—Si no lo he denunciado ha sido

por ahorrarte un disgusto, Gaid—murmuró el carabinero que tenía los ojos bañados de lágrimas—, aunque mi discreción será inútil.

—¡No importa, Hoel, tu corazón es bueno! ¡Toma, que bien te lo mereces!

E impulsada por el reconocimiento, la pescadora apretó con todas sus fuerzas la mano del carabinero.

—¡Oh, sí! Eres muy bueno, un verdadero bretón. Antes lo suponía; pero ahora estoy segura.

Hoel la rechazó suavemente.

—¡Retrate! ¡Me haces daño! En todo cuanto he hecho sólo hay un mérito: ¡te amo!

—Ya lo sé, Hoel—repuso Gaid con melancolía.—Pero no se puede amar a dos hombres a la vez. Soy suya y si Santa Ana de Anray quiere, seré su mujer.

—¡Dios lo quiera! ¡Sólo desco tu felicidad!

—Pero puedes estar seguro de que si no amase a Yan tú serías mi marido. Y eso que no eres hombre de mar; pero no es obstáculo para que seas bueno. Mas el tiempo vuela. Es preciso que encuentre a Yan. Indícame dónde está.

Conan se quitó el kepis y se pasó la mano por la frente.

—Tienes razón—dijo—; un buen cristiano debe seguir el rumbo que le marque la brújula de allá arriba, aunque esté lleno de escollos, en los cuales corra riesgo de estrellarse.

Y cambiando de tono prosiguió:

—Yan no está lejos. No se oculta, y talvez por eso no le han descubierto. Hoy mismo, a la puesta de sol, le he visto en los arrecifes de la Punta; allí—dijo Conan señalando la Boca del Infierno.—Parece que de algún tiempo a esta parte ha fijado allí su guarida.

—¡De algún tiempo a esta parte!—repitió Gaid con tono sombrío.—¡Sí, eso es! Yan no me llevaba nunca consigo; había abandonado Gorié-Greiz y San Corentino! De algún tiempo a esta parte estaba, en efecto, más triste. En mi presencia se encontraba distraído, pensativo. Yo creo que alguna cosa se ha interpuesto entre los dos. Al pensar esto mi cabeza da vueltas. ¡Hoel, amigo mío, tengo miedo!

—¡No tengas ideas tan negras! Yan no puede olvidarte. ¿Acaso no eres la joven más guapa, la criatura más deseada de estas costas, como él es, por esa razón, el mozo más envidiado? ¡Es demasiado feliz con tu amor para que te olvide!

—Hablas como hombre que quisiera

encontrarse en su puesto, Hoel,—dijo la joven moviendo tristemente la cabeza.—Pero yo, a pesar de mi ignorancia, adivino cosas que tú no puedes sospechar.

—¿Estás celosa?

—¿Y si fuera así?—exclamó Gaid, cuya mirada se iluminó con un relámpago de pasión salvaje.—¡Oh, esa Mariana!...—añadió apretando los dientes.—¡La detesto!

—¿Mariana?—repuso Conan estupefacto.—¿La hija adoptiva de Tina Kadoc'h, casi desconocida en la comarca; un misterio vivo que de tarde en tarde aparece por las crestas de las rocas como un fantasma, y que desde hace dos días se ha presentado nuevamente?

—¡Sí, esa Mariana! ¿Verdad que es muy guapa?

El carabinero se encogió de hombros.

—¡Estás loca, Gaid! Tina Kadoc'h ha hecho educar a su hija en el convento de Quimper; tú lo sabes tan bien como yo. ¿Cómo quieres que Yan, un pescador, haya perdido la cabeza hasta el punto de querer abandonarte por una señorita?

Gaid se cubrió el rostro con las manos, y el joven pudo ver cómo se deslizaban por entre sus dedos lágrimas ardientes.

—¡Ah, pobre Hoel! ¡Yan no es pescador tampoco! No has debido de mirarle nunca con atención. Parece un señor de la ciudad. Y, además, ¿sabes por qué se batió?

—¿Cómo puedes tú saberlo?

—¡Oh, lo he adivinado! Además, me había prevenido. Entre los mozos que ha vencido estaban Lan y sus hermanos. Pues bien: Yan los buscaba porque en la feria de Plogoff le habían llamado expósito, y tú sabes muy bien que mi tío Arc'han, que le quiere más que a sus propios hijos, no le llama nunca "mi hijo".

—¡Ah!—repuso el carabinero pensativo.—Si me dices todo eso...

—Pero no es eso todo. Es necesario que yo le vea. ¿Está allí, verdad, en la Boca del Infierno?

Al oír la respuesta afirmativa de Conan, Gaid se lanzó corriendo por el borde del precipicio, y sin temor de desgarrar sus pies desnudos en las asperezas de la roca, se aventuró con temeraria seguridad por la peligrosa escala.

Algunos minutos después, Conan pudo verla en los bajos fondos escalando con agilidad, bajo la difusa clari-

dad celeste, las rocas que había dejado al descubierto la marea. Bordeaba rápidamente la pared de la rada y se precipitaba de peñasco en peñasco con la ligereza de una cabra montés.

Conan, apoyado en el cañón de su carabina y dejando correr las lágrimas que se deslizaban sobre el acero, la veía correr, mientras sus labios murmuraban:

—¡Pensar que le ama! Y lo que es más triste, ¡pensar que él no la quiere! ¡Pobre Gaid! ¡No he querido decirle nada! ¡Pero si Gaid le hubiese visto como yo cuando la señorita ha venido, arrastrándose para seguirla, semejante a un perro que tiene una pata rota, se hubiera muerto de celos!

## IV

La joven seguía corriendo. Hija de la costa, no ignoraba sus peligros ni sus sorpresas. Conocía los remolinos ocultos, las trampas diseminadas por la naturaleza alrededor de las temibles grutas que fabrica, sabía de memoria las siniestras leyendas y las lúgubres denominaciones de aquellos antros. Porque el mito y la tradición son toda la historia de aquellas regiones salvajes, y como si quisiera darles la razón, parece que la naturaleza se ha complacido en acreditar esas creencias supersticiosas.

Si vamos a Plogoff del Monje nos dirán que esta denominación proviene de que un monje detuvo a Satanás en el borde del abismo. ¿Y de dónde iba a haber salido el maldito, sino de aquella gruta enorme, donde las olas rugían continuamente, y de la cual afirman los pescadores que salen por las noches llamas sulfurosas, por lo cual, temblando de miedo, la llaman la Boca del Infierno?

Nombre, por otra parte, tan exacto como pintoresco. En la Boca del Infierno termina la escalera. En la alta marea es inabordable. Las olas entran en ella lanzando clamores de almas en pena con un estrépito atronador, y por encima, en la espalda del promontorio, al nivel del faro, si se apoyase el oído en el suelo se oírían claramente en las entrañas de la roca las sordas y regulares detonaciones del granito, azotado por las olas, mezcladas con rugidos, lamentos y carcajadas.

Allí se dirigía Gaid en plena noche con el tranquilo valor que le infundía su cariño. En cualquier otro momen-

to la joven se hubiera estremecido, y por nada del mundo se hubiera determinado a franquear la entrada de la gruta. En aquellas profundidades había fosforescencias extrañas, debidas indudablemente a la infinidad de anélidos submarinos que las olas depositan sobre los altos fondos. Muchas veces hacían resplandecer las paredes hasta una altura considerable. Entonces las reverberaban con una luz azulada, y la bóveda parecía fundirse en un crepúsculo infernal. ¿Hasta qué límite se prolongaba en las rocas el subterráneo escondrijo? ¿En qué pozo fantástico y vertiginoso tendría su origen? Nadie lo sabía. Nunca se les ocurrió a los pescadores llegar hasta ese punto en sus investigaciones.

Según ellos es tan profundo que llega al centro de la tierra. En él se refugiaban monstruos horribles, aunque no lo bastante escondidos para ocultarse a las sagaces miradas de los pescadores. Uno de ellos ha visto al diablo en forma de sirena; otro ha oído el canto de la diablesa, sin que pudiera dudar de su realidad, porque cantaba en inglés. De las imaginaciones bretonas surgen a cada momento historias de serpientes y de monstruos.

Bien es verdad que se entremezclan con relatos pintorescos, en los cuales la poesía pone el sello de adorables idilios. Los rudos bretones, educados por el mar y por las rocas, son grandes poetas y narradores admirables. Nadie puede formarse idea de la salvaje armonía de sus concepciones.

¡Ay! ¿Por qué la naturaleza que las ha esculpido en mármol les ha dado entrañas humanas? ¡Al Hambre deben la parte más admirable de su literatura sin arte.

Gaid acababa de entrar en la gruta. A pesar suyo sintió un escalofrío. Instintivamente hizo la señal de la cruz.

Lo que la había hecho temblar fué una forma humana, vaga, indecisa, que se agitaba lentamente en la misma entrada de la Gruta del Infierno, no a la entrada del antro, sino sobre el enorme bloque interpuesto entre él y la bahía.

Aquel bloque, al cual los marinos llaman Roca Larga, parece para servirnos de una expresión gráfica el "tapón" arrancado de la boca de la gruta. Es evidente, en efecto, que aquella masa de más de veinte metros de altura, cuyas aristas, a pesar del transcurso de los siglos, se corresponden regularmente con las líneas de

abertura de la gruta, ha sido arrancada por algún empuje gigantesco debido de los vapores volcánicos.

Sobre aquella roca inhabitable, Gaid acababa de ver surgir un fantasma, cuyos rasgos no podía distinguir. Sin embargo, seguramente no era Yan. El joven no podía estar en aquel islote donde le hubieran visto desde la costa.

¿Y quién sino un sér sobrenatural podría aventurarse a aquellas horas por semejantes lugares?

Gaid temblaba paralizada por el terror. Estaba clavada en el suelo. Por un prodigioso efecto de refracción la talla de la aparición, desmesuradamente agrandada, sobrepasaba todo cuanto la imaginación puede concebir. Sin embargo, pronto fué disminuyendo el fantasma y Gaid más tranquila pudo convencerse de que sus andares eran más propios de un viejo que de un espíritu maligno. Cuando el misterioso desconocido estuvo a tres pasos de Gaid el terror de la joven se disipó por completo. A pesar de su tristeza, se echó a reír:

—"¡Ar Zod!"—exclamó.—"¡El loco!

Efectivamente, el loco era.

Tenía Ar Zod unos sesenta años, pero representaba ochenta, a causa de su espalda encorvada y de la blancura de sus barbas y cabellos. Unicamente los rasgos fisonómicos del viejo tenían una sorprendente expresión de juventud y de fuerza. En vez de broncearle, el aire del mar le había impreso en el rostro la frescura de un niño. Y sus hermosos ojos llenos de bondad, su tierna y afectuosa sonrisa, indicaban que aquel cuerpo martirizado encerraba un alma que sólo la desgracia había podido degradar.

Ar Zod se adelantó hacia la joven.

Su locura era singularísima. Consistía en una pérdida absoluta de la memoria y de las nociones de la vida civilizada. Sin embargo, su extraña conversación, mezclada a su lenguaje, indicaba que aquel hombre pertenecía a una gararquía social muy superior. Los que iban a visitarle disfrutaban mucho con la exquisita poesía de sus discursos sin hilación. Fuera de su incasante monólogo, Ar Zod conservaba toda la lucidez de los monomaniacos. Conocía a todos los padres, hijos e hijas de la costa, los designaba por su nombre, daba consejos médicos, y tan buen resultado obtenía, que pronto le dieron verdadero renombre de brujo.

Ar Zod, por su parte, no se acreditaba de tal. No pronunciaba ninguna palabra, ni hacía ningún signo caba-

lístico. La Única cosa que denotaba que estaba "tocado" era la incoherencia de sus ideas, sus repentinas divagaciones en medio de un diálogo aparentemente muy sensato. Por lo demás, sólo los viejos hubiesen podido contar su historia. Los jóvenes le habían conocido siempre en aquel precario estado de razón. Cuando llegó junto a Gaid la alargó cariñosamente las manos.

—Buenas noches, Ar Zod—dijo la joven.—¿Qué hacéis a estas horas en la Punta?

Ar Zod sonrió.

—¿Eres curiosa, Gaid? ¿Qué es lo que haces tú?

Esta sencilla pregunta turbó a la joven. Se ruborizó intensamente y bajó la cabeza.

—¡Apuesto cualquier cosa a que buscas a tu novio!

Y como Gaid se estremeciese, añadió:

—¿Ves que no me engaño? ¡Lo he adivinado! Pues bien, créeme. Vuélvete a casa de Guyarmarc'h. No es la hora más a propósito para que una joven honrada ante por estos sitios.

—Quería prevenir a Yan. Quería decirle que los gendarmes le persiguen, que se oculte bien...

El loco se pasó la mano por la frente. Cualquiera hubiese dicho que trataba de retener algo que se le escapaba de la memoria. Su hermoso rostro se contrajo bajo un espasmo de sufrimiento moral. Pero el trastorno fué de corta duración. Pronto recobró su sonriente placidez.

—¿Decías?...—preguntó con interés.

—Decía que los gendarmes tienen orden terminante de apresar a Yan y que si le echan la vista encima le cogerán.

Ar Zod se estremeció.

—¿Le cogerán?—dijo con voz cavernosa.—¿Cogerán al pequeño Kerdaz, aunque no tiene más que tres años, y también cogerán a Berta y a su padre? ¿Y los gendarmes le arrojarán en la Boca del Infierno?

Gaid le contemplaba con la boca abierta presa del asombro que produce lo incomprensible. El viejo se animaba. Sus ojos brillaban siniestramente.

—¡Pero afortunadamente Ar Zod está aquí! ¡No quiero que le maten! ¡Nó, no quiero! ¡Ven conmigo!

Gogió la mano a Gaid y la arrastró a la Boca del Infierno.

—¡Lámale—dijo.

Y Gaid gritó con voz ligeramente temblorosa:

—¡Yan! ¡Yan!

Los ecos de la sombría bóveda repitieron el sonido; pero nadie respondió.

La joven llamó nuevamente dos, tres veces. Entonces pareció agitarse una masa en el hueco de una hendidura, y Yan, pálido, adelgazado, con los ojos congestionados, se presentó ante los ojos de sus dos extraños visitantes.

Gaid, juntando las manos, rompió a llorar.

—¡Yan! ¡Pobre Yan! ¡Cómo te encuentro!

—¿Qué pasa, Gaid? ¿Qué me quieres?

La joven retuvo sus lágrimas y dijo:

—¡Yan, los gendarmes te buscan! ¡Quieren cogerte! ¡Escóndete!

—¡Oh! dijo tristemente el joven.— ¡Los gendarmes no han venido nunca a estos sitios!

—¡Pero pueden venir, Yan de mi alma! ¡Ten cuidado! ¡Vete de aquí!

Frunciéronse las cejas del marino. Su rostro expresó intenso desaliento.

—¡Pues bien, que vengan! ¡No me defenderé! ¡No tengo para qué salvar mi arrastrada vida!

Y con extraña amargura añadió:

—Oyeme, Gaid, con atención: Si no hubieras sido mi prometida te hubieras casado con Kerzali; pero te queda Lan que es un buen muchacho y hará un excelente marido.

Gaid sollozaba violentamente. Aquel esfuerzo había agotado a Yan. Sus piernas se doblaron y cayó al suelo.

Ar Zod recibió a Yan en sus brazos y con un vigor de que nadie le hubiera juzgado capaz, se le cargó sobre los hombros. En aquel momento empezaba a subir la marea.

—¡Las olas!—murmuró temblando de miedo Ar Zod.—¡Huyamos!

Se precipitó fuera de la caverna seguido por Gaid, y llevando sobre los hombros a Yan, empezó a subir por la Escalera del Infierno. Al llegar arriba, Hoel Conan corrió hacia ellos.

—¡Daos prisa! ¡Van a venir a relevarme, y mi compañero podría no ser tan complaciente como yo!

—¡Gracias, Hoel!—dijo la joven clavando en el carabinero una mirada llena de lágrimas.—¡Gracias, nunca lo olvidaré!

Y mientras el extraño grupo se desdibujaba en las sombras de la noche, Conán respondía a su jefe que le preguntaba quiénes eran aquellas gentes.

—¡Mik y su padre Arc'han, con la

hija de Guyarmarc'h. Parece que Mik se ha caído desde las rocas y se ha hecho una herida.

Mientras tanto Gaid y Ar Zod llamaban a la puerta de Arc'han.

Eran las nueve, y nadie dormía en la casa. Estaban todos inquietos, muy inquietos. Al ver al loco llevando en brazos a Yan, los hombres se asustaron. Arc'han levantó las manos al cielo.

—¿Ha muerto?—preguntó con voz cavernosa.

—No—respondió secamente Ar Zod. —¡Vamos! ¡De prisa, lumbre y una cama! ¡Habrás de llevárselo de madrugada!

—¿Llevárselo? ¿Por qué?

—Porque los gendarmes le persiguen—dijo Gaid.

Arc'han y sus hijos gritaron:

—¡Que vengan!

Von y Oneau, el hijo menor, habían acostado a Yan en una cama cubierta con la única sábana que había en la casa. El loco se inclinó sobre el herido, escuchó su respiración, le palpó la cabeza y el pecho, lavó la herida del cráneo; luego, descubriendo el brazo tumefacto, dijo bruscamente:

—¡Agua y trapos!

En aquel momento nadie hubiese tomado a Ar Zod por un falto de juicio.

En seguida, desabrochando su chaquetón, sacó del bolsillo interior un estuche y del estuche una lanceta brillante y acerada.

De un golpe abrió una ancha brecha en los músculos del antebrazo, y como la sangre, demasiado espesa, no saliese, apretó vigorosamente el puño de Yan.

Un gemido salió de los labios del herido, que se agitó en el lecho. Ar Zod cogió la mano hinchada y, sin titubear, introdujo el acero.

La sangre brotó, primero negra y espesa; luego roja y limpia. La mano y el brazo se deshincharon sensiblemente.

Ar Zod hizo seña a los muchachos de que lavaran la sangría. Después se aproximó a Arc'han, y fijando en el saltador del mar esa mirada extraña propia de los monomaniacos, le cogió por un brazo y le inclinó sobre el herido, cuyos dedos ensangrentados manchaban la sábana.

No dijo una palabra. Únicamente una sonrisa silenciosa, terrible, separó sus labios descoloridos.

Y Arc'han, con los ojos dilatados por el espanto, contempló la sangre

que salía de la mano izquierda de su hijo adoptivo. Veintitrés años antes era de los dedos mutilados de la madre de donde brotaba.

Como la noche tocaba a su término, Ar Zod dijo a Gaid:

—Hija mía, ve a ver si hay fuera algún peligro.

La pescadora volvió a los pocos instantes.

—Todo está tranquilo—dijo.

El loco hizo una señal a los hijos de Arc'han, y cuatro de éstos cogieron el jergón del herido y le levantaron. El loco añadió:

—¡Seguidme! ¡A la playa del Tuerto! ¡Allí hay un escondite que los gendarmes no encontrarán!

Entonces el sombrío cortejo salió de la cabaña, bajó por las rocas y empezó a bordear el mar. Y como Arc'han die-  
ra un paso para seguirle, dijo Ar Zo-  
l con voz terrible:

—¡Tú, nó!

## V

Cuando el carabinero Conan había afirmado que Gaid era la muchacha más linda de la bahía, no había cometido ninguna exageración de enamorado.

Gaid apenas tenía veinte años y se encontraba en todo el esplendor de su belleza, extraña, algo rústica, pero que participaba a la vez de los encantos de la mujer y de las gracias de la niña. Cada movimiento, cada gesto suyo denotaban una rica organización, una naturaleza poderosa, un temperamento ardiente, una salud exuberante.

Un crítico hubiese hecho algunas reservas sobre las líneas generales de la joven, que expresaban más vigor del que ordinariamente se exige al cuerpo femenino y también en lo concerniente a la fisonomía; por ejemplo, un exceso de resolución en la frente saliente, de audacia en la nariz aguilena, de energía varonil en la boca, bien dibujada y provista de dientes anchos, blancos, sólidos, bien dispuestos y que no ocultaban por completo los labios rojos y gruesos. Hubiera podido reprocharse a los miembros el estar modelados con una robustez demasiado masculina, a sus manos, acostumbradas a mover el remo, y a sus pies, endurecidos por el contacto con las piedras, el haber conservado su blancura, en detrimento de la elegancia rigurosa, quizás. En cambio, su pecho

levantado, sus hombros anchos y cuadrados, hacían resaltar admirablemente los contornos de su talle flexible y la redondeada línea de sus salientes caderas, agitadas por suave ondulación al andar, gracioso resabio contraído por la costumbre de mantener en equilibrio sobre la cabeza cántaros y pesados cestos de pescado.

Había, pues, algunos defectos en la belleza de Gaid, pero también mucho que admirar; y como los marineros de la costa no son críticos de arte, sino que ante todo buscan una esposa amante, una madre de familia diligente, una compañera fuerte y aguerrida, capaz de compartir sus trabajos y sus peligros, la hermosa Gaid, que parecía de perlas para desempeñar este triple oficio, era deseada por todos los mozos de las cercanías.

Sería, sin embargo, exagerar el materialismo egoísta de aquellos mozos suponer que no habían experimentado aún a pesar suyo, el secreto encanto ejercido hasta en el hombre más rudo por la presencia de una joven bonita, y Gaid era de las que no pueden mirarse sin tener el presentimiento de que muy pronto nos acometerá el deseo de ser amados por ellas.

De carácter franco y alegre, ejercía a su alrededor una especie de fascinación.

Sin embargo, desde que en Lescoff se supo que era la prometida de Yan, todos cesaron, al menos en apariencia, de mariposarse en torno de ella. Los pretendientes bajaron súbitamente su pabellón ante Yan; los más prudentes, temerosos de caer en los puños del temible marinero; los otros, los menos enamorados, encontrando muy natural que la hermosa Gaid hubiese puesto sus ojos en su guapo primo, rival simpático, aunque preferido. En el fondo todos, a excepción de tres o cuatro malas cabezas, rumiaban su despecho silenciosamente, contentándose con dirigir a la hermosa muchacha algún requiebro sin consecuencias, última remembranza de sus pesares, o con cantar, entre suspiros, como el carabineiro Hoel Conan, el romance de sus ilusiones perdidas.

Las circunstancias en que Gaid y Yan se hicieron novios merecen ser contadas.

Un día, ocho meses antes de su pelea con Lan, Arc'han dijo a su hijo adoptivo:

—Mira, hijo; yo voy siendo viejo, las fuerzas me van faltando y el marinero de otros tiempos no es más que

un casco agrietado. Antes de que clave mi última ancla en el fondo del cementerio y de que beba mi último tragito quisiera verte casado y jefe de familia.

—Tiempo de sobra hay para eso, padre. Acabo de volver del servicio.

—Precisamente. ¡La mejor edad! Un verdadero marino no es un grumete ni mucho menos. Y sobre todo, nunca es pronto para hacer bien. Fíjate en mi ejemplo. Yo me casé también al volver del servicio y si la difunta no se hubiese ido allá arriba antes que yo, tendríamos una familia más numerosa que la de un arenque del Canal de la Mancha. ¡Oh! ¡Habíamos empezado muy bien!—continuó el viejo lobo de mar dando un triste suspiro.—También quiero que te cases para tener la seguridad de que tendré gente que lllore mi muerte.

—¿Por qué dices esas cosas, padre?

—¡Yo lo sé muy bien! Tú me quieres, eres agradecido; pero los otros... Por eso precisamente querría que te casaras antes de verme salir con los pies por delante.

Yan se echó a reír.

—Puesto que es tu gusto, me casaré. Pero ¿con quién?

—Eso no debe preocuparte en un punto como éste, donde hay un refrán que dice: "Desde Sain-Thei a la Punta del Raz hay siete mujeres para cada hombre." En cuanto a esto estoy tranquilo. Un mozo de tu temple encuentra apañío fácilmente. Conozco a más de una que está deseando tenerte por marido.

—¿Sí? ¿Quién?

—¡Busca, busca! Creo que no tendrás que andar mucho para echar el lazo a una de las que te quieren. Sin doblar la Punta, sin salir de la bahía... Pero ¡basta! ¡A tí te toca buscarla!

Arc'han no quería decir más. Desde luego había designado a Gaid por futura nuera; pero por experiencia sabía que la juventud se inclina a seguir siempre distinto camino del que le indican y él no quería precipitar los acontecimientos.

Arc'han tenía una idea.

—Muchas veces—pensaba—se ha visto a muchachos perdidos encontrar por casualidad su verdadera familia, y a muchos que han recobrado la palabra después de largos años de silencio. Desconfío de Ar Zod; tengo sospechas de ese loco endiablado que acabará por jugarlos una mala partida. Hay que evitar las sorpresas con tanto cuidado como los escollos. Yan, una vez

casado con una joven de la costa y bien unido a la familia por la ley y por el cura, será nuestro. Y entonces que suceda lo que Dios quiera.

Poco tiempo después Arc'han, persiguiendo su objeto con el empecinamiento característico de su raza, dijo a Yan:

—¿Sabes que tengo que darte una noticia?

—¿A mí?

—Sí. Vamos a ir de boda.

—¡Ah! ¿Y quién se casa?

—Tu prima—articuló lentamente Arc'han mirando con gran atención al joven.

—¡Hum!—pensó el viejo para sí.

—¡Parece que el pez no quiere morder el anzuelo!

Luego añadió en voz alta:

—Sólo se habla de eso en Lescoff. Es un acontecimiento.

—Conformes; pero, ¿con quién?

—Pues bien: Gaid será pronto la señora de Kerzale.

—¡Felicite usted a Gaid en mi nombre.

—La noticia ha extrañado a mucha gente.

—¿Por qué?

—¡Toma! Porque creían que Gaid era para tí.

—¡Bah! ¡Esos son chismes de vecindad! Yo soy pobre y Kerzale es rico.

—Con salud y con buenos brazos nunca se carece de nada, Yan.

Los dos hombres se separaron sin añadir una palabra más.

Aquel Kerzale era un antiguo piloto práctico del puerto de Douarnenez. A consecuencia de un accidente que le había roto una pierna se había retirado a Lescoff de donde era originario, y donde primeramente se puso a vender cebos fabricados con el caviar que los saladores de Terranova arrojaban al mar cuando destripaban a los bacalao y que hoy se recoge para que lo usen los pescadores de sardinas.

Muy pronto extendió su comercio; se hizo abastecedor de marina y fué nombrado síndico de los pescadores. El sufragio de sus conciudadanos le elevó a la alcaldía, en la que se mantuvo veinte años sin protesta de nadie.

Le llamaban Kerzale el rico, y, en efecto, lo era. Pero no solamente vendiendo cebo, alquitrán, cuerdas y telas llegó a reunir los sesenta mil francos que la voz pública le atribuía. Las palabras inglesas "ship candler", pintadas en azul sobre la blanca portada de su tienda sólo servían para encu-

brir su principal oficio—y el más lucrativo—que era el de comprador de objetos procedentes de naufragios. A cada instante tenía contendas con la administración marítima. Pero Kerzale jugaba con la ley que regula las partes correspondientes al Estado y al que encuentra los objetos caídos al mar a causa de un naufragio o por otro motivo, y siempre se desenvolvía admirablemente, logrando para él las mayores ventajas con la habilidad de un procurador normando. Yan no experimentó la más mínima sorpresa al saber que un hombre tan importante se diera el lujo de tomar por mujer a una joven, cuya única dote era su linda cara. Quería a Gaid como se quiere a una hermana, a una niña con la cual se ha jugado durante la infancia, a quien se ha visto crecer y desarrollarse y embellecerse, y cuyo desenvolvimiento intelectual y físico ha sido seguido paso a paso. Nunca se le ocurrió la idea de que podría ser para él otra cosa que una amable compañera.

Sin embargo, recordaba las palabras de Arc'han, e insensiblemente se grabaron en su alma.

—Padre tiene razón, pensó. ¿Por qué Kerzale y no yo? Ese vejestorio tiene buena bolsa; pero, en cambio, es cojo y su edad es demasiado avanzada para casarse. ¿Acaso no valgo más que ese camastrón?

Y mezclándose un poco de amor propio en sus reflexiones, empezó a concebir un principio de odio contra su prima que había acogido al síndico en lugar de ratificarle a él, a Yan, el veredicto de la opinión pública.

La casualidad quiso que al pasar cerca de la playa viese a la joven. Estaba Gaid sentada en el borde de la playa de arena, en medio de un círculo de mujeres, vigilando mientras reparaban sus redes, a un tropel de chiquillos medio desnudos que, con el pretexto de coger almejas, pataleaban entre la espuma de las olas. Gaid tenía una voz algo ruda, pero armoniosa y no mal timbrada. Cantaba gravemente un "maronad", especie de melopea fúnebre, muy en boga entre los celtas, de las cuales algunas han quedado en la poesía de la baja Bretaña.

Sobre Kledno, el arrogante,  
un negro cuervo girando  
se batió,  
y en su cuerpo palpitante  
el largo pico clavando  
su sed de sangre sació.

Tiern, el que tan animoso,  
hizo veinte años la guerra,  
le hallará  
bajo un dolmén en reposo;  
de lecho, la madre tierra  
amante le servirá.

El número solamente  
de sus muchos enemigos  
le venció.

Llora tú, Ar God, que al valiente  
le diste casa y amigos.  
Tu héroe por tí murió.

Nadie le igualó en destreza;  
su alma fué privilegiada,  
y el Señor  
infundió en ella nobleza  
que fué siempre acompañada  
por su audacia y su valor.

Kledno, toda mi alegría,  
al saber tu triste muerte,  
acabará.

Y sobre tu tumba fría,  
mi suerte unida a tu suerte,  
siempre te acompañará.

Yan conocía la canción que cantan  
las bretonas desde Vannes hasta  
Saint-Malo. Y tararean así en Carnac  
como en Ruan.

Yan se acercó al grupo. El canto  
dió fin. Una exclamación de bienveni-  
da le saludó; pero él permaneció ins-  
ensible a la buena acogida que le ha-  
cían, y dirigiéndose a su prima, la di-  
jo:

—¡Ven, Gaid, tengo que hablarte!

—¡Oh! Si es para repetirme que la  
quieres—exclamó riendo una de las  
pescadoras—no tienes necesidad de  
ocultarte. ¡Hace mucho tiempo que  
estamos en el secreto!

El joven no respondió. En cuanto a  
Gaid, ruborizada por la puya de la co-  
madre y sorprendida por el tono bre-  
ve, categórico, casi imperioso, con que  
la había interpelado, levantóse y le si-  
guió.

Gaid habló la primera.

—¿Qué ocurre, Yan? Traes cara de  
entierro.

—¿Sí? ¿Te parece que le tenga de  
bodas?

—No sé por qué.

—¿No te casas?

Gaid quedó un instante muda de  
sorpresa.

—¡Casarme! ¡Yo!—acabó por de-  
cir.—Pero, ¿estás soñando?

—¿Cómo?—exclamó él a su vez.—  
¿No eres la prometida de Kerzale el  
rico?

—¿Quién es el mentiroso que te ha  
contado eso?

—¡Todo el mundo lo dice!

Gaid no pudo contener un movi-  
miento de cólera.

—¡La gente es estúpida! ¿Yo mu-  
jer de Kerzale? ¡Pero si tiene cin-  
cuenta años largos! ¿Cómo los has  
creído? ¡Entonces no me conoces!  
¡Preferiría arrojarme de cabeza al  
mar!

—¿Es decir que es mentira?

Gaid le miró conmovida y dijo con  
solemnidad:

—¡Yan, Yan mío, yo nunca miento!

Hubo un corto silencio. Uno y otro  
parecieron reflexionar.

—¡Adivino de dónde viene el golpe  
—dijo de pronto Gaid.—Mi padre  
convida muchas veces al síndico con la  
esperanza de hacer con él buenos ne-  
gocios y la gente habrá creído que es-  
taban tratando mi matrimonio.

Yan pareció satisfecho de la expli-  
cación.

—Una palabra sólo, ¿quieres?

—Habla.

Yan titubeó.

—Sin embargo—dijo por fin—, es-  
toy seguro de que hay alguien que te  
quiere.

Gaid se ruborizó por segunda vez y  
bajó los ojos; pero recobrando inme-  
diatamente su serenidad, levantó la  
cabeza y respondióle con una franque-  
za llena de gracia:

—Pues bien, sí, hay uno. Sólo que...

Gaid se detuvo.

—Sólo que... ¡Acaba!

—Sólo que él parece no darse cuen-  
ta de ello.

—¿Y podría saberse su nombre?

—¡Oh!—exclamó Gaid alegremen-  
te—¡Eres demasiado curioso! ¡No te  
lo diré!

Y Gaid se esquivó rápidamente  
acompañando su huida con una carca-  
jada larga y sonora que puso al des-  
cubierto la doble fila de sus blanquísi-  
mos dientes. Pero Gaid se detuvo al  
cabo de unos cuantos pasos, y volvién-  
dose a Yan que, algo azorado, había  
permanecido inmóvil en su sitio, le  
gritó:

—¡Nó: no te lo diré, primo; pero no  
te prohíbo adivinarlo!

Yan lo comprendió y se lanzó tras  
ella. La maliciosa joven desapareció  
por la puerta de Guyarmarc'h envián-  
dole un beso con las puntas de los de-  
dos.

Así empezó el noviazgo de Gaid y  
Yan.

## VI

Cuando Yan despertó por la mañana, se quedó sorprendido al verse acostado en su jergón. Incorporóse y paseó a su alrededor una mirada llena de ansiedad.

Las paredes de la habitación eran de ladrillo, pintados de blanco. Por todo mobiliario, la humilde cabaña tenía dos bancos de madera, una hamaca y una miserable mesa de tres pies; el cuarto había sido reemplazado por un trozo de madera procedente de algún naufragio.

El joven marino experimentó una sensación angustiosa.

—¡Preso!—pensó.— ¡Estoy preso!  
Y los recuerdos se agolparon a su imaginación.

—¡Sí, estoy preso; me acuerdo muy bien! Ar Zod, Gaid, los gendarmes que me buscaban allí abajo, en la gruta del Infierno. ¡Me han cogido!

A pesar del dolor que sentía en el brazo derecho, vistióse de prisa y se dirigió hacia la puerta.

Pero alguien abría desde fuera.

Ar Zod entró.

Al verle, Yan no pudo reprimir una exclamación:

—¡Tú!—dijo.— ¡Tú! ¿Te dejan entrar en la cárcel?

El loco se pasó la mano por la frente.

—No estás en la cárcel. Estás en mi casa.

—¿En tu casa?

—Sí, mira.

Y abrió la puerta de par en par.

Yan miró.

A unos veinte pasos, las rocas se cortaban a pico sobre el mar. Invisible desde la tierra, la cabaña del loco sólo era accesible por una escalera colocada sobre una cornisa inferior, y a aquella cornisa sólo se podía subir por una escalera formada de escalones desmemorados. Durante la marea alta quedaba completamente cubierta.

En frente se abría una hendidura enorme, tenebrosa, que era preciso atravesar para llegar hasta la pared de granito.

—¡La Playa del Tuerto!—exclamó Yan.

—Sí, hijo mío.

—¿Y cómo estoy aquí?

—Vas a saberlo.

El loco indicó a Yan que se sentase y le contó, en términos sencillos y clarísimos, el salvamento realizado en la Gruta del Infierno.

Yan le había escuchado palpitante.

—¿Y tú has hecho eso?—dijo por fin con acento conmovido. ¡Pero si yo nunca te he hecho ningún bien!

El loco sonrió con extraña sonrisa.

Con los ojos fijos en el mar, repuso:

—Al pobre Kerdaz le hicieron mucho daño y no quiero que le hagan más.

—¿Qué dices?—preguntó Yan sin comprenderle.

—Digo que la madre no estaba muerta, que yo he oído su grito de agonía cuando tu padre Arc'han le cortó los dedos.

Yan pensó que el loco era presa de una de sus alucinaciones y no trató de comprenderle.—Pero atrayendo a Ar Zod hacia él, le abrazó cariñosamente.

—¡Eres muy bueno, Ar Zod! ¡Yo te quiero mucho!

De repente los ojos del joven se dilataron al fijarse en el exterior de la cabaña. Palideció y se agarró con fuerza al marco de la puerta de entrada.

Ar Zod sonreía.

Su mirada siguió a la de Yan.

Al otro lado de la cornisa, de pie sobre la misma extremidad de la roca, una joven acababa de gritar:

—¡Ar Zod! ¿Dónde estás?

El loco salió para recibir a la aparición.

Yan no quitaba los ojos de ella.

Era una joven alta, de flexible talle, pero con busto de mármol. Su cabeza de una perfección ideal, tenía el perfil virginal de algunas inglesas, bajo una maraña de cabellos tan negros que azuleaban la blancura mate de sus sienas. Los ojos eran tan negros como el pelo y lanzaban miradas de una profundidad atrayente, dulces como caricias, y su efecto sobre los que miraban eran análogo al temblor que provoca los primeros efluvios de la primavera. Mariana (porque era ella), no era hermosa: era la hermosura hecha carne, la que por el imperio que ejerce en el alma, reduce al silencio a los sentidos. El efecto que producía era de éxtasis, no de deseos. Parecía un ser tan impropio de la tierra que los pescadores de la costa la llamaban "señorita" y le hablaban con la gorra en la mano. Los más jóvenes temblaban cuando les dirigía la palabra; los más viejos al verla correr por la muralla granítica, creían que el alma del hada Morgan había encarnado en ella.

Hacia diez años que en la prima-

vera y en otoño iba Mariana a pasear por la playa sus ensueños solitarios. Conocía su misterioso origen, porque la vieja Tina Kadoc'h no le había ocultado nada.

La buena mujer y su marido habían empleado íntegro el producto de la venta de sus diamantes en educarla en un convento de Quimper. "Ya veréis—decía Tina a sus convecinos, cómo el mejor día la señorita encuentra a sus padres."

Hay que advertir que Mariana había pagado con su agradecimiento los sacrificios de sus padres adoptivos. Uno tras otro, los cuatro hijos del labrador Kadoc'h habían muerto, dos de ellos en el mar, otros dos en el servicio. Mariana quiso volver a la casa para consolar a sus padres adoptivos.

Kadoc'h se alegró mucho de su resolución, pero Tina no lo consintió.

—Compréndelo—le decía a su marido—; eso sería faltar a la palabra dada al buen Dios que nos la ha prestado por algún tiempo. Es necesario que siga siendo una señorita el día que sus padres vengan a buscarla. ¿Quién sabe si el loco los conoce?

Poco tiempo después, Kadoc'h entregó a Dios su alma, apacible y dulcemente, oprimiendo entre sus manos las de Tina y de Mariana. El pobre hombre decía a esta última entre los estertores de la agonía:

—¡Hija mía, bajo tu protección iré al cielo! ¡Eres un ángel!

En la comarca, a nadie se le hubiera ocurrido que pudiera amarse a Mariana de otra manera que como a un ser celestial. Ningún mozo de la región se hubiera atrevido a concebir la más mínima esperanza.—Yan estaba en el servicio.

Pero a la vuelta la había visto.

Y él, el hijo del naufragio, del mismo naufragio que Mariana, el expósito, como le habían llamado Lan y sus hermanos, concibió un amor loco por aquella mujer que se le aparecía como una luz en la noche de sus dudas y de sus incertidumbres.

Pero, al mismo tiempo, la noche se hizo más áspera en su corazón y en su cerebro. ¿No era el prometido de Gaid?

En aquel corazón de bretón, Yan lo era, si no por nacimiento, por educación—la fe a la palabra dada era absoluta. Estaba comprometido con Gaid.

No la quería, pero ella le quería a él. Y habían cambiado sus juramentos.

Yan permanecía en la puerta de la cabaña. Mariana no le había visto.

Mientras tanto Ar Zod había corrido hasta la escalera de mano, que era muy pesada y estaba cubierta de sal y de conchas.

El loco la levantó con una mano, la hizo resbalar sobre la pared y la apoyó sólidamente contra ella. Mariana, saltando de roca en roca, bajó por la vertiente opuesta, escaló la cornisa y franqueó los escalones con la ligereza de una sílfide.

Ar Zod la recibió en sus brazos, y miró a la joven que, al verle súbitamente pálido, empezó a reír.

—¿Tienes miedo?—le preguntó.

—Sí—dijo el viejo, cuya voz tembló.—Cree que te caías.

Su mirada, una mirada indefinible, envolvió a la joven como una caricia. Mariana no le veía.

Temblaba ligeramente.

Otros ojos, unos ojos impregnados de otro fuego, acababan de atraer los suyos, en virtud de ese extraño magnetismo que va desde el ser amante al ser amado.

Mariana acababa de ver a Yan.

Dominando su turbación se dirigió hacia él.

—Buenos días, Yan; ¿cómo está usted?

Yan respondió con una triste sonrisa, levantando al mismo tiempo su mano izquierda inerte.

Entonces Mariana se fijó en la venda que llevaba sobre la frente y conmovida:

—¡Ah! pobre Yan—exclamó.—¡No lo sabía! ¿Qué le ha ocurrido?

—Una caída—repuso el joven, titubeando y ruborizándose.

Mariana fijó en él una mirada que penetró hasta el fondo de su alma.

—¡Una caída! ¿Por qué miente? ¡Usted ha peleado con alguien, Yan!

Este bajó la frente como un niño.

—¡Siempre el mismo! ¡Violento, arrebatado!... ¡Usted me había prometido!...

—¡Es verdad! Mariana—respondió Yan haciendo un gran esfuerzo.—Pero, ¿qué quiere? ¡No soy ningún santo!

Y sonrió amargamente.

No se atrevía a levantar la cabeza. La joven le observaba a hurtadillas. El pálido y hermoso rostro del joven pasaba por todas las fugitivas impresiones de la vergüenza y de la cólera. Mariana se apresuró a decirle:

—Sin embargo, si quiere usted que

seamos buenos amigos, será preciso emmendarse.

El marino se incorporó.

Mariana retrocedió un paso llena de admiración y de temor.

Yan, de pie, con la cabeza echada hacia atrás, el pecho agitado y los brazos temblones, la mirada sin miedo: sus labios estaban llenos de rebeldías reprimidas.

Pero, no obstante, su furor estalló.

—¡Corregirme! ¿De qué? ¡No soy ningún miserable! ¡No soy un borracho ni un ladrón! ¡Cuando me insultan, respondo; cuando me pegan, pego! Usted es "la señorita", y vive en el convento. Ha olvidado usted a Lescoff a fuerza de vivir en Quimper. ¡Yo no soy más que un marinero! ¡Puesto que predica usted la dulzura y la sumisión, usted que es una santa, vaya a decir esas cosas a Lan Kervarec y a sus hermanos!

Y luego añadió más energicamente:

—¡Pues bien, sí! ¡He peleado! ¡Y hasta creo que he matado a dos hombres! ¡Pero tranquilícese usted! ¡No mataré a nadie más! Los gendarmes me buscan y, a no ser por este pobre viejo, a estas horas estaría preso en Brest o en Quimper.

La joven juntó sus manos.

—¡Preso, Dios mío!

Y volviéndose hacia Ar Zod, añadió:

—¿Le has ocultado tú?

Yan se adelantó a responder:

—¡Sí, él, sólo él! ¡Porque me quiere mucho!

Mariana dió un paso hacia Yan.

—¡Todavía no me ha dado usted la mano!—dijo con amable reproche.

Yan la miró cara a cara, balbució algunas palabras, y oprimiendo aquella mano, la cubrió de besos.

Por un momento, quedóse la joven paralizada de asombro.

El movimiento espontáneo de Yan la había dejado estupefacta. Pero aquellos besos ardientes, húmedos de lágrimas, despertaban en ella un mundo de sensaciones desconocidas y sumían su pensamiento en un abismo que la inquietaba, en un caos de turbaciones inexplicables que la aterraron. Tan pronto pálida como ruborizada, con el pecho oprimido y tumultuoso, retiró la mano tan vivamente como pudo, sin cuidarse de la mirada que el joven fijaba en ella.

Entonces se volvió hacia el loco.

Esta la contemplaba con éxasis, pero la expresión de sus ojos era muy distinta de la de Yan.

—Ar Zod—dijo Mariana con voz al-

terada, ¿cuándo iremos a la gruta de Dahut?

El viejo parecía sumido en una de sus contemplaciones habituales.

Al oír a Mariana se estremeció.

—¡La gruta del Dahut!—dijo con voz cavernosa.—¡Está allí, sobre las rocas de Tevennec! ¡Las olas cantan en él cánticos rarísimos para apagar los lamentos de la maldita!

¡Los grandes buques acuden allí atraídos por esa música y las olas los despedazan!

Ar Zod se había vuelto hacia el noroeste.

Su brazo se extendía en la dirección de la Punta del Harnero. En aquel sitio la roca Morena y los islotes grises de Tevennec emergían en la bruma bajo el sol de levante. El archipiélago en masa brillaba herido por las irradiaciones del astro rey. El agua verdosa descomponía la luz en sus milares de prismas.

Era un cuadro de hadas.

Mariana miró a Yan.

El joven estaba deslumbrado por la esplendidez de la decoración.

Con los ojos dilatados y los labios entreabiertos, permanecía inmóvil, sumido en la contemplación de las maravillas que Dios ha prodigado en la naturaleza. Su aliento parecía suspenso, y bajo el imperio del entusiasmo, a impulsos de la admiración que le causaba aquel bello amanecer, la sangre coloreó nuevamente su rostro pálido e imprimió tonos más ardientes en sus mejillas.

¿Adivinó Mariana las vibraciones de aquella alma ingenua e inculta?

Aproximóse a él amablemente y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—¡Qué hermoso es esto! ¿Verdad, Yan?

—¡Oh, sí!—murmuró el joven con acento religioso.—¡Muy hermoso, muy hermoso!

Buscaba, sin encontrarle, un término de comparación.

Volviéndose hacia la joven fijó en ella sus ojos húmedos por el llanto.

—¡Hermoso como usted, Mariana!—dijo.

—¡Chist!—murmuró ella apoyando un dedo sobre sus labios. ¡No debe usted decir eso!

Y sonreía ruborizándose.

Su mirada se fijó en la del marino.

Y sin que se diesen cuenta, jóvenes y fuertes los dos, poetas sin saberlo, inconscientes talvez del amor que germinaba en ellos, se miraron llenos de

dulce turbación, cambiando confesiones sin palabras, esperanzas sin horizontes. La hora matinal les infundía su enervante poesía.

Estaban ellos también en la aurora de la vida, demasiado cerca del infinito para que no se entregaran al sueño del amor sin fin.

Pero en aquel momento alguien les arrancó de su éxtasis.

Ar Zod no había retirado la escalera.

Una cabeza primero, un busto después, y por último, un cuerpo entero surgieron sobre la plataforma de la roca. Era una mujer que lo había visto y oído todo: la exclamación de Yan y aquellos momentos de éxtasis. Al oírlo y al verlo palideció y estuvo a punto de desmayarse; pero recobrando en seguida el dominio de sí misma, se adelantó hacia el grupo con aire resuelto.

—¡Gaid!—exclamó Mariana gozosa.—¿A dónde vas tan de mañana? ¿Cómo te encuentras?

—¡Bien, gracias! ¿Y usted, Mariana?

Este "usted" fué acentuado con un tono de cólera y de odio que impresionó a la hija adoptiva de Tina Kadoc'h.

Gaid añadió irónicamente:

—¡Usted sí que ha madrugado hoy! ¿Las monjas de Quimper se levantan tan temprano?

—¡Ya lo creo!—repuso Mariana sin comprender la amargura de que la daba pruebas.

Iba a responderla; pero Yan se adelantó:

—¡Gaid, no seas mal intencionada!—dijo.

La pescadora se sintió picada en lo vivo.

—¡Oh! Ya te comprendo, Yan. ¡Siempre ocurre lo mismo! ¡Los hombres prefieren las señoritas que se burlan de ellos a las muchachas que por ellos se sacrifican!

Mariana la miró dulcemente:

—Yo no soy coqueta, Gaid. No sé por qué dice usted eso.

Ella también la hablaba de usted.

—¡Oh, yo me entiendo!—dijo la pescadora.—¡Mis ojos ven lo que deben de ver, y me meto en lo que me importa! ¡Bien he visto que a usted no la molestan las flores y los requiebros de los mozos de Lescoff y de Cléden, aún cuando sean prometidos de otras!

En el rostro de Mariana se dibujó una expresión de tristeza.

—¡Prometidos de otras! ¿Yan es tu prometido?

—¿No lo sab... usted?

—Nó—replicó Mariana, cuya mirada un tanto desdénosa se clavó en la humillada frente de Yan.

Las dos mujeres, la pescadora, la señorita, estaban juntas y el contraste de su hermosura no perjudicaba a la una ni a la otra.

Verdaderamente, Mariana era una criatura espléndida, pero Gaid podía arrostrar toda comparación.

Y mientras la primera, con la blusa abrochada hasta la barba y los cabellos agitados por el viento producía la impresión de una criatura supraterrestre, la otra con la cabeza envuelta en su cofia, de la cual se escapaba su indomable cabellera, con el cuello descubierto, las mangas remangadas, lo que ponía de relieve las admirables formas de sus redondeados brazos, tenía todos los encantos de su floreciente juventud.

Mariana era más bella en el sentido espiritual de la palabra. Gaid en el sentido fisiológico. La Roca del Tuerro servía de altar a la primera y de pedestal a la segunda. Y Yan, hijo de la naturaleza, encadenado por aquella doble fascinación, seducida su alma por Mariana, y sus sentidos por Gaid, sin fuerzas y sin voz, no sabía si los estímulos de la naturaleza dominarían a las aspiraciones del alma.

La hija de Tina puso término a aquel penoso conflicto. Había recobrado toda su serenidad.

Su dulce rostro de madona se iluminó con una sonrisa. Acercóse a Gaid y la estrechó entre sus brazos.

—¡Dame un beso, Gaid!—dijo.— ¡Te juro que no sabía nada!

Mariana tenía dos años más que Gaid. Además, era la "señorita". La pescadora sufrió un ascendiente. Gaid rozó con sus labios las mejillas pálidas de Mariana.

Aquel beso no era sincero. Parecía que los blancos dientes de Gaid tenían deseos de morder en el hermoso rostro de su rival.

Mariana, por su parte, la besó con efusión.

Luego, volviéndose hacia el marino, le alargó la mano.

—¡Adiós, Yan!—dijo con voz firme.

—¡Adiós, señorita!—contestó sintiéndose trastornado.

Entonces, corriendo hacia Ar Zod, Mariana le dió una palmada en el hombro.

—¿Quieres llevarme hoy a donde te he dicho?—le preguntó un poco avergonzada.

Pero Ar Zod no la oía. La reacción bestial de la naturaleza se había apoderado de él. Era la hora habitual de su comida. Gruñó como un perro a quien se molesta, sin dejar de morder a un hueso de gallina que indudablemente le había regalado alguna caritativa mujer de la costa.

Mariana repitió su pregunta:

—¿Quiéres llevarme?

Como tampoco respondiera, Yan intervino.

—¿Dónde?—preguntó.

Mariana repuso con sequedad:

—A la Gruta de Dahut.

Yan lanzó una exclamación:

—¿A la Gruta de Dahut? ¡No lo piense usted, Mariana! ¿Cómo ha de llevarla allí ese pobre viejo, ese loco?

—Otras veces me ha llevado de paseo por el mar.

—¿Qué imprudencia!

—¿Por qué? Maneja la vela y el timón tan bien como vosotros.

—Pero la Gruta de Dahut es un espantoso remolino, Mariana! Yo sólo conozco a un hombre capaz de llegar hasta allí.

—¡Ah!—dijo la joven con altanería.—Y ese hombre...

—¡Soy yo!—replicó el marino resueltamente.

Mariana le miró de nuevo con estupefacción.

—¿Usted ha ido allí, Yan?

—¡Muchas veces!

—¿Quiere usted llevarme?

Yan titubeó; pero al fin repuso:

—Sí; pero más adelante. Ahora tengo el brazo izquierdo inútil.

—¡Ah!—murmuró ella con desdenosa compasión.—Tendré, pues, que buscar a alguien, porque quería ir cuanto antes.

—No encontrará usted a nadie.

Mariana iba, sin duda, a replicar, cuando Gaid intervino en la discusión:

—Perdone usted, señorita; pero Yan tiene razón. No encontrará usted ningún hombre; pero a falta de hombres, quizás encontrase una mujer.

—¿Tú, talvez?—preguntó la hija de Tina.

Gaid inclinó la cabeza afirmativamente.

Y como Mariana interrogase a Yan con la mirada, el joven afirmó a su vez.

—Gaid tiene razón. Ella tiene fuerzas para llevarla a usted a buen puerto sin peligro.

Ni uno ni otro sorprendieron el salvaje relámpago que iluminó las verdes pupilas de Gaid.

—¡Acepto!—dijo alegremente la "señorita".—¿Cuándo quieres llevarme?

—Cuando guste.

—¿Mañana?

—Mañana—dijo tranquilamente la pescadora.—Embarcaremos delante de Lescoff, si os parece bien.

Mariana hizo un gracioso gesto de asentimiento y se fué.

Entonces Gaid, aproximándose a Yan le dijo:

—¡Ah! Odio a esa expósita.

Yan no hizo caso.

Viendo a Ar Zod que comía con ansia se había despertado su apetito.

—¡Hola!—dijo alegremente.— ¡El viejo no se ha acordado de mí!

—Pero yo sí—dijo tranquilamente Gaid.

Y corrió hacia su cesta que había dejado al borde de la roca.

Pero, al llegar allí, lanzó una desoladora exclamación. El viejo se había apoderado de todos los comestibles.

Como la joven estuviese a punto de llorar, Yan la dió un beso en ambas mejillas, al mismo tiempo que daba rienda suelta a una sonora carcajada.

## VII

La Gruta de Dahut se encuentra en el centro del archipiélago de Tevennec.

Es un promontorio en cuyas entrañas se abre una excavación semicircular.

Durante la baja marea, los barcos pueden costear bastante fácilmente las rocas que rodean el islote principal. En la alta, sólo queda al descubierto un picacho del islote y la resaca es tan formidable que cualquier buque que se acercara sería infaliblemente precipitado contra la pared rocosa.

A la hora convenida, Mariana se reunió con Gaid en la pequeña playa arenosa situada en el fondo de la bahía.

La pescadora no había mentido.

Conocía aquellos parajes como pocos marinos podrían alabarse de conocerlos. Sus correrías con Yan le habían familiarizado con los paisajes de la costa y del archipiélago. Sein y Tevennec le eran tan familiares como

las más insignificantes grutas de las Puntas.

Izó, pues, la vela como un marino experto y se dejó llevar en dirección del noroeste. El viento le servía admirablemente.

Mariana, sentada en la proa, soñaba con los ojos fijos en el mar.

Si hubiera observado a Gaid habría-se sorprendido y talvez asustado de la expresión de su rostro.

La pescadora parecía sentir extrañas preocupaciones.

En aquel alma salvaje y sencilla, se libraba un combate terrible.

El mar debía subir en el momento que la barca llegase a los arrecifes de Tevenec. Vivamente empujada por el viento, la barca cortaba el agua en línea recta.

De pronto, viró a babor, y la embarcación encaminóse en línea oblicua a la extremidad norte de la Bahía de los Muertos.

El archipiélago emergía lentamente del centro de las aguas.

Era necesario esperar unos minutos para que Mariana pudiese bajar a pie seco a la gruta de Dahut. Gaid arrojó el ancla en un minúsculo fondeadero resguardado por una roca. Luego, saltando a tierra la primera, y con el agua hasta la rodilla, la robusta muchacha cogió a Mariana en brazos y la depositó en las rocas.

Mariana se estremeció ligeramente. Cuando se vió a merced de la hermosa pescadora, clavó en ella una mirada de reproche. Gaid volvió la cabeza. Pero solo fué una impresión pasajera. La hija de Guyarmac'h se prestó de muy buena gana a todos los caprichos de la "señorita". Ayudada por ella Mariana pudo fácilmente escalar los cimientos resbaladizos del islote principal.

Esto no le pareció bastante.

—Gaid.— dijo—quero ir más arriba.

—¿Para ver el "pozo"?

—Sí; para ver el pozo.

—¡No merece la pena! Se rompería usted el vestido y no vería nada notable.

—¡No importa! ¡Quiero subir!

Y sin esperar la opinión de su compañera, la joven subió corriendo por los escalones naturales que dan acceso al "embudo".

Allí se detuvo.

Bandadas de gaviotas y cuervos salieron del orificio, agitando vivamente las alas.

Y la entusiasta soñadora se absorbió en la contemplación del océano, cau-

tivada por aquella poesía de admiración y de temor que inspira la soledad en medio del mar.

Desde allí veía toda la costa.

Al sur, la punta del Raz limitaba el horizonte de tierra; al norte, la bahía Douarnenez; al otro lado, la punta de Harnero se extendía hasta las brumas del cabo de la Cabra.

Mariana soñaba. ¿Con qué? ¿Qué recuerdos evocaba en el fondo de su alma? Educada en el claustro, lleno de recogimiento y de silencio, ¿era dichosa al admirar sobre aquella inmensidad tranquila la manifestación más hermosa de la Divinidad? Su corazón, que acaso se había abierto a un nuevo mundo de ideas, bajo la influencia de los besos con que Yan había cubierto sus manos, ¿se estremecía al recordar la imagen del joven, asociada involuntariamente al maravilloso cuadro que tenía ante su vista?

Mariana soñaba.

De pronto volvió a la vida real.

Un rumor vago acababa de sacarla de su meditación.

Débil cabrilleo empezaba a rodear las rocas.

—¡Bajemos!—pensó la joven.—Ya es tiempo de marcharse. ¡El mar sube!

Mariana empezó a bajar de prisa.

—¡Gaid!—exclamó.

Nadie respondió.

—¡Gaid!—repitió Mariana sin inquietarse por aquel silencio.

Entonces la hija de Tina Kadoc'h tembló.

Recordó la palidez de Gaid y sus miradas.

—¡Ah, desgraciada!—pensó temblando—¡Me ha abandonado! ¡Estoy perdida!

Las mujeres adivinan algunas cosas por instinto.

Mariana lo comprendió todo.

Todo: los celos de su rival, su ofrecimiento de llevarla hasta aquel sitio y el horrible proyecto de abandonarla allí.

Pero su alma era demasiado pura para admitir desde luego la idea de tal venganza.

—¡No!—dijose a sí misma.—¡Estoy loca! Gaid va a volver. Sólo ha querido asustarme. ¿Quién sabe?... Talvez trate de divertirse a costa de la "señorita".

Confortada a medias por este razonamiento empezó a saltar de roca en roca. Dió la vuelta al islote. Recordó el fondeadero donde estaba anclada la barca y le buscó.

El bote no estaba allí; Gaid había huído.

El mar subía. Las olas aislaron dos o tres crestas de arrecifes.

Mariana se apresuró a volver al islote central.

En frente de ella, a dos millas al este, la Punta del Harnero, radiante bajo el sol de Mediodía, parecía mirarla irónicamente.

La joven, enloquecida, dió un grito.

El mar subía. Una ola mojó la punta de sus botas.

Mariana subió un escalón.

El agua la siguió, dulcemente, sin esfuerzo, burlona, segura de que aquella presa le pertenecía.

Mariana siguió subiendo y cayó de rodillas, juntó las manos y rezó.

Rezó con todo el fervor de su inocencia, de su juventud, y de su amor por la vida.

El mar interrumpió la plegaria. Subía siempre obligándola a retroceder poco a poco.

Fué una terrible agonía para la pobre abandonada.

Paso a paso, escalón por escalón, vióse obligada a franquear el terrible islote, mientras debajo de ella las crestas de los arrecifes, sumergiéndose una tras otra, abrían temerosos abismos de los cuales las olas se precipitaban rugientes.

La joven se refugió en la misma entrada de la gruta.

Hasta dos pasos debajo de ella, llegaban las olas. Detrás se hallaba el pozo. Un paso en falso, un vértigo y la muerte, que parecía jugar con su presa, la rogaría para siempre.

De pronto, una idea acabó de atterrorizar a la joven.

Recordó que era el mes de abril, es decir, la época de las grandes mareas.

Como si quisiera confirmarla en su terrible certeza, una ola se levantó a veinte metros de altura dirigiéndose en línea recta a la roca, que envolvió hasta la cima, inundando de espuma a Mariana. La joven estuvo a punto de caer, y sintiéndose perdida, encomendó su alma a Dios.

Pero, en el mismo instante, llegó hasta ella una voz varonil y sonora:

—¡Valor! ¡Estoy aquí!

Mientras Mariana se abismaba en la contemplación del mar, Gaid había vuelto la costa aprovechando aquella especie de éxtasis en que sume a las naturalezas artísticas el espectáculo de las maravillas de la tierra, para volver a la base de las rocas, largar amarrazas y, oculta tras el enorme bloque

granítico desaparecer cuanto antes.

Mientras caminaba no dejaba de pensar.

Algo parecido a un remordimiento empezaba a atormentarla. Recordaba los preceptos del párroco Fardel, sus definiciones del homicidio, sus sermones sobre el perdón de las injurias. Pero, hija de un salteador del mar, sufría el atavismo del asesinato aclimatado en su raza. Vengándose como ella lo hacía se desembarazaba de un rival, apartando bruscamente el obstáculo interpuesto entre ella y su felicidad. Además, devolvía al mar el despojo vivo que había arrojado veintitrés años antes a la playa. María se había escapado de la ley común por compasión de una individualidad bienhechora, caía de nuevo bajo el imperio de la fatalidad.

Sin embargo, el remordimiento angustiaba el alma de la pescadora.

Para dominarle, buscaba al mismo tiempo que excusas a su venganza, alguna razón que atenuara su responsabilidad.

Era verdad, había abandonado a Mariana. Pero todavía faltaba una hora para que la marea subiese.

Además, por aquel sitio pasaban muchas barcas.

Mariana pediría socorro, haría señales y seguramente alguien la libraría de la muerte.

Por momentos se despertaba en ella el deseo de volver hacia atrás y de arrancar a la joven de la espantosa tortura que sufría. El remordimiento la atormentaba, multiplicando los reproches, rugiendo como una tempestad que dominaba en aquel instante los murmullos de los celos. Bruscamente, bajo los relámpagos de la razón, que iluminaron como un último reflejo aquella conciencia torturada, apareció una imagen ante la razón de Gaid. Vió a Yan, herido, pálido, que iba a pedirle cuenta de su crimen, Yan iba a decirle:

—¿Qué has hecho de Mariana?

Entonces, espantada, vencida, antes de exponerse a las maldiciones del joven, quiso repararlo todo. Pensó que todavía era tiempo e hizo girar el timón; pero en el mismo instante una ola, arrastrándola de costado, arrojó la barca sobre las piedras de la playa del Tuerto.

Sin que se diese cuenta de ello, la corriente la había llevado al noroeste.

De pie sobre la roca, con el brazo izquierdo en cabestrillo, Yan, con la

mirada llena de sospechas y de angustia, la veía acercarse.

Las primeras palabras del joven fueron éstas:

—¿Qué has hecho de Mariana?

Roja al principio, pálida después, Gaid cayó de rodillas sobre las rocas, con las manos hacia adelante, volviendo la cara para evitar las miradas de su novio.

Yan la oprimió el brazo violentamente.

—¿Qué has hecho de Mariana?— preguntó por segunda vez.

Gaid, loca de miedo, tartamudeó:

—¡Allí está, en la Gruta de Dahut!

—¡En la Gruta de Dahut!—rugió el marino.—¡Y el mar sube!

Gaid ocultó el rostro entre las manos.

—¡Perdón, Yan, perdón! ¡Era por tí! ¡Sufría tanto!...

La voz de Yan tembló.

—¡Desgraciada! ¿Es decir que querías ahogarla?

Gaid se arrastraba sobre las piedras agudas, desgarrándose las ropas y sus piernas desnudas.

—¡Perdón! ¡Perdón!— repetía.— Iba a volver a buscarla! ¡Te lo juro!

Yan no la escuchaba.

De un salto se lanzó a la barca, con la mano derecha cogió el timón mientras agarraba la escota de la vela con los dientes.

Gaid se puso de pie y gritó desesperadamente:

—¡Yan! ¡Yan mío! ¿A dónde vas? ¿No ves que estás herido?

Yan contestó con voz sombría.

—¡Si perezco, maldita seas!

Gaid se arrancaba los cabellos llamando a Yan con desesperación y, de repente, loca de dolor, se lanzó al mar con los brazos abiertos.

Yan no la miraba. El viento del este le empujaba como una flecha en la dirección de la Punta.

Gaid estaba perdida. Entonces ella era la que quería morir.

Pero de pronto, apareció detrás una forma humana, y al precipitarse en el remolino, la contuvo la mano de Ar Zod. El loco cargó a la joven sobre los hombros y empezó a subir la escalera que conducía a la guarida.

Mientras tanto, Yan luchaba con la marea.

Empleó cerca de una hora en llegar a Tevennec.

El mar giraba en torno de los arrecifes. Espantosos remolinos batían las crestas. No había que pensar en lanzar la barca sobre aquellas puntas su-

mergidas. Un sólo choque hubiese destruído la quilla.

Yan no lo intentó siquiera.

Su situación era terrible.

Sólo podía disponer de un brazo.

Con riesgo de ser tragado por el torbellino que rugía alrededor del islote, soltó el timón, desamarró la cuerda y echó el ancla en el arrecife más inmediato.

Era una locura; pero hay locuras sublimes de valor y de generosidad.

El garfio de hierro mordió en la roca, contra toda verosimilitud; el casco mantenido a flote empezó a girar en el vértice.

Entonces Yan recogió vela e inspeccionó el islote.

A veinte brazas, la roca, elevábase en medio de los asaltos del mar que arrojaba montones de espuma hasta la Gruta, a cuya entrada, acariciada por el agua, Mariana, pálida, aterrada, se sentía ya presa del vértigo.

Entonces gritó Yan;

—¡Valor! ¡Estoy aquí!

Mariana le vió. Abrió y cerró los ojos, luego la boca. Por fin exclamó:

—¡Socorro, Yan! ¡Sálveme!

El joven no había esperado el llamamiento.

Ya estaba en el agua.

Fué una lucha heroica, sobrehumana la de aquel hombre contra el mar.

Cada vez que abordaba la zona de rotación de las olas, un remolino le arrojaba hacia atrás.

La fuerza centrífuga le impedía el acceso a la roca.

Por fin, uno de aquellos círculos concéntricos fué franqueado. El marino pasó entre dos olas. Pero, recogido por una tercera, como por una mano invisible, fué empujado con tal violencia contra la pared rocosa que su frente se abrió al choque. La sangre inundó su rostro y Yan estuvo a punto de desmayarse.

Su indomable energía le sostuvo.

Un instante después, franqueaba los escalones del terrible promontorio.

Mariana, pálida de espanto, agotada por la lucha, acababa de desmayarse.

Yan cargó con la joven y bajó lentamente aquella escalera, que hubiese dado escalofrío al más valiente.

Una vez abajo, había que entrar en el mar.

Afortunadamente el remolino le llevó hasta la barca. A fuerza de puños el marinero consiguió izar a la joven al esquite y una vez en él se dejó caer extenuado sobre el banco.

Durante un tiempo inapreciable, el

mar jugueteó furiosamente con los dos hijos del naufragio.

Yan recobró pronto los sentidos.

Primeramente se inclinó sobre Mariana, y apoyando el oído sobre el pecho de la joven, auscultó el corazón Tranquilizado, pensó en la retirada.

Le faltaron fuerzas para levar el ancla. El gancho estaba fuertemente afianzado en la piedra. Yan tuvo que hacer inauditos esfuerzos para arrancarle. Felizmente, la marea le ayudó. Una sacudida más vigorosa, secundaria por una ola, le permitió conseguir su objeto.

La barca emprendió el camino de Lescoff.

Después de penosos esfuerzos el valiente joven pudo llegar a la Playa del Tuerto.

Ar Zod y Gaid le esperaban.

Yan hizo una seña al loco. Con su ayuda, levantó a Mariana, siempre inerte, y la condujo hasta el arranque de la escalera, sumergida dos tercios en el agua.

Cuando la joven estuvo en el mismo lecho que Yan había ocupado, la energía del joven le abandonó. Arrodióse pesadamente al lado de Mariana y, agitado por los sollozos, cubrió de besos la mano helada que caía fuera del lecho.

Gaid, torturada por el remordimiento y el dolor se había aproximado para cuidar a su víctima.

Yan se puso en pie, lleno de terrible cólera.

—¡Vete!—dijo imperativamente.

La pescadora se cubrió el rostro.

—¡Yan!—gimió.—¡Yan, me arrepiento de lo hecho! ¡Déjame reparar el mal! ¡La cuidaré como una hermana!

—¡Vete!—repitió furiosamente.

Gaid le suplicó llorosa:

—¡Te lo juro! ¡No tendrás queja de mí!

Por tercera vez, el marino repitió:

—¡Vete!

Gaid comprendió que Yan no la perdonaría nunca. Un grito angustioso se escapó de su garganta. Salió de la cabaña con la cabeza baja y el cuerpo encorvado.

Pero al mismo tiempo entraba otra mujer, con las manos juntas y anegada en lágrimas.

Era la vieja Tina Kadoc'h.

## VIII

En el patio de la casa que servía de cuartel a los gendarmes, Meyer, en

mangas de camisa, limpiaba con ardor los botones de su uniforme, colgado de la rama de un arbusto que hacía oficio de percha.

Sin dejar de pasar y repasar el cepillo impregnado de blanco de España sobre los discos de metal, el gendarme murmuraba entre dientes, siguiendo la costumbre que tenía cuando estaba solo.

Habiéndose extendido la noticia de que había visto a Yan en Lescoff, Meyer y sus compañeros se apresuraron a ponerse en campaña desde muy temprano, con la esperanza de apoderarse de un individuo que les daba tanto que hacer. Pero los gendarmes habían vuelto al cuartel, muertos de fatiga y horriblemente humillados por haber dado un golpe en vago.

Meyer era el más indignado. Rabiaba en su interior contra aquella población de ladrones que amparaba al fugitivo y se mofaba de los representantes de la ley. Porque aquellos granujas protegían a Yan; eso era indudable. ¿Acaso no había él sorprendido las burlonas miradas que cruzaban los vecinos al paso de los gendarmes por delante de sus puertas? ¡Pero él tomaría el desquite! Se lo había jurado, y cuando Meyer juraba cualquier cosa, cumplía su palabra.

Lejos de descorazonarle, los fracasos redoblaban su encarnizamiento para perseguir a Yan y con más afán quería probar a las gentes que se burlaban de él que no era ningún animal.

De pronto le gritó Jarnithim desde una ventana del piso bajo:

—¿Qué está usted rezongando ahí solo?

—Estaba pensando una cosa.

—¿A propósito de Yan?

—Sí, señor: hasta que ese criminal no esté en manos del procurador de la República no dormiré satisfecho.

—Pues el que le dé caza tiene que ser muy pillo.

—¡Esté tranquilo, sargento! Todo viene con el tiempo. El corsario acabará tarde o temprano por dejarse capturar.

—¡Pistch!—dijo Jarnithim, siempre escéptico.

—Repito que ya lo verá usted—insistió Meyer.—Yo se lo demostraré.

—¿Usted? Tiene usted mucha cabeza, amigo Meyer. Pero dudo que la calidad iguale a la cantidad.

—¡Bueno, bueno!—gruñó el gendarme, picado en su amor propio, mientras el sargento, encogiéndose de

hombros cerraba la ventana. Al freir será el reir.

Y frotando los botones con más energías que antes, añadió:

—¡Siempre igual! ¡Porque tienen galones creen haber inventado la pólvora! ¡Yo no lo creo así!

El gendarme había tenido una inspiración luminosa, sugerida por una lectura reciente.

En un tomo incompleto de los "Mohicanos de París", había encontrado el gracioso tipo de un juez de instrucción persuadido de que toda acción cualquiera que sea, tiene siempre como móvil una mujer. Encargado de recoger las pruebas de un crimen, aquel magistrado filósofo transmitía órdenes a los policías de instinto más fino, diciéndoles: "¡Buscad a la mujer!" Además, ya sabemos que queriendo justificar la sagacidad de su personaje, Alejandro Dumas se las arregla de manera que siempre se descubra a la mujer que ha guiado las manos del ladrón o armado el brazo del asesino.

Esta proposición "¡Buscad a la mujer!" habíase grabado fuertemente en la imaginación de Meyer.

Sobre ella estuvo meditando toda la noche y acabó por convertirla en la base de un plan de campaña cuya ejecución se reservaba.

—Yan—se decía—, no ha salido del Cabo; eso es evidente, y ni por un sólo instante se ha alejado de la costa. ¿De qué vive, pues? ¿De pescado? ¡Hum! ¡El pescado es un alimento repugnante para un paladar acostumbrado al aguardiente y al tabaco! ¡No importa! Sus convecinos se conforman con eso. Además, tengo la convicción de que sale de pesca y permanece más tiempo en el mar que en tierra firme. Ahora bien, ¿qué hace con el producto de sus redes? Seguramente no se lo come todo. Para comerlo necesitaría encender lumbre. Si así fuera se vería el resplandor del fuego o por lo menos el humo escapándose de cualquier gruta, y el mozo es demasiado listo para denunciarse a sí mismo. ¿Cómo se maneja? Buscando, quizás encontraremos.

A fuerza de atormentarse el cerebro, aquel cerebro que Jarnithim creía más voluminoso que sutil, el gendarme, de deducción en deducción y de analogía en analogía, concluyó que Gaid mantenía secretas relaciones con el fugitivo.

Así se explicaba por qué se había encontrado varias veces a la joven.

tan pronto de madrugada, dirigiéndose al mercado de Plogoff o de Cle-den con una gran cesta a la cabeza, como por la noche dirigiéndose de ocultas a la cresta de la muralla granítica y llevando al brazo una pequeña cesta cuidadosamente tapada con un pedazo de tela.

En la ciudad vendía, indudablemente, la pesca hecha por su novio; pero, ¿qué diablos iba a hacer en las rocas a una hora tan inusitada? ¿No estaría la llave del enigma en la misteriosa cesta? ¿Quién no había de suponer que con el producto de la venta, entregase Gaid víveres a su novio?

Una sola dificultad encontraban Meyer.

¿Cuál era el verdadero refugio del joven?

El gendarme conocía la aventura de Mariana y de su salvamento en el islote de Tevennec. Lo que ignoraba eran los detalles de aquella aventura. ¿En qué punto de la costa había desembarcado Yan con su preciosa carga?

Si era preciso ir a buscarle en la gruta de Dahut o en la de los Pájaros, Meyer reconocía que la empresa era superior a sus fuerzas. Ninguna planta de gendarme había pisado aquellos lugares. Circulaban leyendas siniestras y los pescadores, sentados en las rocas, con la pipa entre los dientes, contaban en voz alta y riendo a carcajadas historias siniestras de carabineros y de gendarme arrojados al mar desde ochenta metros de altura, al empuje de fuertes vientos del noroeste. Además, ¿cómo desde lo alto de las rocas podía Gaid comunicarse con Yan, que forzosamente debía de estar al pie de la muralla rocosa? ¿Cómo recibía de él la pesca y le surtía de provisiones? Aclarado esto, descubrir el retiro del contumaz Yan era un juego de niños.

En cuanto encontrase a la mujer, todo se reducía a espiarla diestramente.

Este era el decisivo partido que el tenaz alsaciano acababa de tomar, mientras frotaba furiosamente los botones de su uniforme.

Dos días más tarde estaba al corriente de lo que deseaba saber.

A consecuencia de ello, una mañana, al salir el sol, se llevó consigo, previo consentimiento de Jarnithim, dos de sus compañeros, a los cuales había confiado parte de su plan, y fué a colocarse con ellos en una anfractuosidad de la Roca Larga, situa-

da inmediatamente debajo del faro de la Punta del Raz.

El sitio era de los mejores. Allí no eran de temer las sorpresas del mar, y sin ser visto desde tierra ni desde el agua, se podían vigilar perfectamente la una y la otra.

Trancurrió la jornada sin que ocurriese nada anormal. Aburridos por una espera tan larga como inútil, solicitados por el vacío prolongado de su estómago, que reclamaba la sopa a grandes gritos, los compañeros de Meyer propusieron abandonar la guardia.

—¡Un poco de paciencia!—repuso éste.—El momento no ha llegado todavía.

—Y si aún no ha llegado, ¿por qué nos has tenido aquí desde el amanecer?—dijo uno de los gendarmes.

—La noche se acerca—añadió el otro—y muy pronto no se distinguirá un cuervo de una gaviota.

—Eso es precisamente lo que yo quiero. Fijaos un poco: no hemos visto embarcar ni desembarcar al que buscamos; prueba de que se oculta en uno de los grandes bloques que están allí, a nuestra derecha.

—A menos que esté en otra parte—objetó burlescamente uno de sus interlocutores.

El alsaciano no se dió por vencido y dijo:

—Creo que Yan espera que llegue la noche para salir de su escondrijo, con objeto de ir por su comida y...

De pronto se interrumpió, incorporándose a medias.

—¡Oid!—exclamó.

Los tres gendarmes alargaron el oído. Con cortos intervalos pudieron oír dos veces muy claramente el canto del mochuelo.

—Yo le había oído ya—dijo Meyer.—Debe de ser una señal.

El canto había partido de la parte alta, por encima de una de las grutas inmediatas a la del Infierno. Las estrellas iban apareciendo en el cielo. A corta distancia se veían todavía los objetos, pero sin distinguirlos bien.

De rodillas o tendidos en el suelo, los espían esperaban con los ojos muy abiertos y el cuello extendido. De repente, una sombra se agitó en la parte alta de las rocas.

Los gendarmes redoblaron la atención.

Pronto vieron una forma humana que salía de una de las cavernas marinas y caminaba por el mismo borde de la muralla.

Era preciso estar dotado de una energía salvaje o no tener la menor conciencia del peligro, para aventurarse por aquellos parajes. El hombre iba agarrándose a las asperezas de las piedras, en la cual sus manos y sus pies debían de desgarrarse forzosamente.

—¡Es Yan Ab Vor; no me cabe duda!—murmuró Meyer.—¡Sólo él es capaz de arriesgarse de esa manera!

Cuando el intrépido trepador hubo recorrido un buen trecho, se detuvo.

Los gendarmes vieron entonces como un punto negro que descendía por las rocas.

—¡La cestita!—exclamó Meyer.—¡Estaba seguro! ¡La muy indina se vale de una cuerda para bajarla hasta donde está Yan! ¡Ahora me lo explico todo!

Pero, interesado súbitamente por la maniobra, quiso observarla hasta el final.

Cuando el punto negro se encontró al alcance del hombre, éste levantó el brazo, atrajo vivamente el objeto hacia sí y se agachó para contemplarle mejor.

Un momento después el hombre volvió a bajar por los peligrosos taludes, pero más despacio que los había subido.

Por fin llegó abajo; su figura sombria se deslizó rápidamente por la pared grisácea de las primeras rocas y desapareció en la negra entrada de una gruta.

Era preciso poseer una vista habituada a sondear las tinieblas para seguir aquella escena en todos sus detalles. La obscuridad empezaba a extinguir el crepúsculo.

—¡Ya es nuestro!—dijo Meyer gozoso por ver confirmada su suposición.—¡Mientras se dispone a comer, adelante nosotros. ¡Le cogeremos a los postres!

Predicando con el ejemplo se puso en pie. Era precisamente la hora del reflujo y el mar dejaba al descubierto los rompientes rocosos. Saltando con pie ligero de un escollo a otro, llegó de unas cuantas zancadas cerca de la caverna, regocijándose con la idea de sorprender a Yan en la dulce tarea de saborear su comida.

Sus compañeros le seguían paso a paso.

—Ahora hay que ser prudentes—dijo Meyer.—Marchemos con precaución. El menor choque de los guijarros le pondrá sobre aviso, y sólo por sorpresa llegaremos a apoderarnos

de él. Uno de nosotros preparará las esposas y otro cargará la carabina. No sabemos lo que puede ocurrir. Yo voy a encender mi farol.

Diciendo esto sacó del bolsillo una pequeñísima linterna sorda y la encendió.

—¡Ahora, en marcha! ¡En mi calidad de jefe de expedición, iré el primero!

—¡Sí, sí; tú el primero!—dijo uno de los gendarmes.—¡Sea para tí la honra de la jornada!

El pequeño destacamento se adelantó en fila a paso lento y mesurado; la entrada de la gruta se hallaba ante ellos; hubo un momento de vacilación. Meyer hizo un gesto que significaba “¡Adelante!”, y los tres gendarmes franquearon la entrada del subterráneo.

La cavidad estaba sumida en densas tinieblas, y salvo el vuelo de unos cuantos cuervos, no se oía en ella el menor ruido. Siguiéron avanzando. Era indispensable apoyarse en la superficie de las rocas pulimentadas por el continuo frotamiento de las olas para poder sostenerse en medio de aquella obscuridad, sin tropezar a cada momento.

De pronto, habiéndose detenido Meyer, los tres exploradores se apretaron el uno contra el otro. Fué un momento emocionante; el alsaciano había oído algo semejante al ruido producido por dos mandíbulas masticando con voracidad. Igualmente observó un pequeño haz luminoso que cortaba diagonalmente el suelo de la gruta. El enemigo estaba allí. Se acercaba el momento decisivo.

Meyer descubrió la luz de la linterna, que iluminó súbitamente una parte de la caverna, y los tres gendarmes, entendiéndose sin decir palabra, avanzaron a la vez. Un gruñido de bestia feroz respondió a su precipitada marcha, resonando bajo la bóveda sonora y repercutiendo en las profundidades desconocidas de los subterráneos.

En el fondo de una especie de nicho, cavado en la muralla rocosa, apareció un hombre.

Al ver a los gendarmes dió un verdadero aullido, y apretando fuertemente contra su pecho un trozo de pan que tenía en la mano, lanzó a los invasores una mirada brillante, en la cual se mezclaban el temor y la cólera.

—¡El diablo se le lleve!—exclamó Meyer lleno de despecho al reconocerle.—¡Es Ar Zod!

Dijo estas paabras con tan cómica indignación, que sus compañeros no pudieron contener una carcajada.

Era evidente que no sólo Meyer había descubierto el secreto de Gaid. Merodeando a la ventura, dejándose llevar por su conturbado espíritu, el loco que en sus momentos lúcidos había salvado la vida a Yan, convertíase en sus horas de extravío en una especie de bestia hambrienta e insaciable.

Yan había salido de la playa del Tuerto desde hacía varios días. Aquel era un escondite supremo, un último recurso, en el cual no debía refugiarse por lo pronto. Había, pues, reanudado su vida errante sobre las rocas del Raz, habitando tan pronto en una como en otra gruta.

Naturalmente, Ar Zod le había seguido. Había sorprendido a la pescadora en su cargo de proveedora. Ladrón como un niño goloso, el loco substituyó al marinero, aprovechándose de una ausencia que alejaba a éste de su prometida.

Aquella tarde se hicieron muchos comentarios en la casa cuartel a expensas de la perspicacia de Meyer.

—Pues yo afirmo—dijo éste picado en lo vivo—que sin mí no se sabría que Gaid sirve de nodriza a su galán, porque nadie me hará creer que los víveres que lleva a aquellos andurriales están destinados al loco. Por eso propongo al sargento que mañana vayamos a contárselo todo al señor alcalde. Sostengo que la pescadora es cómplice de Yan Ab Vor, puesto que le facilita los medios para substraerse a la acción de la justicia. Cuando me autoricen para detenerla, el otro caerá pronto en nuestro poder.

—El caso es grave, en efecto—dijo Jarnithim pensativo.—Mañana iremos a ver al señor Kerzale.

Meyer triunfaba.

Había vencido a su jefe.

Podría el alsaciano tener “muchacha cabeza”, pero también tenía bastante buen sentido.

Quedaba por averiguar si podrían llevarse las cosas hasta decretar el arresto de Gaid. ¿No habría abuso de poder en aquella medida? Jarnithim estaba espantado y el mismo Meyer dudaba.

## IX

Desde que ocurrió el terrible suceso de la Gruta de Dahut, operóse una transformación en la vida y en el ca-

rácter de Yan. No le acometían ya aquellas cóleras repentinas que aterrorizaban a los que se acercaban a él. La misma Gaid, arrepentida de su crimen, obtuvo el perdón de su novio: su reconciliación se hizo por consejos e influencia de Mariana. Un día, durante su rápida convalecencia, la hija de Tina Kaddoc'h, sentada en un sillón a la puerta de su humilde vivienda, había visto a la hija de Guyarmarc'k rondar por los alrededores fijando en ella miradas suplicantes llenas de lágrimas. Mariana profundamente se conmovió y llamó sonriendo a la pescadora:

—¿Eres tú, Gaid? ¿Por qué no entras?

Como puede comprenderse, no deseaba otra cosa y no se lo hizo repetir. Llena de turbación, palpitante, se aproximó a la joven y cayó de rodillas junto al sillón de su rival, cuyas manos cubrió de besos y de lágrimas.

Entre los sollozos de su dolor, murmuraba:

—¡Usted es buena, Mariana! ¡Yo soy una mala mujer! ¡Pero bastante castigada estoy! ¡Si usted hubiese muerto en la gruta, yo me hubiera matado! ¡Usted es buena, y yo soy mala!

Mariana, acariciando con su mano pálida los cabellos de Gaid, sonreía.

—¡Cállate! ¡No me hables más de eso nunca!...

—¡Al contrario!—repuso la otra con vehemencia.—Es preciso que hable de ello; necesito que me perdone. Me he confesado con el párroco, y en nombre de Dios me ha perdonado; pero en tanto que usted no me perdona, seré muy desgraciada.

—¡Bah! ¡Eso terminó! Te perdono, pobre Margarita. No sabéis lo que hacías. ¿Queréis darme un beso?

Gaid besó con efusión las mejillas y las manos de su rival, y arrastrada por la vehemencia de su gratitud y de su vergüenza, pegaba sus labios al vestido de Mariana.

Esta sonreía dulcemente.

—Vamos—la dijo.—Estabas celosa, ¿verdad? ¿Y era por causa de él? Gaid la contempló con fervor.

—¡Oh, sí! ¡Estoy celosa! ¡Le quiero tanto! ¡Siempre tengo miedo, Mariana! Ya no es de los nuestros. Es un niño, como usted, encontrado en un naufragio. Tiene aspecto de verdadero señor. Y, además, usted es más a propósito para él que yo. ¡Pobre Yan! Muchas veces me dice cosas que

no comprendo. ¡Pero lo que yo sé es que le amo con locura y que moriría si él no me quisiera!

—¡Pobrecilla!—repuso Mariana, que no pudo retener una lágrima.

Ella también estaba convencida de que Yan la amaba. ¿Acaso no había arriesgado su vida por salvarla? Y cada vez que iba a enterarse del estado de su salud, Mariana leía en sus grandes ojos negros aquel amor inmenso. Y ella, ¿le amaba? Mariana no se atrevía a hacerse esta pregunta, pero se confesaba, no obstante, que la hora de su vuelta a Quimper iba a parecerle muy cruel. Además, su razón le decía que era necesario encerrarse cuanto antes en aquel asilo de la calma y de la meditación. Allí encontraría su claustro y su celda, la capilla donde tantas veces había rezado, vertiendo en el corazón de Dios las melancolías y las alegrías inexplicables de su juventud. Tenía veintidós años. Había pasado de la edad de las ilusiones, y, sin embargo, conservaba todas las purísimas inocencias de la infancia. Nunca pensó en vestir el hábito y las tocas de religiosas. No sentía vocación para ello. Tal vez aquella llegara más adelante.

Reconciliada con Gaid, Mariana dió con la pescadora sus primeros paseos de convaleciente. Ocho días después del acontecimiento de la Gruta de Dahut, las dos jóvenes fueron juntas a la iglesia. Nadie sospechó nunca la parte odiosa que Gaid tomó en el funesto accidente. Para el día siguiente quedó convenido entre las dos jóvenes que irían a Saint-Thel.

Al amanecer se encaminaron a la capilla. Iban muy alegres, no acordándose de las tristezas pasadas. Mariana no estaba todavía lo bastante enamorada para que el dolor la dominase por completo. En cuanto a Gaid, con la exuberancia de su naturaleza, había reemplazado el odio por un afán de sacrificarse por la rival que tan noblemente la había perdonado.

Andaban charlando de mil cosas; Mariana, como muchacha seria; Gaid como una niña loca y descuidada.

—Y ahora—preguntó Mariana—, ¿dónde está? ¿Qué hace?

—Se oculta en el Raz. Los gendarmes están en campaña. Yo sospecho que Meyer ha olido algo. Cuando me le encuentro me mira de un modo extraño.

—¡Pobre Yan! ¿Cómo saldrá de este trance?

—¿Cómo? ¡Como salen todos!

¿Usted cree que ningún tricornio se atreverá a arriesgarse por la Punta del Raz? Yan saldrá como salió su padre en más de una ocasión, como Keinek se libró cuando se peleó con mi padre. Los dos quedaron gravemente heridos y fueron llevados al hospital de Quimper, donde contaron que se habían caído por las rocas. Les curaron y acabaron por ponerlos en libertad.

Mariana se refa.

—Únicamente hay una agravante en este caso—prosiguió Gaid, que se puso serio de repente.—En el caso de Yan hay un soldado de marina muerto. Un marino vale mucho y...

Gaid no terminó la frase. A la vuelta del camino acababa de aparecer un hombre. Había surgido bruscamente de la playa, oculto sin duda hasta entonces por alguna peña. Era Yan Ab Vor.

Adelantóse con las cejas fruncidas. Al ver a Mariana con su novia, se tranquilizó. Se quitó respetuosamente la gorra y saludó. Su palidez de los días anteriores había desaparecido. Su brazo izquierdo estaba curado.

—¡Yan!—exclamaron al mismo tiempo las dos jóvenes.

—¡Sí, Yan—dijo el joven—; Yan, a quien dejás morir de hambre, Gaid!

La pescadora juntó las manos con desesperación.

—¡Morir de hambre! ¡Dejarte yo morir de hambre!

—O poco menos—repuso alegremente el marinero—, puesto que ayer tarde no me llevaste la comida.

—¿Que no te llevé la comida?—preguntó Gaid con los ojos extraordinariamente abiertos.

Era precisa una explicación; pero imposible, pues ni él ni ella estaban enterados de la estratagema del loco. Sin embargo, a fuerza de conjeturas llegaron a la conclusión de que alguien había reemplazado a Yan.

—Afortunadamente—dijo Yan—Ar Zod me dió esta mañana un pan, con el cual he matado el hambre.

—¡Ah!—exclamó Gaid.—Ya sé quién es el que da el golpe! ¡El alemán!

—¿Qué alemán?

—¡El gendarme: Meyer!

—¡Ah! ¿Le crees así? Pues en cuanto le pesque...

No había terminado la frase cuando se presentó en el camino Meyer, seguido de otro gendarme.

Y como si la aparición de los dos

representantes de la ley hubiera animado las entrañas de la roca, mostráronse en los alrededores una docena de caras bronceadas. Los marinos, olfateando un peligro para uno de los suyos, brotaban por todas partes.

Meyer era valiente y su compañero también. Sin embargo, uno y otro titubearon.

El alsaciano se adelantó hacia Yan.

—Yan Ab Vor—dijo—, queda usted detenido en nombre de la ley.

Y al mismo tiempo, volviéndose hacia su colega, le dijo:

—¡Prepara las esposas!

¡Las esposas! Un murmullo amenazador salió del grupo de pescadores, que en un momento formaron corro. La rebelión era inminente. Meyer echó mano al sable.

Aquello fué la chispa.

Ocurría esto a mitad del camino de Saint-Thei. Una roca se alzaba a pico sobre la playa. Cerraba el paso al marinero; pero podía servirle de refugio. Si la escalaba, ya sólo tenía que deslizarse por el otro lado sin peligro ninguno.

—¡Déjame en paz, prusiano, o no respondo de nada!—gritó Yan apretando los dientes.

Al oír el epíteto de prusiano, Meyer se puso rojo de ira. Cogió el sable con la mano izquierda y empuñó el revólver con la derecha. Pero otra mano vigorosa se precipitó sobre él, a la vez que una voz burlona le decía:

—¡Eso no, amiguito, eso no!

Volvió Meyer; el que le detuvo era uno de los dos soldados de marina con quienes Yan se había peleado. Al mismo tiempo, otra voz gritó:

—¡Yan, huye! ¡Tienes tiempo todavía!

El marino se volvió, y vió a Lan Kervarec que, de pie junto a la roca, le esperaba.

—¡Gracias, Lan—dijo el joven conmovido.—¡Siento lo que te he hecho! ¡Eres un valiente!

De un salto prodigioso se puso en los hombros del hércules, y desde ellos saltó a la roca, desapareciendo detrás de ella. Meyer estaba rojo de ira.

—¡A ver!—exclamó.— ¡Vuestros nombres en seguida!

Una carcajada homérica acogió estas palabras.

—¿Para qué?—dijo burlonamente Lan.—Si nadie se queja, ¿qué quieren ustedes hacer con ese muchacho?

En el fondo, Lan estaba encantado por haberse mostrado generoso de-

lante de Gaid, la cual, queriendo demostrarle su agradecimiento, corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Ah, Lan! ¡Eres un verdadero hombre! ¡Vamos, dame un abrazo!

El coloso la besó dos veces en las mejillas. El airado Meyer no quería irse de allí. Alguien llegó hasta el corro, atraído por la algazara.

—¡Eh!—preguntó el recién llegado.—¿Qué pasa aquí?

El gendarme contestó respetuosamente:

—Pasa, señor alcalde, que todos estos bribones acaban de impedir que detuviéramos a un peligroso malhechor a quien tenemos orden de arrestar.

Las palabras malhechor y bribones fueron acogidas con significativos murmullos. El señor Kerzale dijo con un tono, mitad indignado y mitad burlón:

—¡Habéis hecho muy mal! Otra vez dejaréis en libertad de acción a los gendarmes.

—Está bien, señor alcalde—dijo Kervalec.

—¡Cómo! ¿Qué haces por aquí, Lan?

—Hemos venido a dar un paseo. Acabamos de salir del hospital y queríamos tener noticias de Yan, que nos puso en tan deplorable estado.

—Ese es precisamente a quien nosotros queríamos detener, señor alcalde—dijo el alsaciano.

—¡Ah! ¿Era Yan, Yan Ab Vor?

—Sí, Yan Ab Vor.

—¡Oh! Entonces—dijo el alcalde, puesto que la jornada ha sido dura, venganse ustedes conmigo. Tengo el coche ahí cerca y en él les llevaré hasta su cuartel.

La proposición era muy aceptable. Los dos gendarmes subieron con el alcalde a la tartana. Kerzale restalló el látigo y el vehículo desapareció entre el polvo del camino, saludado por las carcajadas de la gente marítima.

—¡Es un buen hombre el señor Kerzale!—dijo Gaid.

—Y que sabe tratar a cada uno como merece—añadió Lan.—Los gendarmes no le obligarán nunca a dar caza a Yan.

## X

Yan no era el mismo. Todas sus violencias se mitigaban paulatinamente. De primera intención, al darse

cuenta de que no sentía el menor odio hacia Lan Kervalec, imaginó que el cambio que experimentaba era debido al agradecimiento que despertó en él la generosidad de su rival. Sentíase animado por un cariño sin límites hacia su antiguo adversario. Pero el secreto de su transformación consistía en otra cosa. Yan no se atrevía a confesarse que la primera resolución de moderarse le acometió a consecuencia de las palabras de amable reproche de Mariana. Actualmente temblaba ante la idea de mostrarse nuevamente a los ojos de Mariana en un acceso de furor o de delirio alcohólico.

Constantemente alerta por la presencia de los gendarmes, vivía más en el mar que en tierra firme. Las borrascas, tan frecuentes en aquellas costas, le sorprendían a cada momento. Calado hasta los huesos por la lluvia y helado de frío, no echaba de menos el hogar de Arc'han, donde en otro tiempo encontraba abrigo y calor. Aquella vida tenía un encanto. Le evitaba un encuentro cotidiano con Gaid. La pobre muchacha, cuidadosa siempre de llevar a su novio el alimento de todos los días, sólo deseaba poder hablar a solas con Yan, aún a riesgo de comprometerse a los ojos de los pescadores, gentes generalmente, poco escrupulosas en materia de amor. Para ello hubiera bastado una señal de Yan, una llamada; pero la señal nunca llegaba. Ab Vor cogía la cesta de provisiones, a cambio de la pesca vendida, pero no parecía tener grandes deseos de conversación.

Gaid sentía cómo aumentaba su indiferencia y sufría cruelmente al adivinar los motivos que la engendraba. Pero el recuerdo de su criminal tentativa estaba demasiado fresco en su memoria para que se borrara el remordimiento. Además, al perdonarla, Mariana la había conquistado. Gaid hubiera muerto de dolor antes que afligir a Mariana.

Por lo demás, sus sospechas estaban más que justificadas. Yan sólo pensaba en la hija de Tina Kadoc'k. Aquella extraña y misteriosa belleza, le había subyugado por completo. No podía engañarse en las turbaciones que experimentaba al verla, en el atroz dolor que le desgarraba el alma ante la sola idea de perderla. Yan reconocía el amor que le había inspirado Mariana. De día, una vez terminada su tarea, se aproximaba a la costa, con el objeto de ver si lograba

vislumbrar la graciosa figura de la joven; de noche trepaba por las rocas, se aseguraba de que los gendarmes habían vuelto a Plogoff, y vagando como un alma en pena, rondaba la casa de Mariana.

El amor no hace las cosas a medias. Una noche, a las ocho próximamente, volvía Mariana de Plogoff, cuando se detuvo bruscamente muda de terror, al ver una sombra que se interponía en su camino. Todo el mundo la conocía y la quería. ¿Era acaso algún extraño el que así se le presentaba? ¡Ah! ¡Era un imprudente que desafiaba su pudor, el resentimiento de las gentes del Cabo?

El desconocido se descubrió, saludando humildemente, y al mismo tiempo la joven oyó una voz dulce que decía:

—¡No tema usted nada, Mariana! ¡Soy yo: Yan!

Mariana replicó alegremente:

—¡Ah! ¿Es usted, Yan? ¡Me ha causado usted miedo!

De pronto se acordó de la pobre Gaid.

—Pero, ¿qué hace usted aquí? Si los gendarmes le viesen...

—No hay peligro. A estas horas duermen a pierna suelta.

—¿De manera que aprovecha usted estos momentos para dar un paseo?

—No, no me paseo. He venido aquí a propósito.

—¿A propósito?

—Sí, para ver... Sabía que había ido usted a Plogoff. Esta mañana la vi salir de casa.

—¡Ah!—repuso Mariana con alterada voz.

Luego, alargando la mano al joven, prosiguió:

—En fin, buenas noches, Yan. Es muy tarde.

El marino le cogió la mano y la retuvo dulcemente.

—Mariana—dijo— no la entretendré mucho. Pero si usted no tiene inconveniente le diré una cosa.

Su voz era melodiosa y tenía inflexiones acariciadoras, en las cuales se sentía vibrar su corazón. La joven repuso conmovida:

—¿Una cosa? ¿A mí?

—Sí; algo que no repetiré en lo sucesivo, porque probablemente no volveré a verla.

—Ya le escucho, Yan.

El camino se hallaba completamente desierto. Las primeras casas de Lescoff estaban a doscientos me-

tros. A lo lejos, el Raz se balanceaba majestuosamente.

—Mariana—dijo Yan con la entonación de una plegaria— usted es una señorita. Sin embargo, el mar la arrojó a usted igualmente que a mí y a Ar Zod, sobre la playa de los Naufragos. Según parece, eso ocurrió el mismo día. Pero usted ha sido más afortunada que yo. Tina Kadoc'h ha hecho de usted una señorita, y mi pobre padre Arc'han ha hecho de mí un marinero. Yo no sé hablar ni escribir. Algunas veces me parece vislumbrar una figura como la virgen santa. He hablado de esto con el párroco y me ha dicho que mis visiones eran debidas al espíritu malo. No creo que el diablo pueda encarnar en una figura tan hermosa. Y, además, esa figura se parece a alguien...

Se interrumpió, y al cabo de un momento de duda, prosiguió:

—¡No es a Gaid a quien se parece, sino a usted, Mariana!

—¡A mí!—exclamó la joven turbada y medrosa.

—Sí, a usted; y yo quiero a esa aparición con toda mi alma. La quiero como yo sé querer. La adoro como a Dios, y no sé si la amo a usted porque se parece a ella, o si la amo a ella porque se parece a usted.

Mariana le detuvo:

—Yan—le dijo vivamente—; no es usted ningún niño. Olvida usted que no puedo escuchar esas cosas. Es usted el prometido de Gaid.

—Sí, ya lo sé; y esa es mi falta. He dado mi palabra a Gaid... sin amarla. No sabía entonces si la amaría; pero lo hecho hecho está. Ahora bien: puesto que soy el prometido de Gaid, no seré más que eso: su prometido.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que nunca seré su marido.

—¿Por qué, Yan? Eso está muy mal dicho.

—¿Por qué? Porque no la quiero y prefiero morir.

—¡Yan, Yan! ¡Dice usted cosas increíbles!

—¿Y qué importa? ¿Cree usted que no sufro al decirlo? Mi padre fué quien arregló las cosas. Yo, por mi parte, no pensaba en ello. Pero he dado mi palabra. Usted no me comprende porque no me ama, y le es a usted indiferente que yo sufra. Usted es una señorita y yo soy un marinero, algo peor todavía; ¡un salteador de playa!

Mariana le dejaba hablar con los ojos húmedos, el pecho agitado por la emoción y esforzándose inútilmente en reprimir la tumultuosa agitación de su ser.

Yan prosiguió:

—¡Ah, Mariana, soy muy desgraciado! Yo creo que hay en mí algo extraño. No tengo nombre, ni sé de dónde vengo; pero siento de modo muy distinto que los que me rodean. Algunas cosas me dan horror. Usted talvez no lo crea. ¿Cómo podría explicárselo? ¡Ah! ¡Le juro a usted que hay momentos en que quisiera morir!

Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. Y luego levantó la cabeza y miró a Mariana sonriendo a través de sus lágrimas.

—Algo me dice, además, que el Raz que me arrojó a la costa, me traerá cualquier día.

Mariana tembló, y apoyando una mano en el brazo del joven, le dijo:

—¡No diga usted eso, Yan!

—¡Oh! ¡No tenga usted miedo, no me mataré! Si hablo a usted de esta forma es sólo para pedirle...

Se detuvo de pronto sin atreverse a continuar.

—¿Para pedirme?...

—¡Para pedirle... que me quiera un poco! No tendrá usted que hacerlo mucho tiempo. ¡Lo adivino, lo presiento!

—¡Pero si yo le quiero, Yan!

—Sí, pero no como yo desearía.

Mariana dominó su emoción, y dijo gravemente:

—Amigo mío, dentro de ocho días vuelvo al convento. Mis vacaciones terminan. Separémonos como buenos amigos.

Yan retrocedió un paso.

—¿Es decir que es cierto? ¡No me habían engañado! ¿Se va usted?

—Sí, Yan. Es preciso.

—¡Es preciso! ¿Por qué? ¿Es que va usted a ser religiosa?

—¿Quién sabe?—murmuró la joven melancólicamente.

—¡Nó!—repuso él con energía.—¡Eso no es posible! ¡Eso no puede ser! ¿Qué sería de mí?

—Ya se consolará usted, Yan. Será usted el marido de Gaid, que es bonita como una rosa y buena como un ángel. La querrá usted mucho.

El pobre joven sintió que todo su valor se venía a tierra. Cayó de rodillas, y cogiendo a la joven una mano, suplicó:

—¡Eso no, Mariana, eso nó! ¡No me deje usted así!

—¡Pobre Yan!--suspiró ella.-- ¡Me da usted mucha pena, se lo aseguro a usted, mucha pena!

Por las mejillas de la joven resbalaban dos lágrimas. Y en el colmo de su desesperación, Yan tuvo un rayo de delirante alegría; ¡Mariana había llorado!

## XI

El señor alcalde habitaba en Plogoff una vieja casona, negruzca y triste, construída, más que con piedra y ladrillo, con restos de embarcaciones. Los pescadores llamaban pomposamente a aquella casucha la "casa Kerzale", no porque aquella construcción híbrida tuviese mejor apariencia que las inmediatas, sino porque era propiedad del personaje más importante de la localidad.

La "casa Kerzale" se dividía en tres partes distintas. En la exterior, la tienda, en la cual sin simetría ni orden estaban acumulados confusamente los aparatos y materiales empleados en la marcha y conservación de los barcos y los cebos en uso para la grande y la pequeña pesca. Allí se veían velas, rollos de cuerdas, bobinas, cables, anclas rotas, harpones, ganchos y poleas; el hierro y el cáñamo almacenados en confuso tropel junto a las paredes, sobre los barriles de resina seca, de colores en polvo y gasolina y nafta, mientras que esparcidos por el suelo se veían pinceles y brochas mezclados con botas y trajes marítimos, exhalando todo un fuerte olor a sebo, aceite cocido y alquitrán. En el almacén no había ningún banco.

Los clientes no iban allí a charlar: compraban, pagaban y se iban. Un pequeño mostrador con dos balanzas encima, unas cuantas manos de papel y la indispensable báscula de plata-forma, componen todo el mobiliario. Ni siquiera una estantería a lo largo de las paredes, antiguamente blanqueadas con cal, y en la actualidad sucias y grasientas. El cuerpo principal de la casa, compuesto de dos pisos, estaba separado del almacén por un patio.

Había depositados en los rincones remos de diversas longitudes, confundidos con mástiles de recambio, linternas, flechas y barras. Montones, restos de naufragios, esqueletos de navíos arrojados a la costa, áncoras,

astillas y listones, que se convertirán en madera de construcción o en combustible, a gusto de los clientes. Se encontraban también pilas de botellas, de las cuales más de una había sido arrojada al mar en el momento en que el capitán, viéndose definitivamente perdido, pronunciaba el supremo "acógeme Dios mío"; barricas vacías, cestos destrozados, trozos de hierro retorcidos por la poderosa mano de las olas y corroídos por la sal marina; por último, debajo de un cobertizo improvisado, una pirámide de cebos de bacalao, procedentes de la última expedición a Terranova.

En medio de aquel baturrillo indescriptible del océano se destacaba una estatua de madera, mascarón de proa procedente de algún buque naufragado en el Raz, una especie de ninfa marina mutilada, horrible, a la cual hacían más espantosa las capas de vermellón que sirvieron para asentar el dorado desaparecido, y que parecían marcas de lepra.

En el fondo del patio, una puerta de cristales servía de paso a una vasta habitación ahumada, en la cual entraba escasa luz por un ventanuco; era la pieza principal de la casa, que servía a la vez de cocina, comedor, gabinete y alcoba.

La chimenea, alta y profunda, estaba coronada por una virgen de yeso, y encima había un ramo de romero bendito y un fusil. Una mesa de madera, a la cual habían dado color la grasa y el vino, una inmensa cama rodeada de cortinillas de lana y una docena de sillas cojas, componían todo el mobiliario, a más de un aparador, en el cual lucían unos cuantos platos desportillados.

Una escalera de caracol conducía al piso superior. Debajo de la escalera una puerta daba entrada a otra habitación obscura, que hacía oficio de cueva y de leñera.

En la pieza grande trataba Kerzale sus asuntos particulares y daba audiencia a sus subordinados. La cama que allí había era de la Guernec'h, la criada del señor alcalde, que delante de la gente permanecía siempre callada, pero malas lenguas afirmaban que cuando en la casa de Kerzale se apagaban las luces y se cerraban las ventanas, sabía imponer su voluntad a su amo. Fea, de edad indefinida, tuerta, avara y tan gruñona en privado como sobria de palabras en público, hacía pagar caro a Kerzale las "complacencias" que éste había teni-

do con ella. Pero la Guernec'h era fuerte para el trabajo de la casa y el viejo apreciaba aquellos dos brazos nervudos y musculosos que valían por cuatro.

Kerzale parecía hablar misteriosamente con un individuo que se encontraba en la parte más sombría y apartada de la habitación, cuando la Guernec'h exclamó:

—¡Alerta! ¡Que vienen los gendarmes!

A pesar de las deferencias con que le trataban los gendarmes, el alcalde hacía siempre un gesto de desagrado al verlos en su casa.

El desconocido interrogó al alcalde con la mirada.

—Allí—dijo éste señalándole el hueco de la escalera de caracol.

Ya era tiempo; el sargento Jarnithim y el gendarme Meyer entraban haciendo el saludo militar.

—¿Qué hay sargento?—preguntó Kerzale sonriendo y adelantándose a recibirlos. ¿Qué viento ha traído a usted por aquí?

—Señor alcalde, hay novedades—repuso Jarnithim.

—¿Novedades? ¡Ah! ¡Novedades! Vamos a ver: ¿cuáles son esas novedades?

—Siendo yo el jefe—dijo Jarnithim—debería hablar; pero como mi subordinado Meyer es quien lo ha visto todo, él debe llevar la palabra. Por lo tanto, puede usted hablar, Meyer. Le autorizo para ello.

El alcalde guiñaba los ojos.

—Señor alcalde—empezó diciendo el alsaciano—se trata de Yan Ab Vor, a quien quisimos detener el otro día, cuando usted nos hizo el honor de llevarnos en su coche.

—¡Ah, Yan Ab Vor! ¡Conozco a ese muchacho!

—Muy bien, señor alcalde. Tenemos una orden para detener a ese buen mozo.

—¿Quiere usted enseñarme esa orden?

—Con mucho gusto, señor alcalde—dijo Jarnithim exhibiéndola.

Kerzale la examinó detenidamente, y luego, devolviéndola al gendarme, le dijo:

—El papel sólo tiene un defecto; pero es de gran importancia.

—¿Un defecto!—dijeron simultáneamente los dos gendarmes estupefactos.

—Sí, un grave defecto.

—¿Cuál?

—Es irregular.

—¿Ir... re... gu...lar?

—Sí, señores. Se habla en ella de Yan Ab Vor, de la ciudad de Plogoff, de veinticinco años de edad.

—Eso es, señor alcalde.

—Pues bien: yo soy alcalde de Plogoff, Lescoff y Kerleek desde hace veinticinco años y no hay en el Registro Civil ningún vecino con ese nombre. Vea usted.

Kerzalé sacó de un cajón situado a los pies de la cama de la Guernec'h los grasientos registros de la ciudad y se los mostró a los gendarmes.

Era verdad. Yan Ab Vor, adoptado por Arc'han, no tenía un estado civil bien determinado.

Pero Meyer tenía respuesta para todo.

—Dispense usted, señor alcalde—dijo.—Es posible que el llamado Yan Ab Vor no sea Yan Ab Vor. Pero con ese nombre figura en la inscripción marítima; la prueba es que ha hecho sus cinco años de servicio...

—¿Como un valiente!—interrumpió el alcalde.

—No lo niego. Mucha gente ha cumplido su servicio valientemente. Por consiguiente, debemos detener al llamado Ab Vor. Luego él se explicará ante sus jueces. Pero aquí no se trata de eso. Va usted a ver, señor alcalde... Entonces Meyer refirió lo que le había ocurrido ocho días antes, el descubrimiento de la complicidad de Margarita Guyarmarc'h, y terminó pidiendo al señor alcalde una autorización para apresarse a Gaid.

—Usted comprenderá que mientras esa bribona lleve comida al lobo, éste no saldrá de su escondrijo, y si no sale, nunca le cogemos.

Kerzalé se había puesto pensativo. Detener a Gaid era efectivamente facilitar la captura de Yan. Y él, tanto por cariño al hijo adoptivo de su compadre Arc'han, por Yan, a quien había visto crecer y al cual, en su calidad de antiguo piloto, había dado las primeras lecciones de práctica, como por odio instintivo a los tricornos, no quería prestarse a ello.

—¿Detener a Gaid!—murmuró.— ¡El caso es peliagudo!

De repente gritó:

—¿A ver, Guernec'h!

—¿Qué pasa?—respondió ésta que no había salido de la habitación, curiosa por saber qué deseaban los gendarmes.—¿No tiene usted necesidad de gritar tanto!

—¿Cómo? ¿Estabas ahí? Tráeme una jarra de sidra y tres vasos.

—Si es para nosotros—dijo Jarnithim—no se tome usted ese trabajo, señor alcalde. No tenemos sed.

—¿Sed!—exclamó Kerzalé.—De sidra, talvez nó; pero ¿de vino? ¡Un poquito de "Joven Emilio"!

—Muchas gracias; pero...

—Las gracias después.

—Nos está prohibido absolutamente beber en los actos de servicio.

—¿Bah! ¿Y el desprecio que hacen ustedes a un magistrado?

—Puesto que se empeña usted, aceptamos por obediencia.

La Guernec'h no se había movido de su sitio.

En cambio, sus ojos estaban entregados a una mímica furiosa y desordenada.

—¿Eh! ¡Tú!—gruñó Kerzalé, que delante de extraños no quería perder su prestigio de autoridad.—¿Levarás anclas por fin? ¡Vamos, necia, pronto trae "Joven Emilio"!

Por fin, la criada se decidió a obedecer. Pero en la manera de alargar los vasos a los gendarmes se comprendía que desaprobaba la conducta de su amo, y que la prodigalidad de éste le sería vivamente reprochada en tiempo y lugar oportunos.

¿Qué proyecto acariciaba Kerzalé?

El "Joven Emilio", bautizado así por proceder de un buque de Cete que llevaba el mismo nombre y que naufragó en el Cabo, era el vino de las grandes circunstancias. Negro, espeso, fuertemente alcoholizado, convenía maravillosamente al paladar de los hombres de la costa, que, acostumbrados al alcohol, no temían rápidos y perniciosos efectos. Además de aquel vino azul el alcalde tenía más de tres mil botellas de todas marcas.

Ignorante de su valor, realizaba un pingüe beneficio, vendiéndolas al precio común de dos francos botella, siempre que se le presentaba ocasión de dar salida a aquel género.

Por este motivo muchas veces el obispo, en su vida pastoral, se había extasiado en la bodega del párroco Fardel. El pobre sacerdote ofrecía indiferentemente a su pastor vino de Saint-Estephe o de Saint-Emilion, sin hacer valer el origen ilustre de aquellos vinos, ni los diez o doce años de antigüedad con que la inconsciente parsimonia del alcalde los había garantizado. Todos ellos, como puede suponerse, procedían de buques naufragados.

Pero Kerzalé prefería el "Joven

Emilio" para su uso particular. Conociendo por experiencia las virtudes de la pérfida bebida, se había reservado todo lo que el fienés del pillaje respetaba, y con ello hacía ordinariamente su pacotilla.

¡Ah! Cuando se trataba de obsequiar a un cliente que se gastaba a gusto el dinero, ¡muy bien!; el gasto estaba justificado y la Guernec'h se resignaba con gusto.

Pero gastar el "Joven Emilio" solamente para obsequiar a dos pícaros gendarmes, era demasiado; la criada rabiaba en su interior, esperando el momento oportuno para dar rienda suelta a sus reproches. ¿Qué proyecto sería el del alcalde? Sencillamente: emborrachar a los representantes de la fuerza armada y ganar tiempo, con objeto de poder prevenir a Yan y a Gaid.

Una vez vaciado el primer vaso, hijo afectando una extremada gravedad:

—La orden que acaban ustedes de pedirme me ha dejado perplejo. No sé si la daré, porque no sé si al dársela cometeré un abuso de autoridad.

—El artículo 2.º y siguientes del Código de Instrucción Criminal—objetó Jarnithim—confieren a los alcaldes el derecho de investigar los crímenes, delitos y contravenciones y de requerir a la fuerza armada cuando obran en lugar del procurador de la República.

—¿Está usted seguro de que es así?

—Completamente seguro.

—Y yo también—añadió Meyer.

—¡Hum! ¡Habría que verlo!

Y Kerzale llamó de nuevo a la Guernec'h que trasteaba de un lado para otro, con objeto de dar pretexto para no salir de la sala.

—Tráeme las gafas y el Código—le dijo.—En seguida irás por tres verdaderas botellas del "Joven Emilio". Este que nos has traído es tan flojo que parece agua.

La criada trató de protestar enérgicamente con la mirada.

—¡El Código te he dicho!—exclamó el alcalde.—Y cuando entres en la bodega no te asustes si alguna rata te salta por entre las piernas. ¿Me entiendes?

—¿Qué les parece a ustedes el vinillo?—prosiguió el alcalde dirigiéndose a los gendarmes.

—Excelente. Pero no tiene usted necesidad de molestar a la criada. Ya no queremos más—repuso Jarnithim.

—Probarán usted, aunque no sea más, el que va a traer.

Una vez con el Código en la mano, se entabló una discusión acerca de los poderes judiciales de los alcaldes. Con una habilidad increíble, Kerzale animó la conversación atacando el amor propio del sargento, y sin dejar de hacer objeciones, no cesaba de incitarle a beber.

Estimulado por el insidioso "Joven Emilio", Jarnithim imitaba a su huésped, el cual se llevaba constantemente el vaso a los labios, pero sin vaciarle, mientras que el gendarme vaciaba el suyo completamente.

Meyer imitaba dócilmente a su jefe. Si no le interesaba el debate más que en razón de sus resultados, desde el punto de vista del desquite que pensaba tomar, por otra parte le complacía vivamente el "Joven Emilio" y no se hacía rogar para beber.

El alcalde desempeñó su papel con tan gran éxito, que pronto llegó un momento en que el sargento, con la lengua estropajosa, empezó a tartamudear, mientras a su inferior se le nublaba la vista.

—Le repito a usted—vociferaba Jarnithim con la brutal lógica de la borrachera naciente—que un alcalde de es... un alcalde; teniendo en cuenta que si un alcalde... no fuese... un alcalde...

—¡No sería alcalde!—concluyó el ex-piloto.

Y como le pareciese que ya tenían bastante, juzgó conveniente dejarlos solos.

—Voy a dar una vuelta por la tienda—dijo—y vuelvo en seguida.

—¡Como usted quiera!—balbuceó Jarnithim—; mientras tanto voy a hojear el Código, y si no encuentro...

Kerzale hizo una seña a la Guernec'h, y los dos se alejaron.

Entonces Jarnithim y Meyer se miraron con cara de idiotas. No tenían conciencia de nada y acabaron por quedarse dormidos con el embrutecimiento del alcohol.

## XII

Yan visitaba con bastante frecuencia al señor Kerzale, al cual iba a proponer la compra de objetos recogidos en los inaccesibles picos del Puente de los Gatos y de San Corentino.

Desde las grutas marinas, donde momentáneamente había instalado su

domicilio, se dirigía ocultamente hasta la casa del alcalde por una hendidura de las rocas, especie de chimenea que tenía su origen en una de las cavernas de la Playa del Tuerto y desembocaba en el mismo patio de la casa de Kerzale, debajo de una baldosa oculta por un montón de cajones viejos y de cestas vacías. Sólo el antiguo piloto y Yan conocían aquella salida.

Como no escuchase rumor de voces, el joven, porque él era quien se había refugiado en la cueva, abrió la puerta y aventuró una mirada.

Jarnithim, con la cabeza apoyada entre las manos, roncaba tranquilamente; Meyer, reclinado sobre el respaldo de su silla, acompañaba al sargento con sus ronquidos.

Yan aprovechó la ocasión para salir de su escondite y entrar rápidamente en el patio, donde le esperaba Kerzale.

—¡Muy bien, tío Kerzale!—dijo Yan riendo.—¡Se ha portado usted admirablemente! Le doy las gracias por este nuevo servicio. Gracias a su ingenio...

—¡Y a mi "Joven Emilio"!

—Gaid y yo podremos vivir tranquilos unos cuantos días. El gato escaldado huye del agua fría. Así es que largo amarras. ¡Hasta la vista y despídame usted de mi padre cuando le vea!

—¡Cómo! ¿Con que levas anclas? ¿Ahora que vamos a dar unas batidas por el sur, nos negarás tu concurso? ¡Asiste por lo menos a la función!

—¿Qué función?

—Vas a ver. Espera un poco.

—¿Y si me cogen?

—¿Quién? La mayor parte de la brigada está inutilizada.

Los dos hombres habían vuelto a la sala.

—Tienen sueño para rato—dijo Kerzale. "¡Viva el Raz!" ¡Vamos a echar un trago nosotros!

La Guernech les había seguido.

—Si queda algo... dijo la criada con voz quejumbrosa.—¡Haber gastado tres botellas para emborrachar a estos canallas!

—¡Cállate, imbécil!—dijo el alcalde en voz baja—y cumple mis órdenes. Vete corriendo a la alcaldía y di a Budik de mi parte que mande al pregonero anunciar en la plaza de Lescoff que, teniendo necesidad de comunicar una noticia importante a todos los vecinos, les exhorto a venir aquí inmediatamente.

—¡Ay, Jesús, María y José! ¿Para beberse nuestro vino?

—¡Calla, y ya estás de vuelta!

No habrían pasado veinte minutos desde la marcha de la criada, cuando la tienda y el patio de la casa estaban llenos de curiosos.

—¿Qué pasará?—se preguntaban los marineros.—¿Por qué nos citará en su casa, y no en la alcaldía?

En aquel momento se presentó Kerzale.

—Porque en la alcaldía—dijo—no hay gendarmes borrachos, y aquí, en cambio, puedo presentaros dos.

—¡Ah! ¿Es posible? ¿Dónde están esos infelices?

—¡Chist! ¡Un poquito de silencio! ¡Tened paciencia! ¿Queréis divertir os un rato?

—¡Sí, sí!—gritaron todos a coro.

—En ese caso, seguid mis instrucciones.

Pronto estuvieron todos al corriente de las "instrucciones" del primer magistrado de Lescoff. La multitud, cada vez más numerosa, hizo retroceder a los últimos que habían llegado; volvió sobre sus pasos, y dando gritos de alegría y soltando ruidosas carcajadas, se desparramó por las calles.

Si Kerzale quería darse el gusto de un regocijo ilícito, no consentía en modo alguno que le cupiese la menor responsabilidad. Era muy natural que la población marítima se divirtiese un rato a costa de la gendarmería; pero indispensable también que aquella fiesta no acarrearase persecuciones ni molestias al señor alcalde.

A una señal de Kerzale la Guernech cogió de un brazo a Jarnithim, mientras el alcalde se apoderaba de Meyer, y condujeron a los dos gendarmes al camino de Lescoff a Plogoff. Una vez allí, como los pobres soldados no pudieran tenerse en pie, el alcalde apoyó al uno contra el otro, y Jarnithim y Meyer, con ese vago instinto que caracteriza a los borrachos, no se atrevían a separarse por miedo a caerse.

Entonces la multitud se entregó por completo a la chacota y a la diversión.

Los hombres que aquel día no habían salido al mar se presentaron armados cada uno con un utensilio de hierro o de cobre, caldero, cazo, cacerola, pala o tenazas; en una palabra: lo que habían encontrado en sus casas y les habían parecido más apto para producir un estruendo discordante.

A medida que llegaban colocábanse en círculo alrededor de los dos gendarmes. Encantados con la farsa que se preparaba, apenas podían contener su alegría.

Cuando la improvisada orquesta se creyó bastante numerosa, Kerzale guiñó un ojo. Dos mocetones robustos cogieron la mesa del salón y la colocaron delante de la tienda. Uno de ellos se subió encima en calidad de director de orquesta.

Sólo esperaban ya una señal.

—¡Ahora—dijo el alcalde—yo me lavo las manos! Dadles una buena cerradura a estos pobres hombres. Pero no los toquéis, eso no. Ruido y nada más.

Y Kerzale fué a colocarse en la puerta de su tienda. Jarnithim y Meyer, siempre apoyados uno en otro, abrían espantados los ojos. Su cara burlesca acabó de enloquecer a la multitud.

El que había sido elegido para director de orquesta impuso silencio con la mano, dió tres golpes preparatorios, y al cuarto, hizo la señal de arrancar, dando sobre la mesa una formidable patada que sobresaltó a Jarnithim y arrancó a Meyer una energética maldición. En el mismo instante estalló un estrépito formidable, un ensordecedor conjunto de sonidos discordes. Al irle, empezaron a llenar la calle mujeres, niños, y viejos, que formaron un círculo compacto alrededor de los músicos.

Los dos gendarmes abrían desmesuradamente los ojos, sin poder explicarse, a través de las nieblas de la embriaguez, la extraña escena de que eran héroes involuntarios.

Ante su asombrada actitud, los gritos estallaron ruidosos y el estruendo de la "música" redobló, saludando su progresiva vuelta a la razón, extraña diana a la cual se mezclaban las vociferaciones y los groseras injurias de la concurrencia. Al mismo tiempo el círculo de los músicos se estrechaba poco a poco, y puede decirse que el tumulto estallaba en los propios oídos de los pacientes.

Pero pronto se cansaron de aquella música.

—¡Que baile!—exclamó uno.

Dicho y hecho. Arrojaron todos los instrumentos, se precipitaron sobre los gendarmes y los separaron. Empujados, magullados, pasando de mano en mano, insultados y no pudiendo oponer ninguna resistencia a aquella formidable prensa, Jarnithim y Me-

yer en un abrir y cerrar de ojos fueron impelidos por un torbellino inusitado, inverosímil.

—¡La Vaca! ¡La canción de la Vaca!—gritó una voz.

Y de todos lados respondió un furioso clamor:

—¡La canción de la Vaca! ¡La canción de la Vaca!

Entonces soltaron a los dos infortunados pacientes que, libres ya de los vapores del vino, pero molidos, pisoteados, entontecidos, locos, con el uniforme sucio y hecho jirones, trataban inútilmente de sostenerse sobre sus vacilantes piernas.

Pronto fueron despojados de sus insignias. Un pescador se puso el sombrero de Jarnithim, otro se apoderó del capote de Meyer; éste se apoderó del sable, y el de más allá del cinturón, y cuando los dos desventurados cayeron a tierra la multitud empezó a dar vueltas en corro alrededor de ellos, cantando a grito pelado la "Marsellesa" de los salteadores de las playas:

¡Fuego! ¡Fuego! ¡Rayos y truenos!  
 Toda la tierra arrasarán  
 y la sangre y el aguardiente  
 rugiendo furiosos mezclarán!

¡Más vale el mar que la tierra!

¡Más vale el mar!

Mejor es la barca solitaria  
 que surca las olas amargas  
 que la carreta de ruedas de hierro

¡Fuego! ¡Fuego! ¡Rayos y truenos!  
 ¡Toda la tierra arrasarán  
 y la sangre y el aguardiente  
 rugiendo furiosos mezclarán!

.....

Muy pronto se supo en Lescoff, donde el pregonero Budik había dado cuenta de los acontecimientos, lo que pasaba en la puerta de la casa de Kerzale.

Atraído por el eco de la efervescencia pública, que no tardó en llegar al presbiterio, se presentó en el lugar de la ocurrencia el cura Fardel. Con gran trabajo pudo abrirse paso a través de la compacta muchedumbre que sitiaba literalmente los alrededores de la casa del alcalde.

La presencia amortiguó un tanto el ardor de los manifestantes y fué causa de un pequeño compás de espera en la burlesca ejecución de los dos gendarmes. El sacerdote estaba indignado.

—¿No os da vergüenza?—exclamó.

—¡Estáis escandalizando al pueblito entero con vuestros aullidos de bestias feroces! ¡Cualquiera diría que ha estallado la revolución o que estáis tan locos como Ar Zod! ¿Qué pasa para que gritéis de ese modo?

Kerzalé salió de su tienda.

—¡Ah, señor cura!—dijo alegremente.—Pregúntesele usted a esos dos gendarmes que están más borrachos que una cuba.

El capellán no pudo contener un movimiento de instintiva repugnancia.

—¡Gendarmes borrachos!— murmuró entre dientes.—¡Y un sargento, que es más grave! Habérmelo dicho, hijos míos; ahora me explico algo lo ocurrido. Pero hubiérais hecho mejor dejando tranquilos a estos desgraciados. No les hagáis daño, aunque sean gendarmes. Además, el señor alcalde os autoriza. ¡Eso es cuenta suya!

Y se alejó murmurando:

—¡Qué diantre, tratándose de gendarmes!...

Para un bretón—aún siendo sacerdote—era esto una razón perentoria.

Pero de pronto vió en la puerta de la tienda a Yan en persona que se apartaba para dejarle paso.

—¿Cómo? ¿También estás tú aquí?

—¿Por qué no, señor rector? Me divertí mezclándome con la gente.

—¡Hum! ¿Ten cuidado! Estás jugando un juego peligroso. ¡No se burla nadie impunemente de un gendarme! Son muy vengativos y tarde o temprano cumplen su venganza. Estate alerta, Yan. Si el procurador de Quimper se entera de lo sucedido y de tu amistad con Kerzalé, éste será desposeído de su cargo, y no sólo una brigada, sino dos, tres y hasta cuatro se encargarán de buscarte, y entonces no respondería yo de tu pelleja.

Yan bajó la cabeza comprendiendo la justicia de estos razonamientos. Una sensación extraña agitaba su cuerpo.

Apenas hubo desaparecido el párroco la multitud volvió a sus gritos. Las cabezas se habían caldeado; con objeto de refrescar, los pescadores vaciaron unas cuantas frascas de aguardiente y de vino.

Los dos gendarmes eran incapaces de oponer la menor resistencia.

—¡El viento viene del este!—exclamó uno de los del corro.

—¡Y va hacia la playa!—añadió otro.

Una carcajada feroz circuló en todas direcciones. En todas las miradas brillaron tremendas amenazas. De pronto, una deslumbrante aparición atravesó las filas de sañeadores; una voz armoniosa vibró, imponiendo silencio a las masas.

—¡Ah, señor Kerzalé—dijo Mariana conmovida—lo que ha hecho usted está muy mal hecho.

El alcalde directamente interpelado bajó la cabeza inclinándose como todo el mundo bajo el ascendiente de la noble joven.

La hija de Tina Kadoc'h llamó a Yan.

El joven, avergonzado de sí mismo, acudió presuroso.

—Yo no he hecho nada, Mariana—dijo en voz baja.

—Ya lo sé—repuso ella sonriendo. Y señalándole a los gendarmes, añadió:

—Usted es fuerte, Yan. Levante usted a esos dos hombres. Vamos a llevarlos a Plogoff.

Yan experimentó un estremecimiento de cólera. El, Yan, espiado, perseguido por la gendarmería, levantar a aquellos dos borrachos y devolverlos a sus compañeros!

Pero los ojos de Mariana le miraban suplicantes. Yan se inclinó. Con una mano cogió del brazo a Jarnithim y con la otra a Meyer y de una sacudida los puso de pie.

Una exclamación sorda recorrió los grupos. Yan, pálido, con los dientes apretados, pronunció trabajosamente estas palabras:

—¿Qué hay? ¿Habrá alguno que se atreva a ponerse frente a mí?

Los naturales del Cabo son valientes y cabezudos. Pero las circunstancias eran excepcionales. ¿Acaso no eran su hijo y su hija adoptivos los que salvaban a los gendarmes? ¿Acaso no tenían derecho a todo su cariño los hijos del naufragio?

Callaron todos. Yan y Mariana pasaron por entre los grupos silenciosos, sosteniendo a los infelices soldados que depositaron sobre una cuneta, a cien metros de Plogoff. Yan no quería ir más lejos, desconfiando del agradecimiento de los compañeros de Jarnithim y Meyer.

Mientras tanto la multitud se dispersaba.

Archán, que había acudido a ver el espectáculo, se alejaba, apoyándose en el hombro de Gaid.

—¡Ah!—exclamaba ésta sollozando.—¡Yan no hubiera hecho eso sin

los consejos de esa mujer! ¡Estoy segura de que le ha embrujado!

Y el viejo respondió:

—¿Qué quieres, hija mía? ¡Yan no es del Cabo, y no desmiente su sangre!

### XIII

Mariana había vuleto a Quimper y Yan a su feroz melancolía.

Mientras la joven había permanecido en Lescoff, Yan se creía engrandecido, transfigurado. Le parecía que Mariana le había infundido una sangre nueva; que otro ser había encarnado en sí mismo; olvidaba su envilecimiento, su humilde estado, su pobreza, para no pensar más que en la alegría de vivir, de amar y ser amado. Porque Yan comprendía que amaba sin confesárselo.

Cuando ella se hubo ausentado, cayó Yan del pedestal imaginario zado por la felicidad sobre base de deleznable arcilla y quedó destrozado, anonadado por la horrorosa realidad, vergonzoso y ruborizado de su condición miserable, de su falta absoluta de educación y de saber, barreras infranqueables que moralmente le separaban de Mariana.

En sus raras entrevistas, la joven, sin dejar de hablarle de su origen, se había esforzado por ayudarle en sus investigaciones; trató de plantar algunos jalones en su oscurecida memoria, despertando los recuerdos de su primera infancia. Pero Yan, a pesar de aquel socorro, no había encontrado nada todavía.

Habíase entregado a la tarea de tantear en aquella noche profunda, de recogerse, de remontar el curso de los años, evocando el pasado, y no encontraba ningún indicio, ninguna señal que confirmara una suposición, que disipara una duda. Ninguna luz le dió esperanzas de sondar tarde o temprano el implacable misterio. Todo cuanto sabía era que su origen estaba en el mar. Seguía viendo, como a través de las nieblas de una pesadilla, un buque combatido por las olas furiosas y en medio de los horrores de la tempestad una mujer joven, despeinada y hermosa como una virgen, apretándole contra su corazón. Pero esto era todo.

—En sus largos viajes—le había preguntado Mariana—¿no ha encontrado usted nunca ningún lugar que

le recuerde sitios habitados o entrevistados anteriormente?

Nó, nunca lo había visto.

El desgraciado se desesperaba y se retorció las manos furiosamente, oyendo silbar en sus oídos la terrible palabra de Lan Kervarec: “¡Sin nombre!”

¿Qué tenía, no obstante, de humillante aquel epíteto? ¿Era culpa suya que una espantosa catástrofe le hubiese privado a la vez de nombre y de familia, separándole bruscamente de su madre? Porque él tenía madre; ¡ah, estaba seguro! ¿Acaso no sentía aún en sus mejillas bronceadas el calor de los besos que le prodigaba, cuando el océano los cubría con un manto de espuma sobre el puente dislocado del navío hecho astillas, cuando trataba inútilmente de arrancar al terrible elemento la presa que le disputaba entre sus brazos temblorosos?

Pero el imposible redoblaba su curiosidad. Cuanto más trataba de disipar las tinieblas, más se espesaban, y por él, por Mariana, a causa de Mariana, sobre todo, estaba ávido de saber. ¿El qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Problemas insolubles que arrancaban a su impotencia imprecaciones de rabia y de despecho.

Muchas veces tuvo intenciones de interrogar a Arc'han. Este había sido uno de los primeros testigos del naufragio y Yan le había oído, de vez en cuando, hacer discretas alusiones a la espantosa noche. Pero siempre que trató de hacerlo, las palabras se apagaron en sus labios.

Un escrúpulo que helaba su sangre y erizaba sus cabellos le dejaba mudo de horror y de espanto. ¿Habría Arc'han? Si éste se había callado hasta entonces, ¿no sería porque tuviese motivos para no hablar? Y si se decidía a hablar, ¿cómo le explicaría que habiendo podido salvar al hijo no salvaron a la madre?

Entonces le acometían terribles y punzantes aprensiones. Las escenas de pillaje, a las que había asistido, se presentaban a su imaginación. Su padre adoptivo, terrible, indomable, con el rostro contraído por la codicia, se le parecía arponando con una alegría feroz el botín que una providencia infernal ponía al alcance de sus garras; le oía mezclando sus cínicas blasfemias con los rugidos de la tormenta, con las terroríficas convulsiones del mar; le veía rematar tranquilamente a las víctimas y apagar con bárbaros rugidos sus estertores de agonía.

¡Nó, nunca se decidiría a arrancar confesiones al viejo, temeroso de verse obligado a maldecir a quien le había cuidado en su juventud, y que tantas pruebas de cariño la había dado!

Pero el amor era el más fuerte.

—Reconozco en usted—le había dicho Mariana—cualidades que sólo exigen ser cultivadas por la educación y que le distinguen de los hombres con quienes se ha mezclado usted accidentalmente, porque usted no es evidentemente de la misma raza que ellos. Hay en usted algo más elevado, más noble, instintos y sentimientos que muchas veces se abren paso a través de su ruda corteza de marino, pero que yo adivino y aprecio. Nó, Yan; usted no es de su misma sangre, una voz secreta me lo advierte.

Halagado por esta opinión que le aproximaba, en cierto respecto, a la que él amaba, Yan ardía en deseos de confirmarla. Después del episodio de los dos gendarmes borrachos, el joven se vió obligado a confesarse que amaba locamente a Mariana y que una invencible influencia emanaba de ésta, obligándole, a su pesar, a sufrir aquel yugo adorable.

En aquellas circunstancias fué a verle un día el padre de Gaid. Le encontró en la Gruta del Duende, entregado a sus dolorosas reflexiones.

—Gaid está inquieta por tu causa—dijo ingenuamente el pescador—te encuentra más triste cada día. "Padre, me ha dicho, búscale y procura hacerle hablar." ¡Vamos a ver: cuéntame lo que te pasa!

—¿Qué quiere usted que me pase? Estoy desesperado al verme en esta situación, perseguido sin descanso y sin poder estar en tierra firme.

—Hay que distraerte. Te cansa el mar, y, sin embargo, el mar es nuestro elemento. ¡Vamos; sacude la pereza y vente a pescar con nosotros! Yo no so ytan alegre como antes, pero en el fondo de mi barca no faltan unas cuantas botellas de vino y algunos buenos bocados.

Tanto insistió Guyarmac'h, que Yan se dejó conquistar y salió al mar con su tío.

La expedición fué infructuosa. Las redes se arrastraron inútilmente todo el día. Los peces no quisieron dejarse coger. Cansados y aburridos los dos hombres se tumbaron en el fondo de la barca.

—¿Vamos a estar así todo el día?—dijo Guyarmac'h.—¡Seríamos tontos! ¡Ea! ¡Vamos a echar un trago!

¡Ajá! Poco queda ya en casa de este aguardiente. El tonel está seco. ¡Ah! ¡Este aguardiente es contemporáneo tuyo! Veintitrés años hace que le cogí. ¡Veintitrés años! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Y me parece que fué ayer! ¡Qué noche aquella! Todos nos emborrachamos. ¡Santa Ana de Auray, qué baile! ¡Sí, me acuerdo! ¡En toda mi vida he visto un Raz tan alborotado! Arc'han y el zorro de Keinek estaban allí cuando el vapor vino a chocar en la Playa de los Naufragos. ¡Rayos y truenos! ¡Cuánto tabaco! Tú no te acordarás. ¡Eras muy niño!

Yan, entregado hasta entonces en sus meditaciones, empezó a interesarse en la charla del viejo.

—Y qué cosas pasan en el mundo! Si me hubieran dicho por entonces: "Guyarmac'h, a bordo de ese bergantín hay un mocoso que algún día será tu yerno", me hubiese reído.

El joven se estremeció. El padre de Gaid talvez supiera algo. ¿Por qué no trataba de hacerle hablar?

—Según me ha contado mi padre—dijo—fué aquél un famoso asalto.

—¡Ya lo creo! ¡Una cala repleta de vino y cerveza! Desgraciadamente, el Raz nos robó la mitad.

—Sin duda, ¿usted fué de los primeros en subir a bordo?

—Eso puedes creerlo a pie juntillas.

—Entonces, vería usted los últimos supervivientes del naufragio.

—Aguarda; ahora recuerdo que Arc'han y Keinek subieron antes; ellos debieron de verlos. Cuando yo puse el pie en el barco, las olas habían barrido el puente.

—Según me han dicho, había en el puente una mujer joven muy hermosa, y además...

—¡Calla con tus historias de apariciones!—interrumpió malhumorado Guyarmac'h.—Pregúntale a Keinek, si quieres; pero yo no sé nada de eso.

Y como Yan quisiera provocarle con repetidas preguntas, se atrincheró en una prudente reserva, arrepentido ya de haber excitado tan torpemente la curiosidad de su futuro yerno. Era de los que no gustaban de evocar algunos episodios de la terrible noche del naufragio.

¿Temía comprometerse revelando un secreto que no le pertenecía? ¿O tendría miedo de que Yan, una vez conocida la verdad y orgulloso de un origen menos humilde se apartase de Gaid? Esta táctica irritó a Yan, au-

mentando su impaciencia. Puesto que Guyarmarc'h callaba, interrogaría a Keinek y le obligaría a hablar.

Keinek tenía setenta y siete años. Las enfermedades le habían hecho misántropo. Como los animales, que gustan de sufrir a solas, se había retirado a una cabaña de la Punta del Harnero, donde podía exhalar a gusto los gemidos que le arrancaba el dolor. Vivía allí, solo y bajaba muy pocas veces a Lescoff, donde mendigaba algunos menérgos que la caridad pública no le negaba.

Habíase dejado crecer el pelo y las barbas que caían en revuelta confusión sobre sus hombros y su pecho. Cuando le veían venir a lo lejos, apoyado en su bastón de haya, decía la gente: "¡Ahí está el ermitaño del Harnero" y los niños, asustados por aquella extraña aparición se pegaban a las faldas de sus madres.

Hacía más de un mes que no se había dejado ver en Lescoff. "Talvez, pensaban algunos, haya entregado su alma a Dios. El párroco debería ir a echar un poco de agua bendita sobre la cabaña."

Yan no conocía el retiro del viejo solitario, pero se prometía descubrirle a fuerza de explorar de arriba a abajo todas las grutas de la Punta.

Una mañana, pues, se puso en campaña ansioso, agitado, eligiendo con cuidado los caminos más inaccesibles y menos descubiertos, sondando con la mirada todas las anfractuosidades de las rocas, alargando el oído al menor rumor.

De pronto le pareció que de la parte superior de un sendero caían a su alrededor menudos fragmentos de granito.

Detúvose levantando la cabeza y esperó. Un silencio casi absoluto reinaba en aquella hora matinal.

Iba a proseguir en su ascensión cuando una voz irritada resonó sobre su cabeza. La voz gritaba:

—¡Miserables! ¡Bandidos! ¡Asesinos! ¡Devolvedmela! ¡Ya tenéis al pequeño Kerdaz! ¡Pero la niña es mía! ¡Es mi hija!

No necesitó oír más para darse cuenta de lo que pasaba en lo alto. Quien gritaba era Ar Zod, presa de una de sus alucinaciones frecuentes.

—¡Pobre loco!—murmuró el joven.—¡También él tiene un misterio que pesa sobre su miserable existencia!

Y siguió avanzando por el sendero.

Entonces pudo ver la cabaña de Ar Zod, aquella cabaña donde el loco le recogió para librarle de las manos de los gendarmes y en la cual por primera vez apoyó sus labios en las manos de Mariana.

Al percibir el ruido que hizo el joven al acercarse, Ar Zod, que estaba de rodillas sobre una roca con los brazos extendidos en actitud de terror y de súplica, se puso de pie y se dirigió hacia él.

—¡De prisa!—exclamó Ar Zod con vehemencia.—¡Persigámoslos! ¡La han robado! ¡Yo quiero rescatarla! ¡Ven; por aquí! ¡Dándonos prisa los alcanzaremos! ¡Infames! ¡Bandidos! ¡Yo los colgaré del palo mayor!

—¡Es tarde!—dijo Yan, cuyas palabras tenían el don de disipar súbitamente las visiones del infortunado.—Ya están en Plogoff y no los alcanzaremos. ¡Dejémoslo para mejor ocasión!

—¿Me lo prometes?

—Sí. Además ahora no tengo tiempo.

—¡Ah!

—Y a propósito: tú quizás pudieras hacerme un favor.

—¿Yo?

—Tú mismo. No hay en las rocas ni un hueco que tú no conozcas. ¿Sabes dónde se oculta ese perro de Keinek?

El loco frunció el ceño.

—¿Keinek? ¡Oh! sí; el viejo Keinek, a quien llaman el ermitaño del Harnero.

—Precisamente.

—¡Keinek, el diablo! ¡Keinek, el asesino!—gruñó el loco con terrible expresión de odio.

Y con voz siniestra añadió:

—¿Le buscas para matarle?

Yan comprendió que había que sacar partido de aquel odio que adivinaba.

—Sí—dijo resueltamente.

—¡En ese caso, sígueme! ¡Yo mismo te llevaré!

Entonces el loco con una agilidad prodigiosa se deslizó de roca en roca, seguido por Yan, y no se detuvo hasta que llegó al último límite flexible de las rocas.

Era una especie de cornisa que bordeaba en toda su longitud la titánica muralla de la Playa del Tuerto. Pasaba a través de las más altas ogivas de las grutas y en algunos sitios era tan estrecha que era preciso recorrerla pegada a la muralla, y esto a una altura de noventa pies sobre el

nivel de la costa. Aquel camino, al cual protegía el vértigo contra las persecuciones de los gendarmes, muchas veces había cubierto la huída de los ladrones y contrabandistas. Al llegar a la gruta del Duende, el sendero se remontaba hacia la Punta del Harnero, entre enormes bloques de granito.

Yan y Ar Zod corrían con la seguridad que da la costumbre sobre aquella repisa natural.

Ar Zod apretaba el paso a medida que se aproximaba al término de su expedición.

Keinek se había establecido en el punto culminante del promontorio, en un lugar cuyos alrededores le protegían contra la invasión de curiosos e inoportunos.

Había instalado su escondite en una roca que caía a pico sobre el mar. Visto desde lejos, parecía un nido de águilas más bien que una vivienda humana.

Ar Zod, que iba delante, levantó con precaución la cortina de lienzo de la puerta, único hueco por donde entraba luz y aire en la cabaña, y adelantó la cabeza. Un rayo de luz hizo irrupción en el escondrijo iluminando su sórdida miseria.

—¡Allí está!—dijo dulcemente el loco, volviéndose hacia Yan.—¡Está dormido!

El viejo dormía, pero no profundamente.

Estaba tumbado a medio vestir, con la cara apoyada en la pared, en un tablero que hacía oficio de cama, sin más colchón que una capa de paja y su ropa formada por andrajos inmundos, exhalaba un olor a alquitrán que daba a conocer su origen.

Por muy leves que fueran los pasos de los recién llegados, Keinek los había oído.

—¿Quién va?—preguntó con voz irritada y sin volverse.—¡No van a dejarme morir en paz! ¿Qué me quieren?

Yan separó con la mano a Ar Zod, que había permanecido en el umbral y se aproximó a Keinek.

—¡No te incomodes!—dijo con voz tranquila;—soy un amigo.

—¡Amigo! ¡Rayos y truenos! ¿Te burlas de mí? Cuando uno es tan pobre de dinero como rico en años y enfermedades no tiene amigos. ¡Todo el mundo le desprecia y abandona! ¡Esa es mi suerte y no me quejo! ¡Yo no pido nada! ¡Ídolos al diablo con vuestras buenas palabras!

—Eres injusto—replicó Yan.—Nadie te abandona ni te desprecia. Has tenido el capricho de refugiarte en este desierto, y tus amigos no han podido impedirlo.

—¡Bueno! Y ¿quién eres tú para darme lecciones? ¡No reconozco tu voz!

—Soy hijo de un hombre que, en otro tiempo fué tu mejor amigo, tu marinero.

—¿Arc'han?...

—Precisamente.

—Pero Arc'han tiene nueve hijos, sin contar al otro. ¿Cuál eres tú?

—Yo soy... el otro—repuso sombriamente Yan.—Keinek se estremeció y volviése de cara al joven.

—¡Yan! Ab Vor!—gimió manifestando inmenso terror.—¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Qué mala idea te ha traído a mi chamizo? ¡Hace mucho tiempo que me quieres mal! ¡Una voz secreta me lo advierte!

—¡Te juro!...—protestó el joven sorprendido.

—¡Cállate! ¡No mientas! ¡Arc'han te ha dicho todo; estoy seguro! ¡Ese traidor... ese renegado!... ¡Es porque el remordimiento le atormenta, porque tiene miedo y trata de descargar su conciencia acusándome! ¡Ah! ¡Te comprendo! ¡Vienes a vengarte, a matarme, a arrancarme los pocos días que me quedan de vida! ¡Pero yo lucharé, me defenderé!... ¡Tengo el pellejo muy duro! ¡Será preciso que me aplastes para apoderarte de mí!

Como fatigado por aquel acceso de rabia y de impotencia, Keinek se detuvo bruscamente, apretando los dientes, presa de un espasmo violento que contrajo horriblemente los músculos de su cara, dándole un aspecto terrible. Paseaba a su alrededor miradas extraviadas y temerosas. De pronto vió Ar Zod que agazapado en un rincón de la cabaña presenciaba aquella escena sin comprenderla.

—¿Qué me quiere ese también? ¡Sin duda, viene a ayudarte en tu crimen! ¡Cobardes! ¡Juntarse dos hombres para asesinar a un enfermo! ¡No me engaño, nó! ¡Es... ¡Sí, es él! Ar Zod! ¡Maldición! ¿Es el diablo, acaso, quien os ha traído hasta aquí?

Yan estaba aterrado. No comprendía nada de aquello y, sin embargo, tenía un vago presentimiento de que estaba a punto de llegar al fin.

—Te juro, Keinek, por segunda

vez que no nos trae ningún proyecto mezquino.

—Entonces, ¿qué queréis?

El joven se sintió apurado para explicarse.

—Pero, en verdad—prosiguió Keinek—que no tienes ninguna razón para maltratarme.

Lo que te haya dicho Arc'han es mentira. El trabajaba por su propia cuenta.

—No te entiendo; no sé de qué hablas. Explicáte más claramente, porque...

Keinek levantó la cabeza y envolvió a su interlocutor en una profunda mirada.

—¿No me entiendes? Pues qué, ¿no te han contado todo?

—¿Todo? ;No sé nada!

—¿Nada? ;De veras?

—Sí.

—¿Arc'han no te ha dicho que?....

Keinek se interrumpió bruscamente.

Yan acababa de encontrar ocasión para entrar en materia.

—Me ha dicho tan poco, que me he decidido a venir para pedirte explicaciones.

—¿Explicaciones?

—Sí. Quiero saber eso que supones que Arc'han me ha revelado.

—Pero, ¿me juras que no te ha dicho nada?

—;Por Santa Ana de Auray te lo juro!

Luego inclinándose sobre el miserable camastro, Yan dijo dulcemente:

—Pero tú, Keinek, ¿te negarás a revelarme ese secreto? ;Tengo gran interés en conocerle! ;De él dependen mi dicha y mi tranquilidad! He pensado que tú me harías ese servicio, a cambio del cual te ofrezco todo mi agradecimiento.

El solitario del Harnero no despegó los labios.

—;Vamos—continuó diciendo Yan,—sé generoso! Tienes una edad que te obliga a pensar en el mañana. Dios te llamará a su seno de un instante a otro. Los hombres como nosotros no deben tener miedo a la muerte, pero hay una cosa que debemos temer: la comparecencia ante el tribunal de Dios. ;Habla sin miedo! ;Si has cometido alguna falta en perjuicio mío, yo te perdono con toda mi alma!

El viejo permaneció indiferente, como si una súbita catalepsia le hubiese sumido en una insensibilidad

física y moral. Yan desesperaba de arrancarle una palabra. Era evidente que Keinek no abandonaría el sistemático silencio en el cual le había encerrado su astuta prudencia. Pero aquel silencio a continuación de sus semi-confesiones era una prueba evidente de que el antiguo salteador del mar sabía mucho de lo que Yan deseaba averiguar.

El joven intentó una nueva prueba. Se arrodilló junto al lecho y, con los ojos llenos de lágrimas, suplicó:

—;Ten compasión de mí! ;Dime la verdad y te bendeciré y tendrás en mí un hijo amante que cuidará de tu vejez, rodeándote de bondades y endulzando cuanto pueda tus últimos momentos! ;Mira, Keinek; Yan Ab Vor está de rodillas delante de tí! ;Compadécete de él!

Keinek no respondía. Yan se puso en pie con la frente contraída.

—;Me he equivocado!—exclamó.—Te creía un buen cristiano y veo que no temes a Dios ni al diablo! ;Queda por averiguar si hablarás delante del procurador de la República!

Al oír este nombre, Keinek fué acometido de un ligero temblor que, no obstante, fué notado por Yan.

—;Así—pensó éste—quizá consiga algo!

Luego continuó en voz alta:

—Sir; veremos si delante de él sigues callado! Iré a Quimper y contaré a los magistrados que una noche de tempestad me encontraron en brazos de una mujer que debía de ser mi madre; les diré que en Lescoff hay muchos marinos que tomaron parte en el pillaje de aquella noche y que no quieren revelar nada por miedo. Exigiré se los interroguen, porque talvez de sus declaraciones pueda deducirse el nombre de mi familia de la cual me privaron brutalmente.

El viejo se agitó de nuevo en la cama.

—;Entonces—prosiguió Yan—harán una indagatoria, como ellos dicen. Los gendarmes vendrán a buscarme. Yo los guiaré y tú y tus cómplices purgaréis vuestros crímenes en los calabozos de una cárcel!

El resultado apetecido iba a lograrse por fin.

—;Yan, hijo mío!—exclamó Keinek.—;Tú no harás eso!

—;Lo haré! ;Puedes estar seguro!

—;Nó! ;Tú te apiadarás de mí, y no querrás que mis canas se vean mancilladas de esa manera! ;Los gendarmes, la cárcel, el tribunal, los jueces!... ;Nó, no quiero! ;Tú no lo harás! ;Te lo prohíbo!

—;Entonces, habla!

—;Hablar! ;Pero si hablo me pierdo y pierdo a Arc'han!

—Te he dado mi palabra de marino de que no me vengaré.

El septuagenario reflexionó un instante.

—¿Tienes un escapulario?—acabó por preguntar.

—Siempre lo llevo encima.

—Júrame con la mano sobre él que no te vengarás.

Yan desabrochó su camisa de lana, sacó la imagen de la Virgen, y dijo:

—;Por mi salvación eterna, te absuelvo por adelantado y juro no hacer contra tí ni contra nadie ningún mal uso de lo que vas a confiarme.

—;Bien!—suspiró Keine'k.—Ahora, acércate y que Dios te castigue si faltas a tu juramento.

Yan, ansioso, se aproximó más a la cama.

El viejo, después de muchas vacilaciones, le hizo el relato de la noche fatal.

Con el corazón agitado y la frente bañada en sudor el joven no perdía ni una sílaba de las palabras de Keine'k, que no omitía ningún detalle. Todo fué recordado con esa tremenda sencillez que hace más terribles los acontecimientos; todo, desde la extinción del faro del Sein hasta la destrucción del barco contra las rocas; la captura de Ar Zod en compañía de Mariana, la adopción de Yan por Arc'han sobre el cuerpo palpitante de la pobre madre y de la afrentosa acción del salteador, rematando a las víctimas y cortándoles los dedos para arrancarles las sortijas.

Yan, presa de la agonía de la desesperación, ya no escuchaba. Había caído sobre el miserable lecho, llorando, aullando de dolor y de rabia.

Ar Zod, de quien se había olvidado, había salido furtivamente del rincón donde se refugió al principio, y fué a colocarse arrastrándose en el espacio libre que quedaba entre el lecho de campo y la pared, de manera que podía oírlo todo sin ser visto.

#### XIV

Después de su ridícula aventura, Jarnithim y Meyer, ansiosos de ven-

ganza, no dejan a Yan tregua ni reposo. Furioso por haber sido burlado por Kerzalé, comprendiendo que sus galones peligran, el sargento se había vuelto feroz. Así como antes parecía bien dispuesto en favor del fugitivo, a la sazón tenía frenesí por arrestarle. Meyer, por su parte, seguía la pista con creciente ardor.

—Conseguiré mi objeto—decía—con el tiempo, el mar ha conseguido hacer grutas en el granito. Si llevo a feliz término de mi empresa, serán míos los galones que el jefe ha comprometido torpemente en varias ocasiones. Seré el sargento Meyer: ;Qué bien suena esto al oído!

Siguiéndole de continuo, la brigada de gendarmes obligó a Yan a cambiar continuamente de escondite. A riesgo de caer en alguna emboscada. Yan vagaba desde la Punta del Harnero hasta las rocas de Gorldé-Greiz, habitando una tras otra las numerosas gruta de la bahía y hasta los escondites donde no llegaba la marea.

Gaid no le abandonaba, sin temor de ser también apresada, porque sentía necesidad de velar junto a su novio y de impedirle que se entregara a sus sombríos pensamientos.

Por un resto de compasión hacia la pobre joven a quien el amor inspiraba mil subterfugios, soportaba Yan un cariño que le obligaba a un reconocimiento del cual quisiera verse libre; sin protestar, sufría un contacto que, sin embargo, le pesaba, porque turbaba la soledad en que quería sumirse por completo.

La joven sufría cruelmente al notar la forzada amabilidad con que su novio la recibía; pero rechazaba su dolor a lo más profundo de su alma, y siempre con la sonrisa en los labios se adelantaba a los deseos de Yan, vigilando afanosamente por su seguridad. Si los gendarmes espiaban a su novio, ella espiaba a los gendarmes. En cuanto los veía, en lugar de evitar su encuentro, marchaba delante de ellos y, desempeñando a su modo el papel de Horacio, trataba de engañarlos con hábiles estratagemas.

Esto era lo que ella intentaba aquel día. El carabinero de guardia en la batería abandonada que dominaba la Playa de los Náufragos, había visto a Yan abordar con su barca las rocas de Bloc'hez. Dedujo de esto que iba a refugiarse en la Gruta del Duende, inmensa cavidad que no medía menos de sesenta metros de altura y

era tan espaciosa como una catedral, o bien en las grutas inexploradas de la Playa del Tuerto. Aquel carabine-ro era primo de uno de los soldados de marina en campaña de los cuales se paseaba Lan el día de su encuentro con Yan. Se apresuró, como puede suponerse, a dar parte a los gendarmes.

Estos últimos subieron a la muralla valiéndose de los bloques desprendidos y superpuestos que obstruían en gran parte la Playa de los Naufragos. Cuando llegaron allí se consultaron. ¿Deberían marchar en un solo grupo, o dividirse en dos? El primero, compuesto de Jarnithim y Meyer, se encargaría de explorar las grutas; el segundo quedaría en aquel mismo sitio, dispuesto a cortar la retirada al enemigo, si trataba de huir.

Estaban deliberando cuando Meyer vió a Gaid que iba delante de ellos a bastante distancia.

—¡Tengo una idea!—dijo de pronto a sus colegas.—Voy a hacer hablar a aquella pájara y, como lo consiga, el pájaro será cazado. Esperadme aquí, pero con ojo alerta. Y sin esperar la respuesta de sus compañeros, el alsaciano corrió hacia la pescadora, alcanzándola cerca de la Gruta de Agua.

—¡Buenos días, hermosa!—dijo Meyer con exquisita amabilidad.—¿Cómo tan temprano de paseo?

Gaid soltó una carcajada.

—¿Y usted, señor Meyer?

—¡Oh, yo lo hago por higiene! El médico me ha aconsejado que respire las brisas marinas, sobre todo en la proximidad de las grutas. El aire húmedo de estos sitios es muy bueno para los pulmones.

—Pues bien, yo—dijo Gaid tratando de ocultar su inquietud—también lo hago por esa razón y además por oficio.

El trató de abrazarla.

Gaid retrocedió amenazadora.

—¡Las manos quietas!—dijo frunciendo el ceño.

—¿A qué viene eso? Me considero muy dichoso por haberla encontrado a solas, porque a mis compañeros no hay que contarlos. Apuesto cualquier cosa a que la doy a usted un abrazo y un beso y ni siquiera lo ven. ¿Hago la prueba?

Y diciendo esto, hizo ademán de acercarse.

—¡Si me toca usted, le doy una

bofetada como nunca la recibió gendarme alguno.

—Manos de mujer no pueden hacer más que caricias. ¡Estoy seguro de que voy a atreverme!

Al mismo tiempo lanzábase hacia ella, tratando de cogerla por la cintura. Pero no había contado con la huéspeda. Rápida como el pensamiento, Gaid le dió un revés que le obligó a retroceder un paso.

Pero Meyer volvió a la carga.

—¡Bah!—exclamó.—¡Dos besos valen más que una bofetada! ¡Abre la caja, y págame, princesa!

Nuevamente se precipitó sobre ella, Gaid echó a correr y el gendarme detrás de ella. La muchacha tenía las piernas más ligeras que Meyer, pero tuvo la desgracia de tropezar en una piedra y caer. Entonces Meyer pudo cogerla por los hombros y abrazándola logró, a pesar de los esfuerzos desesperados de la joven, darle dos besos en la nuca. Indignada, fuera de sí, Gaid empezó a gritar, tratando inútilmente de librarse del sátiro. Meyer no cesaba en su tarea de besar.

¿Por qué Meyer cometió la torpeza de entregarse a las delicias de Capua? El éxito de su estratagemma se comprometió grandemente.

Un puño duro como un yunque, pesado como una maza, y acostumbrado al boxeo, cayó de pronto sobre él, amartillando su cabeza a despecho del kepis galoneado, al mismo tiempo que un pie ágil le acribillaba a patadas.

La jugarreta del alsaciano tuvo éxito. Fuera de sí por el insulto hecho a su novia, Yan no había dudado en salir de su escondite para socorrer a la joven. Pero lo que el gendarme no había previsto era la formidable paliza que acababa de recibir. Molido, anonadado, permanecía en el mismo sitio, mirando con estupidez a Yan que de unas cuantas zancadas volvía a meterse en las hendiduras de la Playa del Tuerto.

Los compañeros, testigos impotentes de la escena, acudieron en su auxilio. En su precipitación, no se cuidaron de Gaid que se alejaba rápidamente en dirección a Lescoff.

## XV

Hacia tiempo que Archán no acompañaba a sus hijos al mar. Aque-

lla mañana, triste y pensativo, se encontraba en la puerta de su casa. Con los brazos cruzados, los ojos fijos en el suelo, mirando sin ver y mordiendo el tubo de su pipa, el viejo saltador parecía incrustado en la piedra donde se había sentado.

Una voz alterada por la emoción le sacó bruscamente de sus sombrías meditaciones, Gaid, palpitante y temblorosa, corría hacia él.

—¡Tío!—exclamó.—¡Corremos un gran peligro! Yan está cercado por los gendarmes. ¡En la Playa del Tuerto!

Arc'han se puso en pie como movido por un resorte.

—¿Yan, cercado? ¿En la Playa del Tuerto?

—¡Sí! ¡Y por la Virger, hay que hacer algo! ¡Llame usted a los muchachos!

—Están en el mar—repuso Arc'han sombríamente.

Gaid se retorció las manos.

—¡Van a cogerle y le conducirán a Quimper! ¡Hay que salvarle, tío! ¡Llame usted a los vecinos! ¡Todos se dispondrán a ir contra los gendarmes!

Arc'han no se movía. De sus labios salían palabras incoherentes.

—¡Yan mío! ¡Las sortijas! ¡La mujer muerta!

Gaid le agarró de un brazo, y, sacudiéndole sin respeto, exclamó:

—¡Tío! ¡Que van a cogerle! ¡Se le llevarán a Quimper!

Arc'han se rió de una manera terrible.

—¡Oh! ¡Eso nó! ¡Estoy yo aquí!

—¿Usted? ¿Qué va usted a hacer a su edad y solo contra cuatro gendarmes?

—Vas a ver—respondió Arc'han sin dejar de sonreír.

Y bruscamente, como sacudiendo el peso que le oprimía, dijo claramente:

—¿Has dicho que en la Playa del Tuerto?

—Sí.

—Ve a casa de Kerzale y cuéntale lo que ocurre: que coja una reñinga embreada de quince a veinte brazas y dos o tres astillas, y que vaya en seguida a la cortadura de Saint-Thei. El te entenderá. ¡Vamos! ¡De prisa!

—¿Y usted?

—Yo voy allá abajo. ¡Vamos; no hay tiempo que perder! Está tranquila: yo respondo de todo.

Este diálogo fué rapidísimo. Mientras Gaid se alejaba, llena de esperanzas y de temores, Arc'han entraba

en su casa y se metía en el bolsillo de su chaquetón una caja de cerillas.

Diez minutos después llegaba a la Gruta del Tuerto.

La entrada de la caverna estaba libre.

En los alrededores no había nada sospechoso. Arc'han se adelantó discretamente y escuchó. Ningún ruido resonaba bajo la profunda bóveda del granito; únicamente se oía el eco de las olas lejanas invadiendo poco a poco la playa, momentáneamente descubierta por el reflujo.

Arc'han se tumbó sobre las piedras y aplicó a ellas el oído. Una trepidación imperceptible del suelo le puso sobre aviso.

—Aún están dentro—murmuró.—Yan ha debido refugiarse en la "chimenea". Espían su salida. ¡Pues les aseguro que esperarán hasta el día del juicio!

El rostro de Arc'han había tomado una espantosa expresión de odio.

Arc'han no se engañaba. Meyer, ebrio de cólera, y disimulando mal su vergüenza, se precipitó primero en persecución de Yan, persuadido de que el fugitivo no podría escapársele. Jarnithim y sus dos compañeros le pisaban los talones.

Pronto se vieron detenidos por un ancho arroyuelo que ocupaba toda la anchura de la calzada que penetraba en la gruta, y cuya superficie reflejaba las semicircularidades de la penumbra. El alciano había entrado en el agua hasta media pierna; pero ignorando la profundidad, no quiso avanzar más. A lo lejos oía los pasos de su enemigo que resonaban como un reto en las profundidades de la gruta.

—Vamos a hacer una cosa—dijo el sargento.—Quedémonos aquí y no nos movamos hasta que el hambre haga salir al lobo de su cúbil.

—¡Se me ocurre una idea!—dijo Meyer.—De todos nosotros, el único que sabe nadar es Mickel. Que se meta en el agua. Si es profunda, nos pasará a uno detrás de otro; si no lo es, pasaremos detrás de él.

—¡Bonito vamos a ponernos el uniforme!—objetó uno de los gendarmes que respondía al nombre de Nomenoé.

—¿Vamos a reparar en nimiedades?—replicó malhumorado Meyer.—¿Acaso no se trata de aprehender a un miserable que se ha atrevido a maltratar a un representante de la ley?

—Meyer tiene razón—dijo el sar-

giento.—Que Mickel pruebe a franquear el obstáculo. Yan lo ha hecho y no creo que ese mozo sea más valiente que nosotros.

—¡Hum!—murmuró Nomenoé.—¡Pues yo creo que aventurarse en ese agujero negro y sin saber a dónde vamos a parar, es muy peligroso!

—¡Bastante hemos hablado!—interrumpió el alsaciano.—¡No hay que perder tiempo! Las olas pueden sorprendernos de un momento a otro.

—Razón de más para no avanzar—insistió Nomenoé, tan prudente como parlanchín.—Mejor sería pedir prestada una barca a los carabineros y estarnos, remo en mano, frente a la gruta. De esta manera no abandonaríamos la caza y evitaríamos sorpresas desagradables.

—¡Cobarde!—dijo Meyer desdenosamente.—¡Quédate aquí si tienes miedo! ¡En cuanto a mí, voy adelante con ayuda de Mickel!

Y dirigiéndose a este último, le dijo:—¿Estás ahí?

El gendarme interpelado se había quitado la levita y la colocó en el suelo encima de su tricornio.

Mickel entró resueltamente en el agua. Le vieron desaparecer gradualmente, produciendo un ligero chapoteo.

No tardó en desaparecer en la obscuridad.

—¿Pasamos?—interrogó Jarnithim.

—Sí, mi sargento—repuso la voz lejana de Mickel.—Estoy al otro lado y el agua sólo me ha llegado a las axilas.

—En ese caso, ¡adelante!

Y uniendo el ejemplo a la palabra, se despojó el uniforme. Meyer y Nomenoé le imitaron; pero el segundo se dió menos prisa que el primero.

—¡Qué bonito es—murmuraba—nadar en esta salmuera! ¡Y yo que llevo calzoncillos nuevos! ¡Buenos van a quedar! Y en verdad, ¿por qué no me los quito? ¡Qué le parece a usted, mi sargento?

—Le prohíbo a usted poner más inconvenientes—dijo Jarnithim entrando en el agua.—Un gendarme debe siempre conservar su decoro, aún cuando esté en mangas de camisa; con más razón debe guardar sus calzoncillos. ¡No tiene usted la menor noción de Mitología! ¡Ignora usted que estos lugares sombríos están habitados por ninfas invisibles que se escandalizarían al verle de una facha indecorosa?

—¡Oh! ¿Ninfas invisibles?—exclamó Nomenoé signiando a Meyer, que a su vez iba detrás del sargento.—Está usted seguro de que esas señoras ven en la obscuridad?

—Al menos, lo supongo.

—En todo caso, sólo deben ver con un ojo.

—¿Por qué?

—¡A ver! ¿No viven en la Gruta del Tuerto?

—¡Idiota!—dijo el alsaciano lleno de deseos de venganza.

Los tres gendarmes habían llegado al centro del agua estancada. De pronto, una detonación que les pareció formidable, repercutida por los sonoros ecos de la bóveda, los hizo estremecerse.

Detuviéronse sorprendidos.

—¿Qué es eso?—exclamó Jarnithim.—Y luego gritó:—¡Mickel!

—¡Presente!—respondió a corta distancia el gendarme.

—¿Ha oído usted esa detonación?

—¡Ya lo creo! Las murallas de la gruta han trepido como si todas las rocas fueran a precipitarse sobre nosotros.

—¿Cualquiera diría que ha sido un cañonazo!—dijo Nomenoé.

—¡Ya saltó otra vez el cobarde!—repuso Meyer, incapaz de dominar su malhumor.

—¡Cobarde!—repitió Nomenoé, picado por el epíteto.—Sabes, amigo, que parece algo...

Una segunda detonación, tan formidable como la primera, y seguida inmediatamente de otra, le cortó la palabra.

—¡No hay que perder el valor!—exclamó Jarnithim.—¡Adelante, cueste lo que cueste!

Llegaron al borde en suave pendiente de la especie de estanque que acababan de atravesar y, llenos de agua, marcharon a tientas.

Ante ellos, las tinieblas eran cada vez más densas; detrás veían un agujero lejano, casi imperceptible, color de cielo, señalando la entrada de la inmensa galería subterránea.

Sintieron un violento escalofrío.

Había bastado que Gaid informara a Kerzale del peligro que corría Yan para que el alcalde comprendiera lo que se quería de él.

A pesar de su pierna rota, llegó rápidamente a la capilla de Saint-Thei. A unos cien metros del santuario, se tumbó en el suelo y acercó el oído a una hendidura longitudinal,

tapizada por el musgo marino, que parecía cortar en dos la masa gigantesca del granito. Luego, arrastrándose sobre las rodillas, anduvo un trecho hasta que percibió un ruido parecido al murmullo lejano del mar.

—¡Aquí es!—murmuró.

Entonces, uniendo las manos en forma de bocina, imitó por tres veces el graznido del buho. Esta llamada penetró en la caverna subterránea que se transmitió hasta Yan como un tubo acústico. La hendidura comunicaba con la extremidad de la gruta del Tuerto, y el murmullo parecido al de una concha vacía, que había oído Kerzalé, provenía de la corriente de aire que pasaba a través de un pasadizo estrecho que se elevaba perpendicularmente hasta los últimos asientos de la muralla.

Arrastrándose, se podía alcanzar el extremo de la gruta, porque la bóveda era tan baja en ciertos puntos que ni un niño podría estar de pie en ella. Allí gracias a las asperezas de la roca y ayudándose con los codos y las rodillas, no era difícil trepar por el tubo a que las gentes del país llamaban la "chimenea".

Esto fué precisamente lo que había hecho Yan al oír la señal que le anunciaba la proximidad de un auxilio desconocido. Familiarizado como un gato con la obscuridad, se izó hasta la mitad de la altura de la muralla, pero tuvo que detenerse porque un estrechamiento de la roca no le permitió ir más lejos. En cambio, estaba lo bastante cerca del orificio superior de la hendidura para entrar en comunicación con el exterior.

—¿Estás ahí?—preguntó una voz por encima de su cabeza.

—Aquí estoy—repuso Yan.—

¿Quién es usted?

—Kerzalé.

—¡Ah! ¡Gracias! ¿Qué hay que hacer?

—Estate en la base de la chimenea hasta que te abra paso por arriba.

—¿Cómo va usted a hacer eso?

—Con unos cartuchos de dinamita. Cuando la abertura me parezca suficiente, cantaré. Para más seguridad te echaré por el tubo un calabrote. ¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—En ese caso, manos a la obra. Cuida de que no te hieran los trozos de piedra desprendidos.

El alcalde se proporcionaba fraudulentamente los cartuchos de dinamita y los utilizaba para pescar, cre-

yendo sin duda que los peces caerían mejor de aquella manera que por medio de las redes o del cebo.

Cuando juzgó que Yan había tenido tiempo para ponerse fuera de alcance, encendió uno de los cartuchos y le arrojó en la hendidura. El efecto destructor de la dinamita fué tal y el suelo sufrió una conmoción tan grande, que Kerzalé creyó que iba a ser tragado. Unos cuantos trozos de piedra fueron lanzados como de un volcán en miniatura, a la vez que se elevó un poco de humo. Pero esto fué todo. La abertura no se ensanchó nada.

—¡Hum!—gruñó Kerzalé.—¡La expansión sólo se ha producido hacia abajo! ¡Volvamos a empezar!

Otros dos cartuchos arrojados simultáneamente dieron mejor resultado. Kerzalé tuvo la satisfacción de observar que se había producido una brecha bastante ancha para que un hombre pudiese pasar por ella.

Desenrolló la cuerda que había llevado y la dejó caer por la hendidura, y arrollándose un extremo en el brazo derecho, se echó en el suelo con objeto de poner más resistencia al esfuerzo contrario. Al cabo de veinte minutos de cruel ansiedad, pudo notar que alguien se movía abajo.

—¿Eres tú?—preguntó inquieto.

—¡Creo que sí!—repuso Yan;—pero si tardamos un minuto más, me atrapan!

Y con los vestidos hecho jirones, con el rostro y las manos ensangrentadas, Yan salió a flor de tierra un poco aturdido y deslumbrado por la luz que cegaba sus ojos tanto tiempo sumidos en la obscuridad.

—¡Señor Kerzalé!—dijo con viva emoción;—sólo usted es capaz de estas cosas! ¡Le debo la vida y estoy dispuesto a sacrificarla por usted!

—¡Basta de cumplidos! Ayúdame a recoger la cuerda. Es de cáñamo nuevo y no estoy dispuesto a perderla totalmente.

Como marino esperto, Yan arrolló la cuerda con rapidez.

—¡Ahora—dijo el alcalde;—de prisa! ¡Vámonos!

Mientras se llevaba a efecto este salvamento, Arc'han no permanecía inactivo.

Conociendo por las detonaciones que era secundado, apresuróse a acumular en la entrada de la gruta montones de mimbres, eligiendo con preferencia los más secos. Hecho esto, les prendió fuego.

Un humo espeso y blanquecino se elevó en seguida de la fogata y agitado por el viento del mar, solicitado de otra parte por el tiro del pasadizo envadió la gruta, enrojeciendo en seguida el ambiente. Con una alegría feroz, el viejo atizaba el fuego, arrojando sin cesar nuevas brazadas de yerbas marinas.

De pronto se detuvo y palideció terriblemente. Se le había ocurrido una reflexión: ¿Si al ahumar a los gendarmes asfixiaría también a Yan?

—¡Virgen mía!—exclamó levantando los brazos al cielo con un fervor extraño en aquella naturaleza salvaje:—¡Tomadme en su lugar! ¡Salvadme!

En el mismo instante, como si su temerosa oración hubiese sido oída, el grito de la chocha, conocido por todos los bretones, resonó en el borde superior de la muralla. Levantó la cabeza y vió un brazo que se movía. El humo que subía desde la playa había llamado la atención de Yan y de su compañero y quisieron descubrir la causa.

Entonces Arc'han, dió rienda suelta a su alegría con atroces exclamaciones de agradecimiento y, acometido de un nuevo ardor, arrojó al fuego más combustibles, cuya humedad desprendía nubes cada vez más intensas.

¡Qué horrible drama tuvo entonces efecto en la gruta! Apenas los cuatro gendarmes habían llegado a la abertura inferior del pozo por donde Yan había huído, cuando un vago malestar los acometió. El primer vértigo de la asfixia los envolvía, el acre vapor los sofocaba.

Cuanto más cerca estaban de la entrada de aire las opacas espirales los ahogaban con más fuerza.

Era preciso huir. Jarnithim ordenó la retirada.

Cuando llegaron al centro de la caverna, vieron una claridad entre el humo. Vieron luz y cielo.

Una esperanza inmensa los reanimó. Siguieron avanzando.

Pero al mismo tiempo el agua estancada que momentos antes habían franqueado, se agitó en todos sentidos, desbordándose y arrastrando los uniformes de los gendarmes. Un trueno formidable resonó en la gruta haciendo gemir las paredes de granito.

El mar subía. Los gendarmes lo comprendieron.

—¡Valor!—exclamó Jarnithim.— ¡A la playa!

No pudo decir más. Una nueva in-

vasión de humo le aturdió y cayó inanimado sobre un reborde del granito donde se había puesto de pie para ver mejor.

De los otros tres, Nomenoé, empujado por una ola, desapareció en el fondo de la gruta. Mickel, impelido por la misma fuerza titánica, se rompió el cráneo contra un pico de la pared. Unicamente Meyer, enloquecido, pudo franquear la entrada del antro del Tuerto.

Una vez fuera, vió el mar extendido ante él.

Sólo tenía una salida; el reborde en forma de cornisa, encima del cual se hallaba la choza de Ar Zod.

El alsaciano dió un salto prodigioso apoyando el pie en la cornisa. En aquel momento, una risa terrible estalló sobre su cabeza. Meyer vió a Arc'han de pie junto a la miserable cabaña. Arc'han, riendo, insultaba su agonía.

Quedaba la escalera. Meyer saltó más bien que corrió para cogerla.

Entonces la voz de Arc'an entonó la "Canción de la vaca", y sus manos recobraron su potencia de garfios: la escalera se levantó rápidamente sobre la roca y Meyer, loco de desesperación y de rabia, levantó el puño hacia el terrible viejo, al pie de aquella roca inaccesible que el flujo acariciaba con su espuma.

Y allí murió el pobre soldado, sufriendo la infernal agonía de sentir los jirones de su existencia desgarrarse uno a uno a medida que las olas del Raz, ceñían su cuerpo con una caricia glacial, hasta que sus ojos, dilatados por el espanto, vieron llegar la ola que ahogó su último estertor.

Tres cadáveres fueron encontrados en aquel sitio, atacados ya por los cangrejos y las langostas.

Jarnithim, vuelto en sí, pudo esperar el reflujo en el promontorio. Cuando entró en el cuartel se encontró con la sorpresa de que había sido destituido a causa de la embriaguez manifiesta que había servido de risa a toda la población de Lescoff.

Pero del mismo golpe Kerzálé era revocado en sus funciones de alcalde, por haber desconocido sus deberes y comprometido su dignidad.

## XVI

Después del terrible suceso de la Playa del Tuerto, Yan gozaba de alguna más libertad.

La brigada de gendarmes, destruída por el crimen de Arc'han, no había sido reemplazada todavía. El ex-sargento Jarnithim presentó la denuncia del asesinato de sus subordinados, asesinato de que él mismo había estado a punto de ser víctima; pero no pudo suministrar al juez de paz de Audierne, encargado de la indagatoria, ninguna prueba de las responsabilidades imputadas. Por otra parte, el informe de los médicos que habían efectuado la autopsia de los cadáveres de Meyer y de sus dos infortunados compañeros, comprobó que los gendarmes habían muerto asfixiados por inmersión, y no por inhalación de óxido de carbono. El mar, barriendo las cenizas de la fogata encendida por Arc'han, corroboró la opinión de los médicos.

Yan estaba, pues, más libre. Muchas veces se le veía pasear por el mar, que tanto amaba, y en el cual sus sueños, blandamente mecidos por las olas, no temían ser bruscamente interrumpidos por la llegada de Gaid, cuya presencia le importunaba cada vez más.

Al volver de una de aquellas excursiones más allá de la isla de Sein, término habitual de sus correrías, el joven, costeano la playa del centro, se encontró con Ar Zod.

El loco, sudoroso y agitado, se esforzaba horriblemente para izar una larga pieza de madera podrida, que el océano había arrojado a la costa y que Ar Zod se empeñaba en llevarse.

—¿Qué haces, pobre Ar Zod?—le preguntó Yan.

—¡Ya lo ves, quiero subir esto!

El marinero se echó a reír.

—Ya sé que eres fuerte, Ar Zod; me lo has probado cumplidamente; pero los días no pasan en balde a tu edad. Te esfuerzas en vano; porque la carga es demasiado pesada. Nunca conseguirás subir ese peso.

—¡Te equivocas! Tengo un medio seguro para llevar mi empresa a feliz término.

—¿Cuál es?

—Muy sencillo. Diré a un buen muchacho a quien yo conozco: Yan, échame una mano; y como Yan es tan piadoso como robusto, no se negará a ayudarme. ¿Qué opinas tú?

El joven sonrió.

—Opino como tú, Ar Zod y voy a probártelo;—dijo cargándose el tablón sobre los hombros.—¿Dónde quieres llevarle?

—A mi casa, a mi "museo".

Desde la Plava a la cabaña de Ar Zod hay bastante distancia. Yan no retrocedió, le inspiraba mucha compasión y tierna amistad el desventurado loco a quien creía víctima de la misma catástrofe que él. Además, el agradecimiento ocupaba una buena parte en su corazón. Ar Zod le había ocultado en su choza, y muy recientemente le había servido de guía hasta el escondite de Keinek, en las rocas de la Punta del Harnero.

Se encaminaron, pues, silenciosamente hacia la barraca del loco. Yan dejó allí su carga y quiso partir.

—Espera—dijo el loco;—voy a recompensarte.

—¿Recompensarme? ¡Hombre! Desearía saber cómo.

—Enseñándote mi museo. Nadie le ha visto antes que tú. Pero te estoy agradecido. Una buena acción no queda sin recompensa jamás.

El loco sonreía, y a la luz de aquella sonrisa, Yan pudo admirar lo que quedaba de belleza y de distinción en aquel rostro desfigurado por los dolores y la demencia. Creyó que debía condescender con el nuevo capricho del infeliz enajenado que hablaba de su museo con la presunción de un anticuario.

Ar Zod levantando un trozo de lona, especie de cortina que tapaba una entrada, hizo penetrar a su huésped en un cuartucho adosado a la muralla granítica de la cual era una excavación.

—¡Estos son mis tesoros!—dijo con cómico orgullo mostrando los extraños objetos colgados de las paredes y amontonados confusamente en los rincones. Dí a Kerzalé que te enseñe algo parecido. ¡Le desafío!

Todo aquello interesaba muy poco al salvaje soñador.

Por halagar la manía de su introductor, paseó una mirada distraída a su alrededor. El extraño museo, cuyo valor sólo existía en la imaginación turbada de su poseedor, se componía de piezas semejantes: trozos de madera, tazas de vidrio o de porcelana, clavos viejos, pedazos de hierro, trapos, cuerdas, todo reunido y conservado al azar y con una paciencia asombrosa. Frecuentemente durante la baja marea, se veía a Ar Zod removiendo con las uñas la húmeda arena de la playa y murmurando palabras ininteligibles; cuando descubría algún objeto le ocultaba entre

sus ropas. Era una pieza más para enriquecer su colección.

Yan no se explicaba aquel interés en amontonar objetos inservibles.

—¿Qué piensas hacer con todo esto?—le preguntó.

—¡Ah! ¡Ese es mi secreto!

—Pero, ¿tienes algún secreto?

—Sí, más no contigo. ¡Oye!

Ar Zod fué hasta la puerta exterior de la cabaña y miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos. Luego, aproximándose a Yan, le dijo en voz baja:

—Las gentes de Lescoff creen que estoy completamente loco, y se equivocan. Hay momentos en que me acuerdo perfectamente de lo pasado. En esos instantes, todos esos objetos inútiles que ves diseminados por ahí y que no tienen ningún valor para la gente, se convierten a mis ojos en preciosas reliquias. Los cubro de lágrimas y de besos, porque...

Se interrumpió cubriéndose la cara con las manos.

—¿Por qué?—preguntó Yan interesado.

—¡Porque me figuro que esos objetos han estado en contacto con los seres que he perdido!

Profundamente emocionado, Yan contempló con sorpresa la extraña colección preguntándose si las palabras que acababa de oír eran de un insensato o de un ser lleno de sentimiento y de razón.

Ar Zod, inmóvil, y con los ojos llenos de lágrimas, contemplaba con amorosa sonrisa las piezas de su museo, y Yan, al recordar que el loco era también como él una víctima del mar, murmuró:

—¿Quién sabe?

De pronto, y como si la ráfaga de buen sentido que había iluminado su espíritu se apagara súbitamente, Ar Zod dijo a su confidente, manifestando una alegría de niño feliz al enseñar sus juguetes:

—¡Oh! no es eso todo. ¡Te he reservado lo más bonito para el final! Acércate. ¡Pero júrame no revelar a nadie lo que vas a ver! Me lo robarán.

—Te lo prometo.

—¿A fe de marinero?

—Sí.

—Tengo confianza.

Ar Zod se inclinó, y rebuscando en un montón de hierro viejo depositado en el rincón más obscuro de la pieza, sacó un objeto que presentó a Yan.

—¡Esta es la mejor joya de mi co-

lección!—dijo radiante de contento.

Yan esperaba ver algún otro trozo de hierro o de madera, cuya importancia exageraba, sin duda, el monomaniaco. Con gran sorpresa pudo ver que lo que presentaba era un tubo de hojalata, parecido al canuto en que los soldados encierran su licencia cuando cumplen el servicio. Yan le examinó atentamente. El metal estaba oxidado, pero completamente intacto. Una de las extremidades del tubo estaba cerrado con una charnela y una tapa de metal.

—¿Dónde has cogido esto?—preguntó.

—Cerca de la Punta del Raz. ¡Oh, hace ya muchos años. Cuatro o cinco lo menos. ¿Verdad que es muy precioso encuentro?

Sin darse cuenta de lo que le pasaba en aquel momento, Yan estaba profundamente conmovido. La emoción que sentía tenía su origen en aquel objeto singular cuya vista no hubiese provocado ninguna impresión en cualquier otra alma. En su calidad de marino, Yan había visto muchas cajas como aquella en los buques mercantes que había visitado a bordo de los barcos del Estado en los cuales había navegado. Además, las relaciones de Keinek y, más que nada el conjunto de circunstancias misteriosas que le envolvía, abría ancho campo a sus hipótesis y a sus esperanzas.

—¡En la Punta del Raz!—repetía, agitado por mil confusas ideas.— ¡Dios mío! Si en esta hojalata iré a encontrar... ¿No acaba de decir este pobre loco que una buena acción es siempre premiada?

Sacudió el tubo y se lo acercó al oído.

—¡La tapa está intacta! ¡Los papeles deben estar dentro!

—¿Los papeles?—interrogó Ar Zod.

—¿No has notado nunca que hay papeles dentro?

Yan hizo sonar el estuche en los oídos del anciano.

—¡Sí, ya los oigo!—gritó éste.— ¡Hay que verlos! ¡Es necesario verlos!

—¡Vamos a destaparlo!

—Sí, destapémoslo.—dijo Ar Zod con la curiosidad de un niño impertinente que quiere romper un muñeco para ver lo que tiene dentro.

El marinero sacó un cuchillo y empezó a golpear con la punta en la hojalata. De esta manera consiguió hacer en el cilindro un orificio circular. Entonces le cogió por los dos extre-

mos, y retorciéndolos en sentido contrario, le partió en dos pedazos. Varios rollos de papel cayeron sobre el suelo.

Ar Zod inclinóse vivamente para recogerlos.

—¿No te lo decía yo?—exclamó Yan, con el corazón plétórico de una alegría desconocida que no podía dominar.—¿Dámelos, que quiero leerlos!

Desgraciadamente, si sus deseos eran grandes, su ciencia era escasa. Podría descifrar las letras impresas, las mayúsculas principalmente. Pero la parte manuscrita era superior a su saber. Además, estaba en idioma inglés.

Todo lo que pudo leer fueron los títulos estampados a la cabeza de cada hoja que iban acompañados de su traducción francesa: "Acta de propiedad del barco... del puerto de Plymouth.—Proceso verbal de visita.—Aduanas inglesas."

El último documento, cuya índole reconoció, le produjo una emoción intensa, porque si el encuentro de Ar Zod era un favor providencial, seguramente de aquella hoja habría de brotar la luz tanto tiempo implorada.

La hoja tenía por inscripción: "Lista de pasajeros."

¡Ah! ¿Por qué no podría él decifrar la escritura manuscrita que llevaba los claros de la fórmula impresa?

—¿Qué?—interrogó Ar Zod.

—Amigo mío, no puedo saber nada.

—¡Ah!—exclamó el loco con desahucio.

—Pero se me ocurre una idea. Vamos a casa del párroco; creo que el señor Fardel sabe descifrar cualquier clase de escritura. El nos pondrá al corriente.

Y, seguido del anciano, Yan se dirigió precipitadamente hacia el presbiterio.

El señor Fardel estaba diciendo misa y fué preciso esperarle en la sacristía. Nunca le pareció a Yan tan largo el oficio divino. Por fin llegó el párroco. Cuando se quitó la estola, preguntó a sus visitantes:

—¿Qué hay de nuevo, hijos míos?

Sin preocuparse de Ar Zod, absorto en la contemplación de una litografía que representaba el Camino de la Cruz, Yan explicó al párroco lo ocurrido y le presentó los papeles. El sacerdote familiarizado con la lengua inglesa, los examinó atentamente, mientras que Yan, devorado por la

impaciencia, no apartaba de él los ojos.

—Sí—dijo por fin.—No te has engañado. Estos son papeles de a bordo. Se trata de un vapor.

—¿De un vapor?—repitió el joven, palpitante de emoción.

—Sí, el "Forest Queen", del puerto de Plymouth, procedente de Calcuta y con destino a Liverpool.

Al oír el nombre "Forest Queen", Ar Zod se había vuelto bruscamente.

—¿Esos papeles tendrán una fecha?—preguntó Yan sofocado por la emoción.

—Desde luego. Están firmados y fechados en 15 de mayo de 1859. Como ves, no se trata de ayer ni de anteayer. ¡Hace la frijolera de veintitrés años!

A pesar de su energía y de su fuerza de voluntad, Yan tuvo que apoyarse en el armario que servía para guardar los objetos sagrados. El rector le vió vacilar, pálido como un cadáver y se apresuró a sostenerle.

—¿Qué te pasa?—le preguntó asustado.

—¡Veintitrés años! ¡Un vapor! ¡La Punta del Raz!—murmuraba el joven esforzándose por recomponerse. ¡Entonces mis presentimientos, mis recuerdos no me han engañado! ¡En ese barco se realizaría talvez el terrible suceso que Keinek me ha relatado.

De pronto el cura Fardel lo comprendió todo. A su vez se estremeció de estupor.

—El también estaba en el buque naufrago—dijo señalando a Ar Zod que, vuelto de espaldas, había tornado a su contemplación. Una palabra suya podía orientarnos. La bondad de Dios es inmensa como puedes ver, puesto que ha bastado un acontecimiento imprevisto, insignificante en apariencia, para ponerte en posesión de este documento. Ar Zod se volvió loco a causa de la catástrofe. Sin embargo, tiene momentos de lucidez. Acabaremos por obtener de él algunos indicios. Después que tú le viste, Keinek ha venido a verme. Es preciso que me perdones, hijo mío; en interés de mis feligreses me asocié al complot del silencio fraguado en torno tuyo. Hoy que Keinek ha hablado, no debo callar por más tiempo. Acabemos su obra. En el acta del barco leo el nombre de un señor del Gast que, procedente de Calcuta, volvía a Lorena, su patria. Talvez Ar Zod conociera a ese francés y quizás

su nombre pronunciado ante él tendrá alguna influencia benéfica.

—Tiene usted razón—dijo Yan.— Aproximóse a su compañero y le dió un golpe en el hombro.

El loco se volvió.

—Oyeme con atención—dijo Yan a quemar ropa—y procura acordarte.

¿Has conocido a alguien que se llame Gast?

En el rostro del loco se produjo una revolución violenta, como si el contacto de una pila eléctrica hubiese galvanizado sus músculos.

—¿Qué has dicho?—preguntó.

—He dicho ¡du Gast, du Gast!—gritó el joven marino.

Ar Zod le miró con una fijeza terrible.

—¡Du Gast!—repitió con un estremecimiento de todo su ser, frunciendo el entrecejo, con los ojos dilatados.

—¡Du Gast! ¡Sí, esperad!... Yo he conocido... recuerdo... ¡Du Gast! ¡Du Gast!

El sudor resbalaba por las arrugas que imprimía en su frente los esfuerzos de su cerebro.

De pronto dió un grito formidable.

—¡Du Gast!... ¡Pero... sí... du Gast... soy yo, yo! ¡Estoy seguro! ¡Soy yo! ¡Dios mío! ¡Bendito seas!

Y el que hasta entonces había sido Ar Zod el loco, cayó desvanecido en los brazos de Yan y del abate Fardel, cuya alegría y emoción habían llegado a su colmo.

Tranquilizado Ar Zod, hizo un relato minucioso del naufragio con detalles tan precisos, y tal minuciosidad, que no era posible dudar de su milagrosa curación ni de su identidad.

Al acabar la narración, una última nube pareció obscurecer bruscamente su razón. Se incorporó con los ojos fuera de las órbitas, y con los brazos extendidos hacia adelante, exclamó:

—¡Hija mfa, hija mfa! ¿Dónde está mi Berta?

Y antes de que los testigos de aquella escena pudieran impedirlo, el infortunado se precipitó fuera de la iglesia. Yan, que salió en su persecución, le vió desaparecer detrás de la Playa del Tuerto.

Una aparición inesperada había detenido al joven. Más bella, más seráfica que nunca, Mariana se dirigía a la iglesia para rezar.

¡Mariana! ¿Por qué motivo estaría de vuelta en el pueblo? No hacía aún un mes que había salido de Lescoff para volver al convento de Quimper. ¿Qué razón misteriosa la hizo

volver a aquellos lugares en el preciso momento que se recorría una parte del velo que envolvía la existencia de Yan?

Yan se hacía estas preguntas sin atreverse a resolverlas. Una alegría desconocida inundaba su corazón. Sin que le fuera posible encontrar su origen, oía una voz que le infundía alientos y esperanzas.

No obstante, ignoraba el motivo de la vuelta de Mariana. No sabía que el amor había al fin triunfado sobre la resignación y la voluntad de la joven, que después de haberse condenado al olvido, no había podido consentir en aquella condenación voluntaria y que, vencida en sus resoluciones, había querido ver nuevamente al hombre que se había apoderado de su alma.

Desde la desaparición de Ar Zod habían pasado tres días.

El golpe había sido indudablemente demasiado violento para aquella inteligencia tanto tiempo sumida en tinieblas. A aquella hora, el pobre alienado dormía tal vez su último sueño, mecido por las lánguidas aguas del Raz. La única probabilidad que se presentó a las investigaciones de Yan habíase eclipsado para siempre.

El marino se entregaba por completo a estas dolorosas meditaciones. Del fondo de sus amarguras subían a veces gritos de rebelión. Entonces Yan se sorprendía, presa de repentinas cóleras, blasfemando como en las primeras épocas de su vida de salteador del mar. Y a pesar de la influencia de sus íntimas reflexiones, a pesar del imperio que sobre él ejercían las dulces palabras de su buen ángel, Mariana, se reprochaba a sí mismo en muchas ocasiones el no ser, ni un hombre completamente civilizado, ni un bárbaro entregado por completo a la espontaneidad de sus instintos. Se insurreccionaba contra el ascendiente de una moral que no le habían enseñado y que le parecía sublime sin comprenderla. En aquellas ocasiones el espíritu malo, el fondo de perversidad que existe en todos los hombres, subía a la superficie.

Yan pensaba, esforzándose por hacerse peor, que haría muy bien en sacudir el yugo de aquella virtud que le dominaba, y que para llegar más pronto a este resultado, no tenía más que destruir el respeto que la había inspirado la virgen angelical cuya imagen iluminaba su pensamiento.

Después de todo, Mariana era una

mujer como las demás, como Gaid, a quien no amaba y cuya presencia no despertaba en él ninguna de aquellas extrañas turbaciones, ninguno de aquellos pudores inexplicable que le invadían en presencia de la otra.

Aquella Mariana le había transfigurado. No se reconocía a sí mismo. ¿No era vergonzoso que una mujer le hubiera hecho su esclavo, obligándole delante de todo el mundo, a los ojos de sus hermanos y de sus amigos, los saltadores del mar, a llevar a cabo acciones inverosímiles, incompatibles con su temperamento y con su educación? ¡Ah, sí! Puesto que era un desheredado, ¿por qué no buscaba una excusa a su decadencia moral, entregándose a su pasión, como se entregan esos desgraciados que no tienen escrúpulos ni temores?

Mientras estas ideas impuras se agitaban en su alma, la fatalidad parecía arreglarlo todo para facilitarle el cumplimiento de sus deseos. Dos veces había encontrado a Mariana en su camino, y siempre la joven le había dirigido la palabra con infinita dulzura, como si se complaciera al ver los sufrimientos morales del marino.

Yan no había dicho nada que recordara sus últimas confesiones; pero sus largas y profundas miradas llenas de fuego, suplían el silencio de su boca. Callaba, pero en sus gestos, en sus actitudes, hablaba el lenguaje del amor desesperado.

Una mañana, más taciturno que de ordinario, presa de una invencible postración, paseaba su dolor por la costa, cuando se encontró con la hija de Tina Kadoch en la entrada de la gruta del Tuerto. Yan no había vuelto a aquel siniestro lugar desde que tuvo lugar la catástrofe que costó la vida a los tres gendarmes. Aunque inocente, el crimen de Archan pesaba sobre él. ¿No fué con objeto de salvarle por lo que su padre había recurrido a tan atroz procedimiento? A pesar de las terribles revelaciones de Keinek, a pesar del horror instintivo que le inspiraba Archan, el joven no podía borrar el afecto que en él había despertado el afán de su padre por salvarle la vida.

La presencia de Mariana, en medio de un tan grande concurso de circunstancias, le exasperó aún más, haciendo estallar aquella pasión tan difícilmente contenida hasta entonces. Bajo el imperio de una emoción formidabile interpeló a la joven

—¿Sigue gustándole a usted el mar?—dijo sin preámbulo alguno.

—Sí, Yan, cada vez más—repuso Mariana sonriendo.—¿Y a usted?

—¡Oh! Yo le he querido mucho en otro tiempo; talvez le quiero algo todavía. ¡Pero sufro tanto al verle!

Dijo esto con expresión tan dolorosa, que Mariana sintió una compasión que la desgarraba el alma.

—¡Pobre Yan! ¿Es a causa de lo que le ha contado a usted Ar Zod por lo que le dice eso?

—Por eso y por otra cosa además. He estado tanto tiempo lejos del mar, viviendo como un perro entre las rocas, que cada vez que miro al Raz me da vergüenza. Mire usted—añadió arrastrándola dulcemente hacia la roca;—esta es la casa que he habitado mucho tiempo, el cielo que he contemplado y la luz que he visto. Las gaviotas y los cuervos me reconocen como a un antiguo vecino.

Mariana le miró con los ojos húmedos.

—Además—prosiguió Yan—hay otro motivo que no me atrevo a decir y que, no obstante, es preciso que le diga. ¡La amo tanto, Mariana, que la vida sin usted me parece una carga pesada! ¿Qué quiere que me diga el mar, si sólo tengo en mi alma la imagen de usted?

—¡Yan—dijo ella con ligero acento de reproche—me prometió usted no hablarme más de eso!

Yan bajó los ojos, pero continuó:

—Sí, ya lo sé. Por causa de Gaid; ¿verdad? Entonces, ¿qué quiere que haga? A usted la amo y ella será mi mujer. ¡Ya ve que en la vida hay situaciones demasiado crueles!

Hablaba con voz temblorosa, lanzando suspiros, conteniendo con dificultad las tumultosas sensaciones que combatían en el interior de su alma.

Mariana estaba inquieta. Aquella entrevista en la sombría caverna la turbaba y la aterraba al mismo tiempo. Y tal como veía a Yan torturado por el horrible conflicto, le amaba más que nunca.

Un silencio profundo reinaba alrededor de los jóvenes; tan profundo, que podían oír los latidos de sus corazones.

Bruscamente, Yan levantó la cabeza. Por sus ojos cruzó una llamareda, y mirando a la joven cara a cara, exclamó:

—Dígame, Mariana, ¿qué debo hacer? ¿Quiere que me interne en el

mar hasta que el agua me cubra? ¡Lo haré!

Mariana extendió las manos hacia él.

—¡Nó, Yan! Sabe usted que Dios prohíbe morir voluntariamente.

Yan dió un rugido.

—Entonces, es preciso que me ames, porque sin tí sufro demasiado.

Y antes de que ella pudiera ponerse fuera de alcance, la cogió de una mano y levantándola como si fuera un niño, entró con ella en la gruta sumida en terrible obscuridad.

Mariana prorrumpió en un terrible grito de desesperación. Sentíase perdida, a merced de aquel hombre a quien adoraba, pero cuyos instintos brutales dominaban en aquel momento a todo lo que ella podía haberle enseñado de generoso y noble.

La tenía abrazada, no atreviéndose a mirarla a la cara, poseído, de una parte, por su amor, y retenido, por otra, por la fe jurada a Gaid.

Era aquel un drama sin nombre. Llorando, suplicando, Mariana se esforzaba por desprenderse de los brazos del salvaje. Le clavaba las uñas, multiplicaba los ruegos y los insultos, sin conseguir triunfar.

—¡Yan, Yan—gemía—lo que está haciendo es infame! ¡Es un miserable!

—¡Ah! ¡Tanto peor!—exclamó el joven.—¡Yo no tengo nombre, familia ni amigos! ¡Están buscándome para matarme! ¡Pero te quiero y has de amarme tú también!

Mariana estaba a punto de desfallecer.

De repente una mano empujó a Yan hacia atrás y una voz, muy conocida por él, le dirigió estas palabras:

—Juan de Kerdaz, ¿serás capaz de cometer acción tan vil?

Yan había soltado a la joven. De un salto se precipitó ésta sobre su inesperado protector, mientras que el

marino, pálido de sorpresa y de confusión, temblando como un niño sorprendido en una falta, no se atrevía a mirarla.

El que había arrancado a Mariana de los brazos de Yan era Ar Zod, o mejor dicho, el señor du Gast.

El pobre loco, vuelto a la razón, había vivido en aquel sitio los cuatro días que duró su ausencia. El supremo combate entre la luz y las tinieblas, ¿habría aterrado a aquella imaginación enferma? ¿Se habría refugiado allí para recobrar lentamente la posesión sobre sí mismo y poner en orden sus ideas durante tanto tiempo desordenadas?

En aquel momento, con la frente ceñida por la doble corona de la edad y de la desgracia, el anciano tenía una majestad soberana. Cruzó los brazos, y mirando a Yan fijamente, dijo con voz conmovida:

—¡Desgraciado! ¿Sabes qué horrible crimen íbas a cometer? ¡Dios me ha colocado en tu camino; Dios que ha querido devolverme a mi hija! Porque esta niña es mi hija; ¡óyeme bien, Juan de Kerdaz! antes de ser como tú, la hija del naufragio.

Había cogido a Mariana por un brazo y se dirigió con ella hacia la entrada de la gruta. Iluminados por la luz que penetraba del exterior, se destacaban los tres como otras tantas fantásticas apariciones.

—¡Adiós!—dijo el anciano extendiendo una mano hacia el salteador del mar.

Entonces éste dió un paso hacia adelante, extendiendo los brazos como para detenerlos.

Pero en seguida los bajó con desahucio. Su cuerpo de atleta se dobló como si sobre él gravitara un peso enorme; sus piernas se doblaron, y entre sollozos, Yan profirió este grito:

—Perdón.

## SEGUNDA PARTE

### I

#### Al Raz

Han pasado varios días. Para encontrar ahora a Ar Zod será preciso ir a Vannes. El señor du Gast reapareció a tiempo para interrumpir la concesión definitiva de sus bienes a sus herederos presuntos. Le bastó probar su identidad para ser reintegrado en toda su fortuna. Todo el mundo comentaba en aquellas costas la historia inverosímil de aquel armador que salió de la India veintitrés años antes para volver a Lorient, su patria, llevando consigo una niña de pecho, única probabilidad de dicha y de amor que le había dado la vida, y a quien una espantosa catástrofe separó durante veintitrés años de aquella niña tan amada.

El señor du Gast fijó su residencia en Vannes para no volver a ver de pronto los lugares de su nacimiento y de su feliz infancia. El mar que tenía ante la vista era siempre el mismo: el que arrojó su barco contra los agudos picachos de la playa de los Náufragos, pero que no llevó su ferocidad hasta el punto de destruir todas sus esperanzas.

Naturalmente, Mariana, o mejor, Berta du Gast, estaba a su lado. El anciano encontró a su hija tal y como podía desearla: tan joven como hermosa. La rodeaba de cuidados, de respeto y de cariño; ella, por su parte, le prodigaba su ternura con ese lujo de detalles que sólo las mujeres poseen. Para acostumbrarla mejor a

su nueva vida, el señor du Gast no quiso romper abiertamente con lo pasado, y se llevó consigo a la buena mujer que, sobre el destruido puente del buque náufrago, se convirtió en la madre de su hija abandonada. Tina Kadoc'h estaba también en Vannes, en la suntuosa casa que habitaba el que en otro tiempo fué Ar Zod. ¡Ah, los diamantes del collar de Berta habían producido el céntuplo de su valor! A ellos debe la pobre vieja el bienestar inesperado de su vejez.

El señor du Gast llevó todavía más lejos su agradecimiento. A expensas suyas, los cadáveres de Kadoc'h y de sus hijos fueron exhumados del cementerio de Plogoff y transportados al de Vannes.

Un sencillo y severo monumento da noticia a los visitantes de lo que fué aquella familia de pescadores y labradores bretones que supieron continuar siendo probos aún en medio del desencadenamiento de las codicias y de los apetitos del Cabo. Todos los días, Tina, después de oír misa, iba a arrodillarse ante el sepulcro y mezclaba sus lágrimas con sus oraciones pidiendo el eterno descanso de los muertos.

En medio de aquella opulencia, Mariana encontró el marco apropiado para su maravillosa belleza, justificando plenamente el dictado de "señorita" que, en su respetuoso entusiasmo, le daban los mozos y las muchachas de Lescoff. Cierto es que no correteaba por las rocas, como otras veces, bajo la salvaguardia de la universal veneración.

Tenía demasiado presente todavía en su alma el recuerdo de la terrible escena en que Yan se mostró ante ella bajo el aspecto de un salvajismo repugnante. Sin embargo, si recordaba temblando aquella lucha odiosa, no conservaba respecto al joven más que una profunda compasión, designando con este nombre un sentimiento más hondo y más tierno. Berta du Gast no podía engañarse: amaba a aquel pobre muchacho, víctima, como ella, de una fatalidad cruel, y en el cual creía descubrir las huellas de un origen parecido al suyo.

A la sazón, Mariana había alcanzado todas las perfecciones a que la belleza femenina puede aspirar. Sus cabellos eran más brillantes que antes; el color de su cara, más blanco cada día, hacía resaltar con mayor fuerza el brillo de sus rojos labios y la profundidad de sus grandes ojos, llenos de melancolía.

Llevaba con elegancia y gracia los vestidos señoriles que formaban un cuadro armonioso con la distinción nativa y los encantos de su persona.

Pero, por un sentimiento de piadosa delicadeza, la hija del naufragio sólo usaba vestidos de luto. Vestida completamente de negro, Mariana parecía el ángel de las esperanzas ultraterrenas. Era tal y como podría soñarla un alma enamorada de la hermosura de lo Alto, una imaginación amante de esas visiones, que la vista humana no ha conseguido encerrar en una forma definitiva y que la palabra es incapaz de describir. Porque si Berta du Gast encontró su nombre y con él a su padre, Mariana no había desaparecido. Por el contrario, parecía que el cambio de posición sólo había contribuido a acrecentar los dones maravillosos que Dios le había concedido en lo físico y en lo moral.

La soñadora joven del Cabo, educada en la tranquilidad del claustro, había conservado de esta educación la costumbre de las meditaciones contemplativas que tanto la agradaban en otro tiempo. Tina la acompañaba en sus paseos matinales a orilla del océano. La joven no le había contado nada de la terrible sorpresa de la Gruta del Tuerto; pero con una solicitud llena de tacto, la buena mujer penetró poco a poco en el misterio del corazón de Mariana, adivinando lo que pasaba en aquella alma virginal, los combates que la pasión inconfesada sostenía con los inquietos pudores, comprendiendo que la joven ha-

bía sufrido la influencia del sentimiento que en algunas naturalezas no es más que un estado transitorio del corazón, y que, para otras se convierte en la vocación eterna del dolor. Sabía que su hija adoptiva amaba, y aunque ignoraba el nombre del ser amado, lo presentaba.

Para la joven, la imagen de Yan se presentaba siempre con los caracteres de generosidad y de brutalidad de su salvaje complexión. Le veía humilde y sumiso, sin atreverse a hablar, con la voz sollozante y los ojos henchidos de lágrimas, le veía también tal y como se le aparecía en una hora de extravío, en el delirio de su pasión sobreexcitada por la desesperación.

Mariana no sabía decir lo que más la arrastra hacia él: si la conmiseración tierna o su instintivo horror. Todo su ser se sublevaba al recordar la agresión sin nombre de que estuvo a punto de ser víctima, y al mismo tiempo su corazón protestaba contra la condenación que su juicio le dictaba. Inocente, quisiera encontrar a Yan inocente también, y se esforzaba por hallar circunstancias que atenuasen lo odioso de su conducta. Berta no podía recordar sin enternecerse la actitud suplicante, desesperada, del saltador del mar en el instante en que, vencido por el remordimiento, anonadado por la vergüenza que inspiraba su atentado, cayó de rodillas gritando:

—¡Perdón!

La piedad y el amor, combinados, elevaban a Berta du Gast a las más altas cimas del sacrificio. Daría gustosa la vida por rescatar a aquel ser desesperado, por asegurarle la parte de felicidad que en este mundo alcanzan todos los hombres. Querría también restituir al joven la categoría social a que, sin duda alguna tenía derecho, y para ello no dejaba de dar prisa a su padre, recordándole que si Yan era culpable, lo era solamente a consecuencia de la deformación de sus inclinaciones naturales y de su educación falseada.

El señor du Gast, por su parte, no se daba punto de reposo. Multiplicaba sus investigaciones para encontrar rastros de la familia de Kerdaz, a la cual Yan pertenecía. De esto el señor du Gast no tenía la menor duda. Sus recuerdos eran muy precisos. Todavía le parecía ver el puente del vapor inglés; todavía recordaba a la pálida y hermosa mujer que allá lejos, en

Oriente, deseando volver a Francia para unirse con su marido, fué a pedirle pasaje en su buque.

Todos los detalles de la travesía estaban presentes en su memoria, y ante su vista cruzaba el cuadro desolador de una madre joven y hermosa apretando a su hijo contra su corazón. Sí, el señor du Gast estaba dispuesto a secundar los esfuerzos y los votos de su hija. Aunque las huellas de los malos días de aquellos veintitrés años iban borrándose poco a poco el señor du Gast se sentía Ar Zod cuando evocaba la imagen de Yan. El también quería al joven marino; él también deseaba contribuir a reparar las injusticias de la suerte con aquel otro desheredado. Quería a Yan como a un hijo. Entre las víctimas de la catástrofe del Raz había como un lazo misterioso y Dios, que los había desunido, después de haberlos juntado, reservaba, sin duda, la hora de que volvieran a reunirse; tan poderosos y profundos son los sentimientos que acercaban a los unos y a los otros.

Tal era la vida que llevaba en Vanes el señor du Gast y su hija Berta. Ar Zod y Mariana se esforzaban, el primero por olvidar las horas sombrías de su existencia; la segunda por hacer revivir las alegrías que iluminaron su radiante juventud, y a su lado, Tina Kadoch, recompensada por sus propias virtudes y por los méritos de los suyos, pasaba las horas entre el recuerdo de los muertos a quienes lloraba, y las oraciones por los vivos, a quienes quería.

## II

Entre tanto Yan arrastraba penosamente en Lescoff su miserable existencia.

Todo había muerto para él: la esperanza y la felicidad, lo pasado y lo porvenir.

La claridad repentina arrojada en las sombras de su vida por la revelación de Ar Zod se había extinguido al nacer. Suponiendo que el señor du Gast le hubiera dado su verdadero nombre y que conociera su filiación y su origen, el recuerdo del atentado de que fué víctima su hija había debido borrar en él todo rastro de estima o de conmiseración. El padre ultrajado no conservaría, seguramente, en su corazón más que un sentimiento de

venganza contra el agresor o, por lo menos, un profundo desprecio.

Sin embargo, Yan estaba arrepentido; se horrorizaba de su falta. Desde que él también recobró la razón, obscurcida momentáneamente por el dolor, un remordimiento terrible laceraba su alma. Mariana se le aparecía más hermosa que nunca, pero con una aureola de pureza que alejaba todo deseo culpable. Yan la amaba, o más bien la adoraba, no viendo en ella más que el ser púdico y casto a quien había ultrajado. Permanecía horas enteras extraviado por la costa, con la mirada fija en un punto indefinido, la frente contraída, presa de una turbación nerviosa que parecía debilitar su vigor hercúleo.

Muchas veces, la idea del suicidio, de la muerte libertadora, había cruzado por su alma.

¡Ay! ;Yan se acobardaba! Mariana le poseía literalmente, le dominaba, le obsesionaba. Quería volver a verla y obtener su perdón; después, morir... ¿Quién sabe? Pero Yan quería verla de nuevo, arrastrarse a sus pies, enseñarle su frente arrugada, sus mejillas demacradas, sus hombros agobiados por el peso de la desesperación que le mataba; quería probar que, si fué culpable, había expiado su delito; que las lágrimas habían borrado en él la marca de su crimen y que, mientras esperaba el perdón de la virgen ultrajada, se había condenado voluntariamente.

Ningún suplicio le parecería demasiado cruel. ¿Acaso no sufría mil muertes ante una idea que le quemaba como un hierro enrojecido, el desprecio de Mariana?

La tierra le atormentaba. Encontraba en ella los sitios que fueron testigos de su profanación; el eco de las rocas le repetía el grito de agonía de la joven; los huecos de la piedra le hacían oír sus lamentos desesperados, sus súplicas impotentes; y como un eco más lejano, Yan creía oír las palabras de Ar Zod:

—Juan de Kerdaz, ¿serás capaz de acción tan villana?

¿Es decir, que se llamaba Juan de Kerdaz? Aunque ignoraba el valor de la autenticidad de aquel nombre que vibraba en su oído, creía reconocer en él algo como la fórmula de un deber, como una llamada a los más altos destinos. Entonces, rechazado por las rocas que le presentaban como testigos implacables de su decadencia moral, se lanzaba al mar. Las

olas del Raz jugaban como querían con su barca.

Algunos marinos se lo encontraban frecuentemente tendido en los bancos de su lancha, con la barbilla sobre los codos, sufriendo, sin cuidarse de ello, el asalto de las olas. El salteador del mar se había convertido en una ruina humana: las rocas de Gorké-Greiz y de la Gruta de Dahut le habían visto rodar inconsciente sobre su agudas aristas.

¡Qué le importaban los vientos ni el mar! ¡Qué le importaba la muerte! "El Raz me trajo, tenía costumbre de decir, y el Raz me llama". Y el Raz tenía para su hijo complacencias de madre mimosa: le mecía en su dolor, como le mecía en su alegría, si alguna vez hubo alegría en la cuna de Yan Ab Vcr.

Yan vagaba por la inmensidad azul de este a oeste, de norte a sur. Las olas irisadas adquirían sombras ante su triste mirada, y sus lágrimas se mezclaban con la blanca espuma. La isla de Sein, con sus rocas redondeadas, le servía de refugio muy frecuentemente; por la noche, el pobre poeta desconocido se oprimía convulsivamente con sus manos el pecho al ver cómo la luna extinguía y encendía alternativamente sus miradas de fuego.

Cuando iba a su casa, sus hermanos y su padre le contemplaban con ese respeto que inspira a los seres inferiores la presencia de los privilegiados; Arc'han, el viejo Arc'han que le había salvado, a precio de un crimen, y para el cual no había tenido el joven ni una palabra de agradecimiento, fijaba en él sus ojos húmedos y turbados.

En las calles los jóvenes y las muchachas movían tristemente la cabeza al verle. Ar Zod le había comunicado su mal, y esto es muy triste porque si la locura se explica en un viejo es desoladora y lamentable en un joven. No había nadie en Lescoff, en Kerleek, en Cleden y en Plogoff que no pensara lo mismo.

Había, además, otro pobre ser inocente cuyo corazón era una llaga: Gaid. Yan ni siquiera la miraba, hufa de ella, se ocultaba en cuanto la veía acercarse.

Inútilmente trataba la joven de reconquistarle.

Yan estaba sordo y mudo con ella. No usaba ya con ella su habitual brusquedad que era anuncio de reconciliación llena de ternura. Yan

había aprendido a dominar las violencias de su naturaleza y los movimientos de su corazón. A la sazón rechazaba con frialdad glacial los cariños de la pescadra y decía: "¡No!" a todo cuanto ella le proponía.

En otras ocasiones, Gaid le acompañaba en sus salidas de pesca, igualmente que en sus paseos aventureros y sin objeto. Actualmente Yan iba solo, entregado a sus sombríos pensamientos, y Gaid veía venir el otoño la época deseada de su enlace, y presentía que una vaga amenaza estaba suspensa sobre aquella felicidad tan próxima; tenía el presentimiento de una catástrofe inminente y, en sus ingenuas oraciones, ofrecía a Dios la vida a cambio de aquel amor que su novio le negaba.

De los gendarmes no hay que preocuparse por ahora. Se sabía, no obstante, que la nueva brigada iba a instalarse en Plogoff. El ex-sargento Jarnithim había pedido como un honor formar parte de ella, animado por sus deseos de venganza.

Mientras llegaba el momento de que los gendarmes tomaran nuevamente posesión de Plogoff, Yan vagaba libremente por la playa y por el mar, y sus conocimientos acerca de la justicia humana le inspiraban más temor que respeto.

Por instinto presentía una equidad superior que compensa y nivela, dando la parte que les corresponden a las responsabilidades y a las inconsciencias. Los hombres le perseguían por haber matado a un hombre, y Dios le martirizaba por un amor que él no había buscado ni querido y que le parecía algo como una marca de la fatalidad. Presa de estas ideas dolorosas, el joven sentía como engrandecer su alma y sublimizarse su razón; pero al mismo tiempo aumentaba en su interior el sentimiento de su decadencia moral, de la abyección a que le habían reducido sus debilidades y de los crímenes en que había sido actor. Ganas le darían de amenazar al cielo con el puño si el recuerdo de su reciente falta con la mujer a quien amaba no viniese a recordarle que su deber era expiar el delito. Y al mismo tiempo se sentía humillado, experimentaba desfallecimientos que le hacían ruborizarse, y echaba de menos frecuentemente la altanera arrogancia con que antiguamente tomaba parte en las orgías de sus hermanos de la costa.

Algunas veces, la borrachera le

prestaba una calma pasajera. Olvidaba en ella su remordimiento y sus cuidados con la temporal desaparición de su conciencia; pero no borraba por completo el sentimiento de su responsabilidad personal.

Yan sentía las olas negras de la tristeza agitarse en el fondo de sus pesadillas.

Hasta entonces no había sido más que un niño.

Bruscamente acababa de llegar a la mayor edad de razón. La necesidad que experimentaba, la aspiración que sentía eran la necesidad y la aspiración de rehabilitarse; quería ser "hombre" en lo sucesivo, desgarrar las tinieblas que habían envuelto durante veinticinco años su corazón y su alma, poder mirar cara a cara al sol. Y Yan, cuando trataba de dar un nombre a este sol, cuando quería definirle con una imagen apropiada, sólo podía darle un nombre, sólo podía definirle con una imagen: el amor, el amor de Mariana.

### III

Estas eran las preocupaciones del marino, estos sus cuidados y sus angustias. Guardaba dentro de sí, a pesar de todo, la inexplicable esperanza de mañana. ¿Era verdaderamente posible, que estuviese desheredado para siempre de los goces del mundo y, a falta de estos goces, de sus más humildes consuelos? ¿No podía creerlo! El párroco Fardel, completando en este punto las rudimentarias nociones que le había dado la mujer de Arc'han, ¿no le había enseñado que Dios pone a prueba las fuerzas y la voluntad del hombre, que nadie es rechazado por su clemencia y que siempre premia el arrepentimiento con el perdón? Con el alma pletórica de estas nociones revividas a consecuencia de su martirio. Yan pensaba que éste era demasiado largo para no merecer de Dios, sino una recompensa, al menos el perdón. Este perdón sólo podía tener una forma. Al Ser invisible y soberano que acoge todas las buenas voluntades, que sólo exige al hombre su consentimiento para salvarle, ¿podía manifestarse ante él de otra manera que bajo la imagen de la más noble de sus criaturas, de aquella mujer a quien había injuriado y hacia la cual se dirigían sus respetos y sus desesperaciones? Mariana

era para Yan como la encarnación de la Divinidad, y cuando se arrodillaba para rezar ante la imagen de una Virgen, sorprendíase al descubrir en aquellas figuras veneradas cierto parecido con Mariana.

Por esto sufrió una emoción formidable al entrar una mañana en la cabaña de Arc'han y sorprender esta conversación:

Arc'han decía a Mik:

—Pero, ¿estás seguro de que ha vuelto?

—Segurísimo—respondió el muchacho.—Ha venido con su padre. Ahora son ricos y como no había casa a propósito para ellos, han alquilado a Kerzalé su habitación de arriba.

—¿Y siendo ricos tienen bastante con una sola pieza?

—Parece que sí. El alcalde está contento y orgulloso de sus huéspedes. A la gente la molesta no poder tutear a Ar Zod. Afeitado como está ahora no se le reconoce. Parece un verdadero señor. A mí me reconoció en seguida. Me dió la mano diciéndome: ¡Buenos días, Mik!

—¿Y no te ha dicho nada de mí?

—preguntó el viejo con voz alterada.

—Nó, padre; absolutamente nada.

Hubo una pausa. Yan prestó más atención.

—Ya veis, hijos míos—prosiguió Arc'han—todas estas cosas me molestan. En cuanto a la hija adoptiva de Tina Kadoch nada he de decir. Pero el padre... Ar Zod tiene un montón de recuerdos que no son de mi gusto. Ahora que Dios le ha devuelto la razón, si encuentra a Yan incapaz de llevarsele consigo.

La casa quedó en silencio. Yan que ya había puesto la mano en el picaporte, se alejó sin hacer ruido.

Estaba seguro de que Mariana había vuelto. Sabía dónde se alojaba; en casa de Kerzalé el rico, que encontraba un medio para ganar algunos sueldos más alquilando al padre y a la hija la alcoba y el gabinete del primer piso de su casa. Mariana estaba en Lescoff, y Yan sintió repentinos deseos de verla, de embriagarse con sus miradas y como las piernass se le doblasen se dejó caer de rodillas en el mismo umbral de la casa y pidió a Dios con toda su alma que le permitiese, aunque no fuera más que contemplar el rostro de su buen ángel ultrajado.

Subió, palpitante, el camino de Plogoff. Cuando vio brillar las ventanas de la casa de Kerzalé, creyó des-

fallecer. Nunca había experimentado una emoción parecida.

Se aproximó lentamente, muy lentamente, paso a paso, sintiendo vértigos que le hacían titubear, deteniéndose a menudo para tomar aliento. Los cristales, iluminados interiormente, le fascinaban. No se daba cuenta de si caminaba por tierra; experimentaba la fiebre y las angustias de la esperanza y del temor. Entre las sombras de la noche, el recuerdo de su falta, el sentimiento de su degradación le perseguían. Quería verla; hubiera dado su sangre gota a gota por pasar su vida allí, pegado a un árbol del camino, con los ojos fijos en aquellos huecos iluminados, buscando su sombra a través del marco de las ventanas, pensando que tal vez, atraída por los encantos de la noche, Mariana querría bañar su frente en las frescas caricias de las brisas marinas. Y, sin embargo, temblaba ante la idea de ser sorprendido en su contemplación; no se atrevía a aventurar la hipótesis de que la joven le viese entre las sombras y le manifestara su desprecio. ¿Cómo podría él soportar su presencia?

Aquella noche no atreviéndose a preguntar más, no atreviéndose a hacer más investigaciones, esperó inmóvil a que se extinguieran las luces. Como por aquel sitio pasaba todavía bastante gente, Yan, que no quería ser visto, retrocedió hasta una zanja y para no denotar su presencia con un gesto, con un movimiento, con una respiración demasiado fuerte, bajó a la zanja y se acostó sobre el talud teniendo los codos sobre el camino y la cabeza entre las manos. Cualquiera que le hubiese visto en aquella extraña postura, habría tenido miedo al darse cuenta de la fijeza de su mirada, reveladora de una locura latente.

Yan permaneció en aquella postura mucho tiempo, mientras las campanas de los alrededores desgranaban quejosamente, una después de otra, las sombrías horas de la noche. Sin embargo, cuando las sombras se hicieron opacas, cuando el silencio envolvió a la casa de Kerzálé, le acometió el cansancio de la espera, inútil y larga y una desesperación sin límites le atormentó el corazón. Quiso abandonar aquella contemplación terrible. Las paredes, recientemente blanqueadas le atrajeron. Un ronco sollozo oprimió su garganta, y como si dijera adiós para siempre a la casa volvió

hacia ella, extendió las manos hasta tocar las paredes, y para confiarles sus secretos con intención de que se los transmitieran a la virgen por él insultada, apoyó los labios en la puerta de la casa. Entonces el marinero, sin igual, el hombre fuerte, el saltador del mar, dejó a su alma expansionarse en un largo gemido, bañando con sus lágrimas aquella puerta grosera que, poco tiempo antes había retemblado ante las ruidosas carcajadas de las habitantes del Cabo al ver a los dos gendarmes borrachos.

Cuando se alejó de la casa de Kerzálé, la luna brillaba en el horizonte. El astro de la noche vertía reflejos de plata sobre el negro oleaje del Raz y de la bahía de los Muertos. Yan oyó de nuevo las llamadas del golfo; por segunda vez experimentó la atracción del vértigo. Pero, conforme iba subiendo, la luna presentábase más clara y más radiante.

La luz envolvía al paisaje en una sensación de grandiosa poesía. El alma del joven se dilató.

Experimentó una paz extraña.—“¡Antes debo obtener su perdón!”—repetía.—Y diferió su muerte hasta después de conseguirlo.

El sueño había huido de sus ojos. Dejándose caer de roca en roca bajó la rampa. Ya abajo, la espuma mojó sus pies desnudos. Siguió por la costa hasta llegar a su barca, y metiéndose en ella empezó a remar. El reflujo le empujaba dulcemente. A la claridad de la luz lunar, Yan vio resplandecer sucesivamente la antigua choza de Ar Zed y el antro donde vivía Keinek.

Durante toda la noche vagó de esta forma, con la mirada en el cielo no preocupándose de las barcas que se cruzaban con la suya, ni contestando a los saludos que desde ellas le dirigían. Su paseo duró hasta el amanecer, y se estremeció de angustia cuando la primera claridad del día anunció la invasión de la luz. Soñaba todavía cuando las nubecillas del horizonte se tiñeron de ocre, y luego de púrpura, y cuando las ondas se iluminaron con claridades diamantinas bajo los resplandores de Venus. Una plegaria ardiente brotó de sus labios, y con un consuelo inefable vio la llegada del día que le presagiaba alegrías desconocidas. Una voz cantaba en su corazón el nombre de Mariana. En el momento de saltar a tierra vio a Gaid.

La pescadora estaba muy pálida. Los dolores mudos que torturaban el fondo de su alma, habían acabado por borrar las rosas que animaban su cara. Bajo la brillante corona de sus cabellos, sus mejillas habían enflaquecido. Seguía siendo la hermosa muchacha, cuya belleza era ponderada desde Douarnenez a Audierne; pero con la pena, sus facciones habían adquirido un carácter de nobleza y de altivez su habitual expresión de indiferencia juvenil.

Lo que se revelaba en ella actualmente era la mujer, en la más alta acepción de la palabra. Yan se había apoderado de su corazón, y ella quería el corazón de su novio. Ignoraba Gaid el atentado de la Gruta del Tuerto; pero el recuerdo de su propio crimen y de las angustias sufridas por Mariana en la Gruta de Dahut bastaba para tenerla en guardia contra faltas de la misma clase.

Adelantó hacia Yan sonriendo. Al verla el joven no pudo reprimir un estremecimiento. Encontraba a Gaid, mientras soñaba con "la otra". Pero el sufrimiento había trazado surcos tan hondos en su alma, que en ellos había germinado una profunda compasión por las desgracias ajenas. Si Gaid había adelgazado y palidecido él, por su parte, llevaba en la frente la huella de los sufrimientos que torturaban su corazón. La acogió, pues con amable condescendencia. Gaid no pudo decir nada. Apenas si consiguió pronunciar entre sollozos y sin preámbulo alguno las siguientes palabras:

—¡Yan, tú no me amas!

En seguida, apoderándose de una mano del joven, la cubrió de besos febriles:

Yan respondió con gran esfuerzo:

—¿Por qué dices eso, Gaid?

—¿Por qué digo eso?—respondió la joven.—¿Porque es la verdad! ¿Crees tú que no tengo ojos para ver ofdos para oír y corazón para adivinar? ¿Crees que no sé que si sales al mar de noche y de día es para evitar mi presencia, para poder pensar más a gusto en la otra? ¡Ah! ¡Si yo no hubiera sido infame con esa mujer, si ella no me hubiera perdonado creo que la detestaría con toda mi alma, que no podría soportar su presencia! Pero me ha perdonado: ella es mejor que yo, y quisiera sacrificar me para que la amases, a ella sola ¡Pero no puedo, Yan, no puedo!

Las últimas palabras se extingui-

ron en sollozos. La joven, de rodillas junto a Yan, bañaba con sus lágrimas la mano del marino. Su magnífica cabellera de oro se desbordaba sobre sus hombros cubriéndola hasta el tallo.

Gaid tenía esa gracia conmovedora del sufrimiento. El corazón de Yan se ablandaba con aquellas lágrimas y aquellos besos ardientes. Incapaz de proporcionarle la felicidad, hubiese querido, por lo menos, consolarla. Y como si el sufrimiento de Gaid le hubiese dado una fuerza nueva la levantó y la atrajo sobre su pecho. Luego obligándola a clavar en él sus ojos enrojecidos por el llanto, le dijo:

—¡Mírame!

Gaid miró.

Entonces pudo verle tal como la angustia le había puesto desde hacía algunos meses; las mejillas enflaquecidas, los ojos profundamente hundidos, y cuyo intenso brillo parecía relucir detrás de la triste cortina de la desesperación que los ensombrecía. Gaid tuvo miedo.

—¡Oh, Yan mío!—murmuró.—

¡Soy una miserable por quejarme! ¡Tú también eres desgraciado, y si te causo alguna pena, no me la reprochas!

Yan sonrió tristemente.

—Escucha—suspiró con la ingenua elocuencia de su corazón: somos muy desgraciados, Gaid. Yo estoy engañado. Mi padre tiene algo de culpa. Te quiero como a una hermana; pero de otra manera... Yo querría que pudieses amar a otro. Cuando me peleé con Lan, estaba equivocado. Lan es un buen muchacho que te haría feliz. Pero, puesto que tú no le amas y sólo me quieres a mí, es inútil que hablemos de eso. En cuanto a mí, lo has adivinado: quiero a la otra. ¡Sé que nunca será mía! ¡Es una señorita! Nada hay de común entre los dos. Puedes, por lo tanto, estar tranquila. Tú y solamente tú serás mi mujer.

La pescadora no pudo contener una exclamación de alegría.

—¿De veras, Yan? ¿Me lo juras?

¡Bah, te aseguro que seré buena; haré todo cuanto quieras! ¡Te dejaré pasear por el mar, y, si me lo permites, te acompañaré algunas veces, como antes, ya recordaras, cuando fuimos juntos a Gorle-Greiz, a San Co-rentino! ¿Te acuerdas? Y te haré olvidar a la otra, a la "señorita". Porque todo no consiste en ser guapa en tener aires de señora; también es necesario saber cuidar a su marido;

es preciso que encuentre dispuesta la comida cuando llegue a casa, y nosotros, pobres pescadores, tenemos más días de pena que de alegrías.

Gaid se apretaba contra él. Una sonrisa brillaba en sus ojos, a través de las lágrimas que temblaban sobre sus largas pestañas.

—Y, además—prosiguió diciendo—yo te conozco, Yan. Tú no eres de nuestra raza, te rebelas contra nuestras costumbres, repugnas asaltar los barcos naufragos. Todo eso lo sé. Pues bien: saldremos del Cabo, si quieres; nos alejaremos del Raz y de Lescoff, iremos a vivir al otro lado de las Puntas, en Audierne o en Douarnenez. Ya sabes que soy hija única y que mi padre tiene algunas cosillas. Si lo necesitáramos, el señor Kerzalé nos haría un préstamo. Entonces tú comprarías una barca, serías el patrón y saldríamos a la pesca de la sardina. ¡Oh, qué felices seríamos! ¡Qué felices, Yan!

A medida que exponía sus ilusiones sus ambiciones ingenuas, la mirada del joven se hacía más sombría. No se había engañado. El grito de su corazón era verídico. Gaid no poseía nada de él. Su ideal no se detenía en aquellos modestos proyectos para lo porvenir.

El abismo que existía en su alma no podía llenarse de aquella manera.

Lo que él necesitaba era el amor sin límites, el amor que creía haber entrevisto en los grandes ojos de Mariana. ¡Amar! Yan no hubiera sabido definir la palabra, pero sabía sentirla. Amor era, según él, gastar lo mejor de su ser en el ensueño de la vida de dos, sin pensar en el mañana con la mirada puesta en lo infinito. La noción de lo infinito se la debía a aquel mar, testigo de sus duelos y de sus esperanzas. Pero al mismo tiempo le debía la noción de la desesperación. Sabía que todo aquello no era más que un sueño y que la realidad crudsísima rompía uno tras otro, todos los encantos. Dulcemente, sin decir una palabra, se levantó y echó a andar con una mano de Gaid entre la suya. A lo largo del camino que recorrieron juntos, Yan tuvo el atroz consuelo de pensar que ella no sufría en aquel momento, y que, confiada en sus palabras, Gaid sentía renacer sus esperanzas.

En su abnegación sublime, el joven pensó que en aquel instante sólo había un condenado y que aquel conde-

nado era él. Al llegar al pueblo se separaron.

—¿No vas a casa de tu padre?—preguntó Gaid.

—Dentro de un rato—repuso Yan que sentía necesidad de estar solo algunos instantes.

Y volviendo sobre sus pasos, subió por las rocas en dirección a la Gruta del Tuerto. En el momento en que llegaba a la cornisa donde todavía se conservaba la cabaña de Ar Zod, perfilóse delante de él una forma elegante y esbelta, cuya presencia le hizo temblar.

Era ella; la adivinaba por los movimientos de su corazón.

Mariana avanzó, con la vista fija en el mar, no sospechando, seguramente, la presencia de Yan en aquel lugar. Bruscamente se encontró frente a él.

La joven retrocedió asustada. Yan, uniendo las manos, se dejó caer de rodillas ante ella.

—¡Mariana!—exclamó sollozante

—¡Mariana!—exclamó Yan sollozante.—¡No huya usted! ¡No sabe lo que quiero decirle! ¡Sólo quiero pedirle perdón, perdón nada más!

Mariana sefuga retrocediendo. Yan se arrastró por las piedras, con el rostro inundado de lágrimas.

—¿No me cree usted? ¡Le juro que es verdad, Mariana! ¡Sólo quiero su perdón, y después morir! ¡Se lo juro también! ¡Pero le suplico que me perdone!

La joven se detuvo palpitante comprimiendo con la mano los movimientos de su corazón. Pero no pronunció ni una sílaba. Entonces Yan se puso de pie.

—¡Ah! ¡Usted no quiere, usted no puede creerme! ¿Quiere una prueba? Pues bien: moriré ahora mismo aquí en su presencia.

Señalaba con el índice la roca perpendicular.

—¡Adiós!—exclamó entre sollozos.

En aquel instante dos brazos se enlazaron a su cuello. Sintió que tiraban de él hacia atrás con una fuerza que nunca hubiera sospechado en la joven, y la voz temblorosa de Mariana articuló con una inefable dulzura estas palabras:

—¡Yan, no quiero que mueras!

#### IV

Todavía no estaban instalados los gendarmes en Plogoff. La brigada de

Pont-Croix prestaba servicio provisionalmente en toda la costa, hasta la Punta del Harnero. Una mañana la gente al ver a dos de ellos en Lescoff empezó a decir que los gendarmes iban a fijar en Plogoff su residencia momentáneamente, que iban huyendo de Audierne, donde acababa de declararse el cólera.

A esta primera alarma vino muy pronto a unirse otra. El cólera había hecho, realmente, su aparición en el litoral. En Brest y en Douarnenez ocurrieron círculos concéntricos, el azote parecía aproximarse a Plogoff como al foco de la infección.

El miedo empezó a apoderarse de todos.

A continuación de los terribles acontecimientos de la Gruta del Tuer-to, la fortaleza moral de Arc'han habíase debilitado grandemente. El antiguo salteador del mar no se movía nunca de la piedra colocada a guisa de banco en el umbral de su casa y sus vecinos, cuando trataban de sacarle de su postración, sólo conseguían arrancarle un monosílabo difícilmente articulado.

—¡Vamos, amigo—le decía una mañana el cordelero Melián—menéate! Nunca te mueves de ese maldito banco. ¡Tienes cara de entierro!

Arc'han levantó la cabeza y miró con ojos extraviados a su interlocutor.

—A propósito de entierros—dijo un pensionado de marina, titular de un estanco, al cual estaba adjunto un despacho de bebidas—parece que las cosas marchan mal en Audierne. Hace un momento, mientras Budik me afeitaba, el señor Maurel, el comisario de aduanas, leía en el "Eco de Finisterre", que el cólera mata diariamente veinticinco o treinta personas.

—¿De veras?—preguntó Melián.

—El periódico dice que, en una casa donde había tres cadáveres, un empleado de pompas fúnebres cayó muerto sobre un ataúd que acababa de cerrar.

—¡Brrr! ¡Esas cosas dan escalofríos!

—¡Dios quiera que no se presente por aquí la epidemia!

—¡Bah! Audierne está muy lejos y el aire del mar nos protegerá.

—También en Audierne hay aire de mar, lo cual no impide que...

—Sí, pero no es el mismo. Aquí es el Raz. Además, según dicen, la epidemia va avanzando de este a oeste.

—Razón de más para no estar seguro. Suponga usted que los gendar-

mes de Pont-Croix, en lugar de ir a Audierne vienen a Plogoff.

—¡Bah! ¡Esas son historias!

—Espere usted. Además, ayer M. Maurel, que ha estado en Plogoff, dijo que allí ha ocurrido un caso súbito. Ya ve usted cómo se va acercando.

—¡Eres un miedoso!

—¡Ojalá me equivoque!

Mientras Melián y su vecino departían en esta forma acerca de la epidemia colérica que diezmaba, en efecto, las poblaciones del departamento de Quimper, la fisonomía de Arc'han sufría una singular alteración. Su color bronceado estaba salpicado de manchas verdosas; sus ojos apagados, hundidos, rodeados de una aureola lívida, expresaban los más atroces dolores. Se llevó una mano al pecho y murmuró:

—¡Me abraso!... ¡Tengo sed!

Su voz vibró, breve, sibilante. Sus facciones se contrajeron espontáneamente. Los dos vecinos se miraron mudos de estupor.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó el cordelero.

—¡No lo sé!—repuso Arc'han trabajosamente señalándose el vientre y la cabeza.—¡Me duele mucho aquí! y aquí! ¡No veo! ¡La cabeza me da vueltas!

El fuego de sus ojos se hacía más intenso, sus labios estaban secos y áridos, un sudor helado y abundante bañaba sus sienes, un temblor de frío recorría todo su cuerpo.

Melián y su vecino retrocedieron instintivamente algunos pasos, llenos de miedo. De pronto hizo el enfermo un violento esfuerzo; su pecho se dilató, y le sobrevino un vómito abundante.

—¡Dios mío.—exclamó.—¡Tiene el cólera!

Al oír esto su compañero salió escapado, no teniendo valor para sostener a Arc'han, que rodaba por el suelo presa de terribles contorsiones.

Antes de seguir el ejemplo de su vecino, Melián, más compasivo, advirtió en el interior de la casa a todos los que podrían acudir en auxilio del desgraciado.

—¡De prisa! ¡Pronto!—gritó.—¡Vuestro padre se muere! ¡El cólera está en Lescoff!

Y salió corriendo a su vez, divulgando la fatal noticia por el pueblo.

El cura Fardel, prevenido inmediatamente, acudió a la cabecera del moribundo. En su calidad de antiguo ca-

pellán de la armada, habíase encontrado más de una vez, en el mar de las Indias, en frente de los coléricos; conocía todos los pródromos de esta temible epidemia, y en caso de apuro y en ausencia del médico, podía aplicar los primeros remedios.

—¿Qué hay, Arc'han? ¿Nos divertimos en coger indigestiones?—dijo tratando de tranquilizar al enfermo.

Pero no había duda: Arc'han tenía ya la "facies colérica".

Los ojos, medio cerrados, estaban vueltos hacia arriba e inmóviles; la nariz se había afilado, las mejillas y las sienes estaban húmedas, la boca inmóvil y entreabierta, las manos arrugadas, frías, violáceas, y los dedos encorvados a modo de ganchos; las uñas azuleaban.

El sacerdote le tomó el pulso, notando que era casi nulo. El corazón latía regularmente, pero con una debilidad excesiva. Fardel trató de levantarle la cabeza, que cayó de nuevo sobre la almohada, y el enfermo permaneció indiferente.

El cura Fardel se volvió hacia Von y Mik, haciéndoles una seña que equivalía a decir:

"No hay esperanzas!"

Uno de los fenómenos del cólera es que los atacados conservan hasta el último suspiro la integridad de su inteligencia.

—¡Dejadme soltar amarras!—dijo a sus hijos con esa voz particular de la extraña enfermedad que sólo puede compararse a ella misma.—¡Sé donde echo el ancla y tengo que hacer algo más importante que escuchar vuestros llantos, señor Fardel!

—¿Qué deseas, pobre Arc'han?

—¡Comprendo que esto toca a su fin!

—¡Oh! ¡Valor, amigo mío, valor! ¡Eso no es nada!

—Un servidor de Dios no debe mentir, y usted, señor rector, miente, aunque es para consolarme. Estoy atacado de un mal incurable. Antes de levar anclas quisiera hacer dos cosas: disponerme a bien con Dios y devolver una herencia a Yan. ¿Cuánto tiempo me queda de vida?

—¿Cómo? ¿Quieres saberlo?

—Sí, señor; se lo suplico a usted.

—Una hora, próximamente, si la Providencia, cuyos designios son insondables, no realiza un milagro en favor tuyo.

—¡Gracias! ¡Nada de consuelos inútiles! Usted me conoce y sabe que no tengo miedo a nada. ¡Una hora! Es bastante. Señor cura, vaya usted

a buscar a Dios mientras me traen a Yan.

En Lescoff la consternación había llegado a su colmo. Al mismo tiempo que Arc'han, habían sido atacados otros dos pescadores. Una atmósfera de duelo envolvía al pueblo. Las angustias del terror se mostraban en todas las fisonomías; algo inquieto, asombrado, febril, agitaba a la gente y cada uno temblaba por sí y por los seres amados. En las calles, los unos tenían el contacto con los otros, y todos caminaban rápidamente, como si andando de prisa hubiese más probabilidades de librarse del peligro. Además, todos tenían grandes deseos de llegar a su casa. En ellas habían dejado la salud, la vida; ¿quién sabe si al entrar se encontrarían con la agonía, la muerte y la desesperación?

Los hijos de Arc'han empezaron a darle fricciones y simultáneamente le hacían beber grandes dosis de té mezclado con ron. Los vómitos y las deyecciones seguían siendo violentísimas.

—¡Yan! ¡Que venga Yan!—no cesaba de gritar el moribundo entre atroces dolores.

Pronto volvió el cura Fardel, llevando el Santo Viático. Arc'han se confesó y recibió la Extremaunción y la comunión, mientras las viejas de Lescoff, arrodilladas en la calle, recitaban las oraciones de los agonizantes, y la campana de la iglesia lanzaba al aire las lúgubres notas del toque de difuntos.

—¡Yan! ¡Que venga Yan!—repetía Arc'han cada vez más débil.

El sacerdote, requerido por otros enfermos, habíase marchado seguido de su cortejo de mujeres piadosas. Las calles estaban desiertas, las puertas cerradas herméticamente, daban al pueblo un aspecto siniestro, que hubiera conmovido el corazón del más indiferente. De pronto, el sacristán que sostenía el paraguas rojo, de bajo del cual llevaba el cura la Eucaristía, se cayó al suelo. El infeliz se retorció entre atroces convulsiones de sufrimiento y desesperación. En un abrir y cerrar de ojos, las mujeres que acompañaban al ministro del Señor huyeron, dispersadas por el espanto.

El cura Fardel permaneció solo, en medio del camino, para viaticar a su servidor. El terrible mal se propagaba con una rapidez espantosa.

Mientras tanto Arc'han, que sentía

cómo se agotaban sus fuerzas, no dejaba de repetir:

—¡Yan! ¡Quiero verle!

Y los muchachos iban y venían por la pobre habitación, corriendo a la puerta para mirar hacia el exterior.

De pronto, Gaid, sudorosa, palpitante, entró diciendo vivamente:

—¡Aquí está! ¡Yo le traigo!

Yan entraba, en efecto, pálido, con el rostro contraído. Después de lo ocurrido en la Playa del Tuerto, sólo veía muy raramente a su padre adoptivo. A sus otros motivos de tristeza se unía el horror inconfesado del medio que el viejo salteador había puesto en práctica para salvarle.

En aquellos momentos todo se borraba ante la imagen de la muerte. El joven se sentía dominado por una inmensa compasión hacia aquel hombre que iba a morir. Su razón, desde hacía mucho tiempo combatida por dudas crueles, volvía por sus fueros.

Juzgaba y se pronunciaba en favor de la indulgencia.

Después de todo, Arc'han, ¿había cometido crímenes? ¿Era este nombre el que debía darse a los actos salvajes por él realizados? La palabra crimen implica la idea de responsabilidad, y, por lo tanto, de idea de conciencia. ¿Cuál podría ser la conciencia de Arc'han? Como sus colegas de la costa había mamado en el pecho de su madre estos dos principios contradictorios: el desprecio a la muerte, tanto para él como para los demás; y el amor a aquella vida precaria y miserable que la naturaleza abrupta de su país le había otorgado y que él había debido defender por todos los motivos, aunque la arriesgase diariamente, para buscar la comida. Educado en estos principios, Yan sufrió su influencia. El orgullo y la nobleza primitivos que existían en su interior tardaron mucho en exteriorizarse.

Yan recordaba perfectamente que muchas veces había corrido al asalto sin ninguna vergüenza, como los demás. Luego, un día, antes de su encuentro con Mariana, una primera duda surgió en su alma y a aquella duda tenebrosa no tardó en suceder la luz. Yan había tenido etapas. Lo pasado le parecía más odioso, cuanto más lejano estaba.

Esto es lo que pensaba Yan camino de la casa paterna. Cuando supo lo ocurrido volvía del mar. Gaid corrió hacia él, palpitante de emoción; y como el joven, conmovido, turbado, al

ver su aspecto podía sospechar cualquier cosa distante de la verdad. Gaid le gritó desde lejos:

—¡Ven, ven en seguida, Yan!

—¿Qué pasa?

—¡Mi tío, tu padre, se está muriendo!

—¡Mi... padre... se muere!

—¡Sí, Yan! ¡Ven corriendo!

¡Quiere verte!...

—Pero, ¿qué tiene?

—¡El cólera! ¡En Lescoff hay otros dos atacados!

Yan no pudo ocultar un estremecimiento.

—¡El cólera!—pensó aterrado.

Tuvo miedo por Mariana. Hacía dos días que Yan no había ido a la Bahía de los Muertos. Pero, por referencias, estaba enterado de las malas nuevas de Audierne y de Brest.

Apresuró, pues, el paso para llegar a la choza.

Cuando entró, Arc'han agonizaba. Sin embargo, al ver a su hijo adoptivo, el moribundo hizo un gesto de alegría. En sus labios negros se inició una sonrisa y por sus pupilas cruzó un rápido relámpago.

Por un esfuerzo prodigioso de su voluntad, consiguió incorporarse y dominar los estertores agónicos. Mik estaba al pie de la cama. Arc'han le llamó.

—¡La calabaza!—dijo.

El muchacho titubeó un momento.

—¡La calabaza!—repitió el moribundo.—¡Es necesario que hable!

Mik no se atrevió a desobedecer. La presentó la calabaza, que podría contener hasta un litro de vino. Estaba vacía.

Arc'han insistió con energía.

—¡Aguardiente! ¡Llena!—dijo.

Y, a pesar de su miedo, el hijo mayor obedeció. Entonces el viejo salteador del mar, con mano temblorosa, llevó la boca del frasco a sus labios, y uno tras otro, sin sentir la menor impresión al parecer, bebió cuatro o cinco tragos del licor.

Su rostro se coloreó un instante; el mal pareció abandonar su presa.

—Gracias, hijo mío—dijo Arc'han a Mik.—Ahora déjanos solos. Tengo que hablar con tu hermano.

Mik salió. Arc'han dijo entonces:

—¡Ven acá, Yan! ¡Los minutos están contados! ¡El mal no tardará en empezar a martirizarme nuevamente!

—¡No, padre!—exclamó Yan espontáneamente corriendo hacia Arc'han con los brazos abiertos.—¡Tú vivirás!

El viejo le rechazó suavemente.

—¡Nó, hijo mío, no me abracés! En primer lugar por la enfermedad, y, además, porque antes de abrazarme me tienes que perdonar.

—¡Perdonarte!—exclamó el joven.

¡Ay! El relato de Keinek acudía a su memoria. Yan se estremeció.

—Sí, perdonarme. Tú sabes muy bien que no eres mi hijo, Yan Ab Vor. Yo fui quien te dió ese nombre. Yo te encontré una noche de tormenta, hace mucho tiempo, en el puente de un vapor inglés. Si Keinek estuviese aquí, te diría que no miento. Yo tenía nueve hijos. Tú fuiste uno más. Y, sin embargo, no sé por qué te he querido siempre más que a los otros. Quizás sea porque...

Arc'han se interrumpió. Le faltaba la voz.

—¿Por qué?—preguntó ávidamente el marino. La voz cavernosa repuso:

—Porque tenía algo tuyo... algo que no me he atrevido a darte antes y que voy a devolvarte ahora mismo.

Yan temblaba. El moribundo paseó su mano desfallecida por todas partes; al fin, retiró de debajo del almohadón de paja que le sostenía la cabeza una bolsita de cuero que abrió febrilmente:

—¡Toma!—dijo con gran esfuerzo. ¡Esto es tuyo! ¡Cógelo... de prisa! Puedes guardarlo. Te pertenece.

Y alargaba al joven tres sortijas de oro, dos de las cuales estaban cuajadas de piedras. La tercera era un anillo de boda.

Yan lo había previsto todo, todo menos aquello. Aquellos objetos queridos, venerados, los consideraba vendidos para subvenir a las necesidades de la casa. No pudo contenerse: el corazón dominó a la cabeza y Yan exclamó:

—¡Ah, sí! Las sortijas, las sortijas robadas a mi madre, a quien tú acabaste de matar.

No pudo seguir.

El moribundo acababa de incorporarse; con las piernas fuera de la cama y los pies tocando al suelo estaba espantoso con la horrible dilatación de sus ojos, completamente blancos, y la contracción de sus facciones. Extendió la mano derecha hacia el joven y quiso hablar; un estertor le sofocó. Entonces se oprimió el cuello como para arrancarle un sonido, dió un paso de autómatas por la habitación, y como Yan, aterrado, retrocedía, cayó pesadamente sobre el suelo del cuarto.

Estaba muerto.

Entonces Yan lo olvidó todo: recuerdos y resentimientos. Sólo vió delante de sí el cadáver de aquel hombre que, por un prodigioso fenómeno de psicología, había tenido probidad hasta en el crimen. Vió al viejo pescador que, por espacio de veintitrés años, le había alimentado y educado, haciendo de él un hombre y un marino, conforme había jurado sobre el cuerpo sangriento de su madre. Levantando el cadáver, volvió a colocarle en la cama; luego, abriendo la puerta, llamó a sus hermanos.

Y como parecían muertos de fatiga, como en aquellas naturalezas primitivas el supersticioso temor a la muerte dominaba a los demás sentimientos, Yan les indicó que él se encargaría de velar el cadáver.

Fué, pues, a sentarse junto a él sin preocuparse del contagio, murmurando una oración, no acordándose siquiera de las sortijas que tenía en la mano y que le recordaban su origen, entregado por completo al dolor de haber entristecido con su reproche el último suspiro de aquel marino valiente, de aquel muerto que había hecho con él las veces de padre.

Su mirada vagó por los objetos que le rodeaban y llegó a fijarse en el rostro de Arc'han, que la muerte, por uno de esos reflejos misteriosos que le son propios, revestía de una majestad inesperada. Dios había sido, indudablemente, menos severo con Arc'han que lo habían sido los hombres, y la eterna verdad había debido de aclarar aquellos ojos oscurecidos tanto tiempo por el error terrestre. Yan rezaba y lloraba. La noche, una noche de octubre, sombría y lluviosa, caía pesadamente sobre la tierra.

El grosero cirio proyectaba una llama fuliginosa en la habitación, haciendo brillar el cobre del crucifijo colocado sobre el pecho del difunto, entre sus manos rígidas. De pronto, el joven creyó oír un sollozo ahogado muy cerca de él. Volvióse rápidamente. Una joven rezaba a su lado, arrodillada sobre el suelo. Yan se puso de pie y dió un grito:

—¡Mariana!

En Lescoff reinaba el terror. La muerte instantánea de Arc'han, del sacristán Hoelgat, de los dos pescadores atacados al comienzo de la epidemia y del infeliz pensionado de marina que había dado las primeras noticias, enloquecieron a la población. Desde la Punta del Harnero a la del

Raz, el miedo era señor absoluto, pero era ese miedo a lo desconocido que desaparece en el momento en que se presenta el verdadero peligro. Los pescadores, una vez atacados, morían valientemente.

Como en todos los golpes inesperados, el período de enloquecimiento no tardó en ser seguido de un período de reacción. La gente procuraba librarse de la pesada atmósfera de miedo y se refan de ella. Acostumbrados a las furias del Raz los marinos de Lescoff habíanse visto muchas veces en presencia de esa muerte páfida, traidora, que procede por sorpresas, por asaltos inesperados. Pero como eran bretones y, por consiguiente, tan audaces como obstinados, acabaron por burlarse del monstruo invisible que se había presentado en la costa. Esta vuelta a la alegría era la señal de un mejoramiento "a priori" en el estado sanitario general. Hablábase de casos de curas extraordinarias; se repetían nombres de todos conocidos y trataba de explicarse los motivos de su inexplicable supervivencia.

—Lo notable es—decía Melián—que los primeros atacados son los de vida sedentaria, los poltrones. Ahí tiene usted al pensionado.

—¡Poltrones! ¡En su puesto quisiera haberte visto, Milián!—repuso Kerzale.—¡Poltrón el pensionado!

Si le hubieras visto a bordo del "Tonante", como yo le vi en Bala-klava, no lo dirías. Y Archán, ¿era también un poltrón?

El cordelero no supo, sin duda, qué responder, porque desvió la conversación.

—¡No importa! El cólera tiene caprichos extraños.

—A ver, ¿cómo me explica usted que al borrachín de Keinek no le ha ya atacado?

—Precisamente por ser borracho.

—¿Sí? Pues lea usted los periódicos, y verá que en Marsella y en Tolón los alcohólicos son los primeros en sucumbir a ese terrible mal.

El alcalde replicó:

—Es necesario que nos expliquemos, amigo Melián.

Hay borrachos y borrachos. En Tolón beben vino y aguardiente rebajado. Si aquí los mozos se emborrachasen con sidra, ni uno solo escaparía. En cuanto a Keinek, no le ha atacado el cólera porque bebe aguardiente puro.

Estas palabras no cayeron en el va-

cío. Un grupo de gente rodeaba a los dos discutidores, y Kerzale acababa de obtener el resultado apetecido. Los rostros más pálidos tenían como un reflejo de esperanza. ¿El beber era un remedio? ¿Por qué, pues, no probarle?

Y los cerebros paralizados por el terror, volvieron a concebir esperanzas.

—¡Hay que beber!—gritó una voz en la multitud.

Y de grupo en grupo, de casa en casa, todos repetían:

—¡Hay que beber! ¡Hay que beber!

Kerzale volvió a su casa encantado. Una idea genial había germinado en su cabeza de comerciante. Despertó a la Guernech que, poco impresionada por los rumores de la epidemia, dormía tranquilamente en una silla.

—¡Eh, tú; de pie!—gritó vivamente el alcalde.—¡Ahora no se trata de dormir!

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata? ¿Hay fuego?—preguntó asustada la sirvienta.

—Dentro de media hora, talvez.

La criada juntó las manos.

Kerzale no la dejó hablar.

—Eso no es todo, hija mía. La verdad es que el cólera está aquí, junto a nosotros.

La Guernech se encogió de hombros y dijo:

—Entonces dejadme tranquila. ¡Para eso no había necesidad de despertarme! ¡Conozco vuestro cólera!

Kerzale se echó a reír.

—Nó, Guernech; no le conoces. Figúrate que los mozos quieren beber. ¡El cólera paga! ¡Hay que darles de beber y de lo bueno!

—¿Del bueno? ¿De cuál?

—¡De todo! Primero vamos a darles el ron de la bodega. ¡Es excelente contra la enfermedad! ¡Es necesario que todos se emborrachen! Cuanto más beban, más probabilidades tienen de curarse.

Y volviendo a su idea, dijo:

—Hay que sacarlo todo, los barriles y los toneles, grandes y pequeños. ¡Vamos, date prisa a trabajar, amiga mía! ¡Yo voy a echar el anzuelo!

Diciendo esto, Kerzale empezó a pintar en un cartón el siguiente anuncio:

"El verdadero Ron de la Jamahica Remedio seguro contra el Cólera."

—¡Esta será la muestra—dijo creándose en su obra. Van a venir 2

saturarse de alcohol. ¡Así nos remediarémos todos!

Media hora después la Guernec'h había colocado sobre el grasiento mostrador de la sala un verdadero regimiento de botellas. Las había de todas clases y tamaños; el mismo Kerzalé no sabía el precio de los líquidos, cuyo origen le era desconocido.

Kerzalé se paseaba de un lado a otro de la habitación, frotándose las manos y sin poder disimular su impaciencia.

Al principio, el anuncio no produjo mucho efecto.

Ocurría esto en el mes de octubre; las tardes eran cortas y el alcalde había pronunciado sus palabras cabalísticas a las tres. Algunos, no obstante, entraron en la casa y bebieron dos o tres vasos que el ex-piloto como hábil comerciante, no los hizo pagar muy caro.

La fortuna, que sonríe a los audentes, colmó los deseos de Kerzalé.

Fuese que realmente la fuerte bebida produjera un efecto favorable o bien que la reacción no pasara de ser puramente moral, el caso es que los bebedores se encontraron al día siguiente por la mañana en un estado de salud y de alegría extraordinarios. El efecto fué tanto más considerable que los cinco que bebieron cuatro afirmaron que, antes de beber experimentaban los síntomas del cólera los cuales habían cedido a la acción del bienhechor licor. El entusiasmo se propagó con la rapidez del rayo.

A las nueve, Kerzalé había despachado más de cincuenta litros de alcohol. A las diez, todos los pescadores de Lescoff habían pagado su porción y Kerzalé el rico.

Desde las once a las doce, hubo un momento de reposo; la hora de la comida. Pero en seguida volvió a afluir la gente. Las mujeres se decidieron a entrar en la tienda.

A las dos bebían también los niños. Y cuando a las tres dadas, los médicos de Audierne y de Pont-Croix llegaron a Lescoff a hacer la visita no encontraron más que borrachos por todas partes.

Entonces aquello fué un frenesí. Todos se creían aliviados. De Kerleek, de Cléden, de Plogoff, acudían bandadas numerosas de gente. Todo el mundo se entregaba a aquel placer consistente en olvidarlo todo en brazos de la borrachera. En medio de su alegría y de las pingües ganancias que realizaba Kerzalé temió ver su

casa invadida por el humano rebaño que quería vivir bebiendo.

Hubo un momento en que tembló. Sus reservas se agotaban. No le quedaban más que tres o cuatro barriles de alcohol de noventa grados. Lo duplicó añadiendo agua. Pero los sedientos no tenían freno, se entregaban a la bebida furiosamente y cuando el alcalde decía: "No bebáis más; ya tenéis bastante!" de las gargantas roncadas abrasadas, salía un rugido de protesta. Olvidando respetos y gerarquías, no se acordaban del alcalde; sólo veían al vendedor de aguardiente, y gritaban:

—¡Más, más! ¡Dánoslo todo! ¡Si no, te quemaremos la casa y te echaremos a tí al fuego!

Llegó la noche, brumosa, sin nubes. El Raz gruñía más que de ordinario. Pero la multitud no le oía. Sus rugidos dominaban a los del mar.

El alcalde tuvo miedo. Palideció e hizo la señal de la cruz.

En aquel momento sonó un cañonazo.

Un barco pedía auxilio, y la muchedumbre, bruscamente atraída por aquella señal se volvió en masa. Un grito terrible, grito de rapiña, de muerte, salió de todos los pechos.

—¡Viva el Raz! ¡El ángel del mar nos llama!

Reaccionando bajo la atracción de un sentimiento nuevo, la masa humana se precipitó hacia las orillas.

La tormenta se presentaba con su habitual cortejo: oyóse un segundo cañonazo. En la claridad opaca del poniente se destacó una forma negra luchando con el océano desatentado.

En el momento en que la gente salía de casa de Kerzalé penetró en ella un hombre pálido y con la cabeza descubierta.

El alcalde le reconoció y corrió hacia él.

—¡La Virgen te trae, Yan! ¡Sólo tú puedes calmar a esas fieras! ¡Hace un rato hablaban de quemarme en mi propia casa!

Yan se estremeció:

—Me lo temía, y por eso he venido. Les ha hecho usted beber demasiado.

—¿Y has venido por eso?—dijo el viejo zorro guiñando un ojo.—¡También habrá influido algo la pequeña! Está arriba con su padre y se habrán asustado con este ruido.

Y alargando la mano al joven dijo:

—De todos modos te creo, Yan.  
¡Gracias!

—¿Y por qué se ha ido la gente?  
—¿No lo sabes?

—Nó.

—¿No has oído los cañonazos? Algún buque naufraga en la costa. ¡Van al asalto! ¡Ya no se acuerdan del cólera!

—¡Desgraciados!—exclamó el joven con voz conmovida.

Pensaba en Arc'han, en su madre y en Mariana.

—¡Bah!—dijo el egoísta Kerzalé. —¡Preferible es eso a verlos aquí! ¡El naufragio me salva!

—Pero el semáforo habrá avisado y la canoa de salvamento de la isla de Sein habrá salido ya.

—¡No es probable. Tú sabes muy bien que la isla de Sein no es como Douarnenez; no se sale de ella así como así.

—¡Oh!—dijo el joven tristemente. —¡Y otra vez tendremos que ver a unos cuantos cristianos morir sin que nadie los socorra!

Se dejó caer en una silla con la cabeza entre las manos.

Kerzalé movió la cabeza sentenciosamente.

—Yan, esa tristeza no es natural en tí. ¿Acaso quisieras ser víctima del cólera?

—¿Quién sabe? ¡Quizás sea la muerte lo mejor de todo!

En vez de contestar, el alcalde se dirigió hacia un cajón, le abrió, y sacando dos vasos de fondo plano, que llenó de champagne hasta los bordes, dijo:

—¡Bebamos mucho! ¡Esto le quitará la murria! ¡A tu salud, Yan!

El joven permanecía taciturno, sin tocar al vaso.

Kerzalé añadió:

—¡Por tus amores!

Esta vez el joven levantó el vaso. le chocó contra el del alcalde y le vació de un trago.

—¡Con Gaid!—prosiguió burlonamente el alcalde.

No puede darse idea del efecto que produce una dosis regular de alcohol, cuando se absorbe sin transición, sin parar. Bruscamente se dilataron las facciones del joven. En señal de alegría castañeteó los dedos.

—¡Un barco en la costa! ¡Viva el Raz!—exclamó.—¡Tenemos botín para tres días! ¡A ver; preparad los garfios! ¡De prisa! ¡Si son ingleses, que Dios los acoja en su seno, si el diablo no los reclama!

Yan refa con una risa extraña, atacado de idéntica locura que los demás, presa de aquella borrachera que dominaba a toda una población y que parecía haber saturado con sus efluvios el ambiente.

Kerzalé empezó a temblar.

—¡Pícara suerte!—gruñó.—¡Soy muy torpe! ¡A éste también le estoy emborrachando, y sin querer, que es lo más triste! ¡Decididamente, estos hombres tienen la cabeza muy débil!

Desde aquel momento sólo trató de encontrar un medio de expulsar a Yan.

—Oye, Yan, hijo mío, ¿quieres que nos acerquemos a la costa a ver cómo marcha aquello?

—¡Nó! Me encuentro aquí muy bien. ¿Quiere usted darme otro vaso?

Estas palabras fueron pronunciadas con voz clara y tranquila, y con ojos sonrientes, algo húmedos, que no presagiaban una borrachera terrible.

—¡Menos mal!—pensó Kerzalé.—¡Tiene alegre el vino!

Y le llenó de nuevo el vaso, pero muy despacio.

—Echame más, Kerzalé. ¡Yo resisto mucho!

El alcalde trató de no darle más champagne; pero ante la insistencia del marino, vióse obligado a complacerle.

Yan se había puesto de pie.

—¿A que no sabe usted lo que se me ha autojado? ¡Romper algo de la habitación!

—¡Oh! ¡Eso nó, hijo mío! ¡Bebe todo cuanto quieras, pero no toques a mi mobiliario!

La situación era embarazosa. Kerzalé no sabía a qué santo invocar.

De pronto se oyó una voz fresca de mujer.

—¡Ah! ¿Estás aquí, Yan? ¡Te buscaba!

Era Gaid.

¡Era una Gaid que ni el marino ni el alcalde sospechaban; Gaid animada también por unos cuantos tragos bebidos acá y allá, sin cofia, con el pelo suelto, los brazos desnudos, la garganta descubierta; Gaid, temblorosa, conmovida, palpitante de inconsciente emoción.

Avanzó hasta su novio y le miró fijamente.

—Dí, Yan, ¿por qué no vienes a la costa?

—¿A la costa?—tartamudeó Yan.

—Sí, a la costa, para ver el barco que va a ser destruido.

Yan no oía ni comprendía apenas.

Los primeros vapores de la embriaguez le oscurecían el cerebro. Sus ideas se turbaban; el instinto salvaje, fortificado por veinte años de falsa educación, dominaba poco a poco su razón.

De pronto se extinguió la última ráfaga de sentido común. La bestia en libertad recobró sus fueros.

Con el brazo izquierdo enlazó a Gaid y luego gritó:

—¡Sí, a la costa! ¡Viva el Raz!  
¡Vamos a la Costa! ¡Llegó la hora del asalto! ¡Cantemos la "Canción de la vaca"! ¡Viva el Raz!

Entonces, a plena voz, entonó en bajo bretón el siniestro canto:

¡Fuego! ¡Fuego! Viento y truenos que van a arrasarse la tierra

y a mezclar rugiendo el agardiente con la sangre!

¡Más vale el mar que la tierra;  
más vale el mar!

¡Más vale la barca solitaria que abre surco a las olas amargas, que la carreta de ruedas de hierro!  
¡Fuego! ¡Fuego! Viento, etc.

¡Más vale el pez que vive en el mar

[profundo  
Allá en el fondo donde no llega la

[sonda]  
¡Más vale el vino de los toneles ocul-

[tos tras las rocas y el viento que sacude a los marinos subidos a los palos, con sus gruñidos!

¡Fuego! ¡Fuego! Viento, etc.  
¡Las rocas de Poulmonstrek están cu-

[biertas de espumas!  
¡Viva el Raz y las rocas!

¡El ángel del mar se eleva a lo lejos

[entre la bruma y el saltador del mar enciende su

[antorcha y grita alegre emborrachándose:  
¡Fuego! ¡Fuego! Viento, etc.

¡Las olas mugen, las olas!  
¡Las olas llenan de espumas a Poul-

[monstrek, y empujan hacia el Grameck al brazo que rueda sobre ellas!

¡Fuego! ¡Fuego! Viento, etc.

El brazo se aproxima y en el islote está Morgan con una

[linterna que una vaca lleva pendiente de su

[cuello!  
¡El barco va a estrellarse contra las

[rocas!  
¡Hoy tendremos vino!

su borrachera. Yan salió de casa de Kerzálé con los ojos encendidos y riendo a carcajadas, repitiendo el salvaje estribillo.

¡Fuego! ¡Fuego! Viento, etc.

Entre el rumor de la tempestad desencadenada, aquella voz tenía un tono siniestro. Se destacaba entre las ráfagas como el lamento de agonía de un alma que se sintiera perdida y presa del mal para siempre.

Así caminaron, estrechamente unidos, formando un grupo fatal y maldito, atravesando los otros grupos.

Aquella noche, el huracán era seco, ni una gota de lluvia caía sobre las rocas y en el intervalo de dos relámpagos, las estrellas y la luna dejaban ver el Raz monstruoso encarnizándose sobre su presa de madera y de cuerdas.

En Plogoff-el-Monje se estrelló el navío: un vapor inglés. Encontráronse tres cadáveres desfigurados. Uno de ellos era un cuerpo de mujer medio desnudo; lanzado por una ola fué a caer en la gruta más profunda de las dos que precedían a las grandes cavernas.

Y como el mar bajaba, dejó allí aquella carne para pasto de cuervos, gaviotas y cangrejos.

Gaid no estaba borracha, sino alegre.

Este estado de alma se corroboraba en ella con una idea, con un deseo repentino que, con la obstinación natural de la raza bretona acababa de transformarse en resolución definitiva.

¡Ah! ¡No era el pillaje del barco a donde quería arrastrar a Yan! ¡Tenía un objeto muy distinto!

Era preciso que hubiese entre los dos un lazo más serio, de tal manera que la religión, la moral y el grito de la conciencia obligasen estrechamente a Yan a reparar la falta cometida.

Los dos jóvenes atravesaron las masa de salteadores del barco naufragado. Ni uno ni otra tenían ganas de mezclarse en la tumultuosa orgía. Por lo demás, el vino no fué muy abundante y el alcohol de Kerzálé hacía cargado bastante las cabezas. Aquella noche—suceso casi único en los anales del Cabo—se ahogaron diez salteadores, hombres y mujeres, a pesar de que no tuvieron que tomarse el trabajo de meterse en el mar para llegar al lugar del siniestro. Mientras tanto, el cólera hacía de las suyas en el pueblo. Diecisiete casos

Y arrastrando a Gaid a impulso de

se declararon, de los cuales nueve fueron fulminantes.

Gaid arrastraba a Yan. El la dejaba hacer.

Cuando la razón recobró su imperio, Yan se estremeció. Un grito ronco salió de sus labios. Rechazó vivamente a Gaid y como la joven atormentada por esa tristeza sombría consiguiente a los desfallecimientos del sentido moral y de la voluntad, se acercase a él con objeto de buscar en sus brazos el apoyo que el remordimiento la impedía encontrar en sí misma, Yan la apartó con rudeza:

—¡Vete! ¡vete!—exclamó.

Gaid lo miró con estupor.

—¿Yan?— le preguntó.— ¿Me echas?

—¡Sí, vete!—repitió Yan sordamente.—¡Me causas horror! ¡Vete!

Un grito de angustia se escapó del pecho de Gaid.

—¡Oh! ¡Eso no es posible! ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad!

En lugar de responderle, Yan atrayéndola violentamente hacia sí, le señaló un rincón de la gruta en el cual, iluminada por la luz de la luna, se dibujaba una forma indecisa al principio y más definida después.

Era un cadáver, el de la mujer muerta que había empujado hasta aquel sitio. Los contemplaba con ojos vidriosos como amenazándolos con el atroz gesto que la muerte había impreso en sus labios tumefactos. En los crispados dedos de la mano izquierda, vió Yan brillar una sortija.

Yan pensó que veintitrés años antes, una noche del mes de septiembre, otra mujer había caído del mismo modo y que las joyas que llevaba en sus dedos despertaron criminales codicias; recordó el relato de Keinek y la confesión de Arc'han. Aquella mujer tenía un niño entre los brazos; el niño no había muerto; era él. Y de toda esta pesadilla de su origen, buscamente avivada por aquella otra pesadilla de la hora actual, tenía pruebas: sortijas restituídas por su padre adoptivo.

El joven, desesperado, pensaba que en una hora de locura había olvidado aquella preciosa prenda, cayendo irremediablemente en la sima de la abyección, y que tenía que expiarlo, porque había dado derechos a Gaid y abierto un abismo entre él y la mujer que adoraba.

Porque Mariana le había perdonado. ¿No le había dicho en una oca-

sión inolvidable: “no quiero que mueras”?

Luego, más adelante, ¿no fué a arrodillarse junto a él a la cabecera de Arc'han? En aquellos momentos en que todo el mundo, hasta sus propios hijos, abandonaba al viejo, ella, el ángel había corrido a ayudar en su piadosa tarea de velar al muerto, a su hermano de miserias, “hijo del naufragio”, como ella. Y los dos mezclaron sus plegarias, dejando a Dios el cuidado de unir sus destinos.

Yan salió de la gruta sin pronunciar una palabra. La armazón del buque náufrago se vislumbraba bajo la irradiación del firmamento. El marino andaba pesadamente, como si llevara una cadena en el pie. ¡No era, en efecto, el forzado del destino, condenado sin esperanzas de redención a la existencia que los acontecimientos le habían obligado a aceptar? Y él mismo, ¿no era cómplice de aquellos acontecimientos? Debía expiar su delito. La idea del suicidio no volvió a asaltarle. Mariana se lo había prohibido.

Gaid le seguía desolada. Una o dos veces le dirigió la palabra. Yan no respondió. Marchaba detrás de él, ahogando los sollozos, avergonzada, no atreviéndose a despertar con sus quejas los ecos de las costas desiertas.

Yan iba delante sin darse cuenta de nada. Cruzó por la casa de Arc'han sin detenerse. Una luz brillaba en el interior. Los hijos de Arc'han habían vuelto a su casa, libres ya del temor del contagio. ¿Quién sabe? Tal vez el cólera había hecho una nueva víctima. Vou no tenía muy buena cara desde anterior. A Yan ni siquiera se le ocurrió informarse.

Llegaron a casa de Guyarmarc'h. Gaid hizo un último esfuerzo. Dándole un golpe en el hombro, dijo:

—¡Yan!

El marino se volvió a medias.

—¿Qué quieres?

—Decirte adiós.

Y le alargó la mano.

—¡Adiós!—respondió el joven siguiendo su camino.

Yan no oyó el sollozo que estalló detrás de él. Prosiguió su marcha insegura y se perdió en la sombra de la noche.

A la mitad del camino distinguió la casa de Kerzale.

En el primer piso no había luz.

Yan pensó: “¡Duerme”!

En aquel momento oyó que le llamaban.

—¡Eh! Hijo mío—gritó la voz alegre del alcalde—¿has hecho buena presa?

Yan no dijo nada; pero entró en la sala detrás de Kerzale, que se frotaba las manos.

Kerzale prosiguió:

—Porque supongo que vienes del pillaje, como los otros.

Miraba al joven con sus ojillos grises, llenos de malicia, acordándose de Gaid que no iba con él. Yan se avergonzó.

—Sí—repuso.

De pronto se abrió la puerta del fondo y un fantasma blanco se dibujó entre la luz vacilante de la lámpara. Una voz que el salteador conocía perfectamente, dijo:

—Señor Kerzale...

Mariana se interrumpió al ver a Yan y fijó en él sus ojos claros, entristecidos.

El marino se incorporó como si sus pulmones tuviesen necesidad de aire, dió un paso hacia adelante, y luego cavó pesadamente en el suelo.

## VI

Al cabo de algunos días, Yan Ab Vor—en la actualidad Juan de Kerdaz—entró en franca convalecencia. Una fiebre cerebral de las más violentas le había tenido veinte días entre la vida y la muerte. Durante aquellos veinte días, Mariana le había velado asiduamente, permaneciendo sin cesar a la cabecera del lecho, cuidándole con la cariñosa solicitud de una madre. Fué para Yan una hermana de la caridad. Comprendía mejor que los médicos la índole del mal que había minado la poderosa naturaleza del joven. Su corazón tuvo la intuición del sufrimiento, bajo cuyo poder había sucumbido el joven.

Algunas veces entraba M. du Gast en la habitación del enfermo, y besando a su hija en la frente, la decía:

—Vete a descansar, hija mía. Yo ocuparé tu puesto. El viejo Ar Zod—añadía con triste sonrisa—conoce el remedio contra el delirio.

—Padre mío—replicaba Mariana echándole los brazos al cuello—¿para qué recordar lo pasado? ¿Quiere usted también ponerse enfermo? Así sólo conseguirá que tenga que cuidar a dos.

M. du Gast acariciaba con su mano rugosa los rubios cabellos de su

hija, y mirándola atentamente, la decía:

—Tienes razón; no debemos deshacer lo que Dios ha hecho en favor nuestro. Las desgracias tienen su época, justo es también que la alegría tenga la suya. Salvaremos a Yan, si Dios quiere, y lo querrá, puesto que ha permitido que podamos recogerle después de habernos librado a nosotros también de la atroz existencia de otro tiempo.

Al decir esto último, M. du Gast se estremecía.

—¡Sí, atroz existencia! ¡Veintitrés años de olvido, de ceguera intelectual! ¡Veintitrés años durante los cuales solo he tenido entre los hombres un apodo y he vagado junto a mi felicidad, teniendo cerca a mi hija sin conocerla, queriéndola a la manera que los perros quieren a su amo! ¡Tan envilecido, tan degradado, que los hombres más miserables me daban limosna, y que hasta hoy, después de haberse operado el milagro, sólo soy conocido por el vocablo de mi infortunio y mi degradación!

Una tarde se acercó Mariana un poco inquieta a su padre.

—Papá—le dijo—cuando recogimos a Yan, ¿no estaba perseguido por la justicia?

M. du Gast tembló; pero repuso sin titubear:

—Sí, hija mía. Sobre Yan Ab Vor pesaba una orden de arresto. Afortunadamente esa orden no tiene ya ningún valor. Yan Ab Vor no existe, o, mejor dicho, no ha existido nunca. Gracias a los documentos que he podido recoger, el verdadero estado civil de Juan de Kerdaz ha sido reconstituido.

M. du Gast salió un instante y volvió a poco con un rollo de papeles. Ante los sorprendidos ojos de Mariana, fué colocando, primero una copia de la fe de bautismo en lengua inglesa, visada en el consulado de Francia en Calcuta, en la cual constaba la filiación legítima de Juan de Kerdaz, hijo de Pedro de Kerdaz, de Saint-Malo, ex-capitán de navío, muerto en Dacca, donde había fijado su residencia; después le enseñó una copia del registro del vapor naufragado, en la que constaba el embarque de Mme. de Kerdaz y de su hijo en Calcuta; por último, el acta de notoriedad, firmada por los dos parientes más próximos del niño, un tío materno que vivía en Edimburgo y un tío paterno de Saint-Malo.

Una vez en el exterior, Yan estuvo un instante bajo la influencia de un vértigo que le enloquecía. El instinto de la conservación le salvó. Echó a correr en línea recta, mientras Jarnithim, siguiendo una pista falsa, iba en dirección opuesta.

El marino salió de la ciudad. Era de noche. A pesar del obscurecimiento de su razón, un pensamiento luminoso le sirvió de antorcha para guiar sus pasos: el recuerdo de Mariana que le esperaba al lado de su padre, le dió fuerzas.

Marchó entre las tinieblas hasta que llegó al chalet del señor du Gast.

Alarmados por su tardanza, Mariana y su padre dieron órdenes a los criados para que salieran en su busca.

Al verle entrar pálido y con los ojos extraviados, el señor du Gast quedó aterrado.

—Yan, hijo mío, ¿qué te pasa?

Le hablaba como antiguamente, como en la época en que él mismo se dejaba tutear y llamar Ar Zed.

En aquel momento, Mariana, que había salido también a buscarle escoltada por Tina Kadoc'h, llegaba a la casa.

Al ver a Yan dió un grito de alegría.

—¡Dios sea alabado! ¡Está aquí!

Pero cuando se aproximó al joven, éste retrocedió murmurando palabras sin ilación.

—¡Márchese usted! ¡No vienen por usted!

A ella sí, a ella van a meterla en la cárcel! ¡Es necesario que vaya a buscarla para hacerla mi mujer, para robársela a los gendarmes que quieren matarla!

Yan estaba sacudido por un temblor nervioso.

—¡Ay!—exclamó la joven llorando.—¡Se pone malo otra vez! ¡Mis presentimientos no me han engañado!

Yan, con la mirada perdida en el espacio, articulaba lentamente.

—¡El Raz! ¡El Raz! ¡Me llama, me reclama! ¡Voy! ¡Voy!

Fué necesario acostarle. Se dejó llevar como un niño que se resigna después de haber pataleado y llorado.

Una hora después la fiebre se declaraba de nuevo y con una intensidad espantosa.

La desesperación volvía a hacer su entrada en el apacible retiro donde Mariana creía haber asegurado su amor.

Inmediatamente ocupó Mariana su

puesto a la cabecera del joven. Aquella segunda crisis fué más terrible que la primera, no para la vida, sino para la razón de Yan. Afortunadamente para él, ignoró los resultados del veredicto proclamado en el juicio oral y en virtud del cual Mik, Von y Guyarmarc'h fueron condenados a seis meses y Gaid a un mes de prisión por complicidad y ocultación de objetos robados.

Cuando el marino recobró completamente el sentido, la condena de Gaid había expirado. Pero la joven sólo había estado encerrada unos quince días y aún esos quince días los pasó en la enfermería del depósito, porque inspiraba vivos temores el estado de su salud.

En efecto, las religiosas a quienes habíase confiado la vigilancia de la pescadora quedáronse aterradas al ver la influencia de los sufrimientos en el alma y en el cuerpo de Gaid. La joven no era más que la sombra de sí misma.

El espléndido carmín de sus mejillas había cedido el puesto a una palidez siniestra, y sus labios tomaron color violeta. Inútilmente intentaron las buenas mujeres despertar en ella ideas alegres.

En las tiernas miradas que paseaba a su alrededor se veía a veces brillar la llama de una locura latente.

Cumplida su condena, Margarita Guyarmarc'h fué enviada a Lescoff. Cuando llegó al pueblo supo que era huérfana. El pobre Guyarmarc'h había muerto al tercer día de su encarcelamiento.

Una tía lejana recogió a la desventurada muchacha.

La pescadora robusta y valiente, que en otros tiempos se arriesgaba por las rocosas murallas de Kerleek y de la Punta llevando en la cabeza enormes cestos de pescado, caminaba en la actualidad con la cabeza baja, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, no cuidándose absolutamente nada de su vida o de su hermosura.

Había ancianos que, al mirarla, murmuraban tristemente.

—¡Yan la ha embrujado! ¡Pobre Gaid! ¡Ya no debe de tener muchos deseos de ir más lejos! ¡Es un milagro que no se haya arrojado desde la Roca Larga!

—Lo que es seguro—añadía otro—es que sobre Yan y Gaid pesa un conjuro. El tío Arc'han cometió un gran pecado cortando los dedos a la muer-

ta y, sobre todo, no devolviendo las sortijas al mozo.

—Yo no hubiera creído que el mozo hiciera eso.

Ha faltado a la palabra dada a la pobre Gaid, y ella se va a morir de pena.

—No debemos acusar a Yan, Melián, ¿acaso sabemos lo que ha sido de él?

—Ya te han dicho que durante el juicio se presentó en Vannes. Ya ves: la misma Gaid lo ha contado en Lescoff.

—Seguramente, no era él.

—Entonces, ¿quién era?

—Debía de ser su alma.

El cordelero se encogió de hombros.

—¿Crees tú en esas paparruchas?

Si así hubiese sido, el alma de Yan se hubiera acercado al juez para decirle que era un bribón. Un espíritu, como tú comprenderás, hubiera estrangulado al juez y a los gendarmes, ¿quién lo habría impedido? ¡Contesta! O bien, hubiera cogido a Gaid y se la hubiese llevado consigo.

El otro movió la cabeza.

—Tú dirás todo cuanto quieras. Yo, por mi parte, estoy seguro de que si Yan está vivo, volverá para casarse con su prometida. Puedes creerlo. Melián. Era un buen muchacho, aunque no fuese del Cabo.

Y los comentarios estaban a la orden del día en Lescoff.

Al mismo tiempo, a orillas del mar del Sur, como llamaban al Atlántico de aquella parte; Yan, acostado sobre el lecho del dolor, sostenía por segunda vez los asaltos de la enfermedad, y por segunda vez Mariana, su ángel guardián, se lo arrebatava a la muerte con sus cuidados y sus oraciones. Allí debía concluir la tarea de la santa.

Una tarde, al ver al pobre Yan sentado en una butaca, fijando una mirada sombría en la clara llama del hogar, la señorita du Gast se aproximó al convaleciente y colocándole una mano en el hombro le dijo:

—Juan, su cuerpo de usted no es el más enfermo; el alma está peor.

—Tiene usted razón, Mariana—murmuró el joven.

—Yo soy su amiga, Juan. ¿No podrá usted confiarme sus penas?

Juan se estremeció. Aquella pregunta le volvía loco.

—¿Mis penas? ¿A usted?—balbuceó.

Y cubriéndose el rostro con las ma-

nos, dió libre curso al dolor que le atormentaba.

—Juan—repuso Mariana con aquella voz dulce que debía de parecerse a la de los ángeles puros y bellos como ella, ¿cree usted que no estoy en el secreto de su tristeza? He adivinado muchas cosas y usted me ha revelado otras.

—¿Revelado? ¿Yo?—exclamó Yan.

Mariana sonrió dulcemente:

—Sí, usted, sin quererlo y durante su delirio. Ya que usted no se atreve a abrirme su pecho, puesto que no cree deber hacerlo, voy a decir lo que le atormenta.

Yan la contemplaba palpitante, presa de una extraña fascinación. La cogió una mano que ella dejó sin resistencia.

—Usted se reprocha el amarme y el haber abandonado a Gaid: eso es lo que no quiere confesar.

Yan inclinó la frente confundido.

—¿Lo ve usted?—dijo ella con una voz ligeramente conmovida. Yo debo darle ejemplo. Conozco toda la historia de Gaid. Me he informado de todo. Ella contaba con usted, Yan. No tiene usted derecho a abandonarla.

Debe casarse con Gaid.

Yan no protestó.

Únicamente atrajo hacia sí convulsivamente la mano de la joven y fijó en ella sus labios en un beso de inmensa desesperación. Mariana notó que las lágrimas del joven quemaban.

—Ese es su deber, amigo mío—añadió Mariana pensosamente.

Se miraron, leyendo mutuamente en sus ojos el punzante dolor que laceraba sus corazones.

Mariana retiró la mano.

—¡Vamos, Yan; debemos ser fuertes los dos!

Así terminó aquel penoso diálogo. El sacrificio estaba consumado por ambas partes.

Cuando Juan de Kerdaz pudo salir de su cuarto, M. du Gast y su hija observaron el extraño cambio operado en él.

Yan no era el marino vigoroso del Cabo, en todo el desarrollo de su fuerza y de su varonil belleza.

La desgracia habfa impreso en su fisonomía, a la vez que una incomparable distinción, una especie de majestad tranquila que ideaba su frente de una aureola de predestinación.

Besó a los dos y dijo al señor du Gast:

—Padre mío; sólo puedo dar a us-

ted ese nombre que me permite llamar hermana a Mariana... Sé cuál es mi deber y estoy dispuesto a cumplirle en toda su integridad.

—Yan—respondió du Gast—lo que vas a hacer es casi más que tu deber. ¡No importa! Eso es noble y digno.

Me has llamado padre, y yo a mi vez te llamo hijo. Cualquiera que sea tu destino, ahora que has encontrado una familia en la persona de tu tío de Saint-Malo, acuérdate que siempre tendrás un sitio en mi casa y que eternamente te queremos.

Yan llevó aparte al señor du Gast.

—Si usted consiente en ello—le dijo—desearía que mi tío no se preocupase de mí. Ha debido de arreglar su vida de tal manera que privarle, de un sólo golpe, de toda la fortuna que me corresponde por la herencia, sería ponerle en un gran aprieto. Que guarde, pues, en toda su integridad, la mitad de ésta, y que la otra mitad, si yo desaparezo, sea empleada por usted y su hija en hacer buenas obras a favor de los marinos... mis hermanos.

El anciano no pudo reprimir una impresión de temor.

—¡Pero, Juan, hijo mío; cualquiera diría que estás haciendo testamento!

Yan permaneció perplejo un instante; luego respondió:

—Algo parecido estoy haciendo: Acaso no voy a desaparecer para siempre. Ese nombre de Eerdaz que debo a los trabajos de usted, sólo es un refugio momentáneo para el contumaz Yan Ab Vor. Estoy condenado sin haber comparecido. La misma Gaid ha sufrido condena. A los dos hijos del mar como nosotros les basta con poco para vivir, o bien expatriarme, o bien siguiendo oculto entre las rocas de la costa; yo no acertaría a llevar la vida que me asegura esa fortuna inesperada.

Prefiero dejarla en manos de ustedes.

Y añadió en tono solemne:

—Además tengo un presentimiento, y a mí nunca me engañaron los presentimientos. Hace cerca de seis meses que gracias a los acontecimientos de que soy protagonista, he sufrido transformaciones de que ustedes, talvez no se han dado cuenta. El salteador del mar ha desaparecido; un hombre nuevo, al que ustedes han ayudado a nacer, ha ocupado definitivamente su sitio. Además, he sufrido demasiado para que pueda amar esta vida, que sólo me parecía bella con

ciertas garantías de felicidad. El Raz, que me ha proporcionado los medios de volver a ser yo mismo, debe tener ganas de apoderarse de esta pobre existencia.

M. du Gast le interrumpió vivamente:

—¡Cuidado, Juan! ¡No te desesperes ni blasfemes! Voy a creer que desees la muerte, y eso sólo Dios puede otorgarlo o negarlo.

De nuevo sonrió el marino con amargura:

—No—dijo—tranquilícese usted. No blasfemo. Considero mi destino como expiación de alguna falta desconocida, como una prueba, si usted lo quiere así.

Usted sabe que amo a Mariana. Entre ella y yo hay un abismo, y ese abismo es nuestra voluntad la que lo ha abierto. Ahora que no tengo ganas de ser libre, preveo que Dios va a concederme la libertad. No daré un paso hacia la muerte. Ella vendrá a buscarme.

Se separaron después de estos tristes adioses. Al sentir el peso que cayó sobre su corazón, Berta du Gast, en otro tiempo Mariana Kadoch, comprendió que el sueño acababa de dar fin bajo la orden implacable del destino. Piadosa y resignada, la santa muchacha se arrodilló delante de la Virgen, no pidiéndole más que la salvación del alma con la cual la suya se había unido para siempre.

## VIII

El carabinero Hoel Conan, jefe de aduanas, fué el primero en acercarse a Gaid.

Un día que la joven, triste y preocupada como siempre, se había sentado al pie del faro.

Hoel se le acercó resueltamente.

—Margarita—le dijo con voz conmovida—he heredado una pequeña fortuna que me ha dejado mi pobre padre. Puedo permutar por el servicio colonial, y te quiero tanto, que contigo sería feliz yendo al rincón más apartado del mundo. ¿Quieres ser mi mujer y nos iremos a Argelia, a Caledonia o al Senegal? Prometo que serás feliz conmigo.

La pescadora se volvió hacia el que le hablaba de aquella manera.

—¡Hermoso corazón!—murmuró con lágrimas en los ojos.

Hoel sintió una inmensa alegría,

augurando algún bien por aquella exclamación, y creyendo ganada su causa.

—Entonces accedes, ¿no es eso?

Se puso Gaid en pie y mirándole fijamente, le dijo:

—Hoel, sería la más infame de las mujeres si engañase a un hombre como tú. Oyeme bien: Tú no puedes casarte con una mujer tachada de ladrona.

Conan la interrumpió:

—¡Eso no debes decirlo! Nadie te creyó culpable. Los mismos jueces sentenciaron en contra de su voluntad. Además, eso me tiene sin cuidado. Te quiero, y eso es lo principal.

—Es preciso que renuncies a mí. Ya te he dicho que no soy libre.

—¡Ah, siempre Yan! ¿Le quieres todavía? ¡Y él, en cambio, te abandona!

Gaid movió suavemente la cabeza.

—¡Oh! ¡Aunque Yan me haya abandonado, no es razón para que yo le abandone. Además, no lo creo. Lo único que ignoro, como todos, es dónde está.

—Pero tú misma le has visto en Vannes.

—Nó, no le he visto; le he oído. Talvez fuese su espíritu. Yo conozco bien a Yan; Si no ha muerto vendrá a buscarme.

Hoel intentó un esfuerzo desesperado.

—¡Pobre Gaid! Tú sabes bien que si Yan se presenta le llevarán a prisión.

—¡Quién sabe! Y además, si le mandan a las colonias me iré con él. Prefiero vivir en una cárcel a su lado, a vivir en un castillo sin él. Sólo una cosa me da miedo...

La joven se detuvo, creyendo que iba a decir demasiado.

Conan volvió a la carga:

—¿Qué es lo que te da miedo?

Gaid suspiró y luego, haciendo un supremo esfuerzo, dijo:

—Que Ar Zod y Mariana, que se lo han llevado, le hayan convertido en caballero.

—¿Lo ves? ¡Temes que no vuelva!

Gaid levantó su hermoso rostro bañado en lágrimas.

—Nó, Hoel, no es eso. Yan volverá; ya lo he dicho. Sólo tiene una palabra, y esa palabra me la ha dado a mí. Talvez ha amado a la otra, a la "señorita". Ella sabe hablar mejor que yo. Si se casa conmigo, pronto notará la diferencia. Sufrirá, y aun-

que trate de ocultarlo yo lo descubriré. ¡No quiero que mi Yan sufra!

—Pues yo, pobre Gaid, creo que te engañas: Yan no volverá.

—Tú eres quien te engañas. Conan—dijo una voz triste.—Yan ha vuelto.

Gaid se puso pálida. Llevóse las dos manos al corazón y se desmayó en brazos del marino.

Su desmayo fué sólo un síncope breve. Al recobrar el sentido vió, inclinado sobre ella, el rostro pálido de su novio; un grito de alegría salió de su boca.

—¡Ya sabías que volverías!

Yan había avanzado hacia el carabiniere.

—Puedes perderme, Hoel; pero sé que no lo harás, como no lo hiciste en otra ocasión. Te doy las gracias, y te juro que si quieres que muera por tí, moriré.

El carabiniere, muy conmovido, le alargó su mano leal.

—¿Por qué iba yo a querer eso, Yan? Únicamente te advierto una cosa: los gendarmes te buscan activamente y Jarnithim ha jurado cogerte vivo o muerto.

—¡Gracias, Hoel! Jarnithim no me cojerá. Voy a partir.

—¿A dónde?

—¿Acaso lo sé yo? ¡Donde Dios quiera! He encontrado mi nombre y mi familia; he venido a buscar a mi mujer, y me la llevaré si quiere seguirme.

—¿Lo dudas?—preguntó Gaid apretándose contra su pecho.

El marino se despidió de Hoel. Era muy de día para entrar en el pueblo, donde su presencia hubiera sido notada inmediatamente. Yan condujo a Gaid a la playa.

—Lo sabes todo, ¿verdad?—le preguntó la joven, sin atreverse a levantar la vista del suelo. Me han tenido presa.

Yan la abrazó llorando.

—¡Qué delgada estás y qué pálida! ¿Has sufrido mucho?

—¡Muchísimo!

—¿Por causa mía?

—Sí. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no has vuelto? ¡Si supieras cuán grande ha sido mi dolor!

—He estado malo, Gaid. ¡A punto de morir!

—¿A punto de morir? ¡Y yo que te acusaba!

Rompió a llorar, prodigando a su novio los nombres más cariñosos, las

más ardientes demostraciones de amor.

Yan imprimió un beso en su frente.

—Oyeme, Gaid: Vas a ir a buscar al párroco. Le dirás que he vuelto, que vamos a casarnos y que necesito que nos ahorre dos amonestaciones. Tengo dinero para pagar la dispensa. Nos bendecirá dentro de ocho días y el alcalde nos inscribirá en el registro. Yo voy a Audierne a sacar billetes para un vapor.

—¿Y a dónde iremos, Yan?

—No lo sé. A donde Dios quiera. A América o al país donde yo nací.

—¿Cómo se llama ese país?

—La India. Es una hermosa nación.

—A tu lado todo me parecerá hermoso. ¿Y no volveremos nunca?

—¡Nunca!—repuso el marino con alterada voz.

Se separaron ya más tranquilos.

—¡Dentro de ocho días, Margarita!—dijo Yan.

Y emprendió el camino de Vannes, donde el señor du Gast le buscó pasaje en un vapor que saldría para Lisboa, quedando convenido que Juan de Kerdaz atravesaría Portugal y España y se embarcaría para la India en Barcelona. Por su parte, Gaid hizo su petición al abate Fardel.

Los ocho días pasaron rápidamente.

Yan no esperó a que transcurriesen para volver a Lescoff.

El mismo día que volvió bajó a la playa donde vió a Oneau, el hijo más pequeño de Arc'han recogiendo sus redes.

—¡Buenos días, Benjamín!—le dijo.

El pescador estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Yan!—exclamó.—¡Sabía que habías de volver, pero no lo esperaba!

—¿Por qué?—preguntó Yan en tono de amable reproche.

El sonrió y finalmente le abrazó diciendo:

—¡Perdóname!

—Estás perdonado. Te he visto aquí y he venido a pedirte un pequeño servicio.

—¿Cuál? Tienes derecho a pedirme todo lo que quieras.

—Préstame tu barca. Quiero dar un paseo por el mar.

El pescador le cedió la barca con verdadero apresuramiento.

Un instante después, la vela, hinchada por el viento, impulsaba al marino en dirección al norte.

—¡Vamos, Juan de Kerdaz!—murmuró—haz por última vez la peregrinación de Yan Ab Vor!

Dobladas las primeras rocas de Tevenec, se dejó llevar hasta la Gruta de Dahut.

La roca le esperaba sonriente.

Nunca hubo mañana primaveral más radiante que aquel crepúsculo de tonos anaranjados. El pico agujereado en su cima, estaba tan bien vestido por los rayos del sol poniente, que parecía tener prendida una capa de púrpura en los hombros. Todas las algas, todas las yerbas que en la roca se desarrollaban estaban atravesadas por los rayos del sol o salpicados de un polvo de oro.

Yan sollozaba.

—¡Pasado, pasado! ¡Hubo un día en que vine a este mismo sitio, luchando contra todos los obstáculos a salvarla a ella, para arrancarla de la muerte! ¡Qué feliz era yo entonces! ¡Todo ha pasado! ¡Los recuerdos han huido! ¡Ahora soy yo quien reclama la muerte!

Estaba de rodillas, en el fondo de la barca, con las manos enlazadas.

—¡Mariana! ¡Te invoco como a una santa! ¡He pecado contra Dios al ultrajarte! ¡Dios me ha castigado porque te amo y nunca serás mía: nunca!

Y como la quilla del barco se hubiese introducido entre dos rocas bajas, entró en el agua, franqueó la punta e inclinando la frente sobre el granito, besó furiosamente aquella piedra que el mar había humedecido con sus ondas.

Luego emprendió la vuelta a la bahía.

Allá abajo le esperaba el deber, hacia el cual iba noble y valerosamente. Pero no podía alejar el dolor que martirizaba su alma. El áspero deseo de la muerte le sugería alucinaciones. ¿Por qué, juguete del destino, no obtenía de Dios el supremo favor de la libertad?

Lo que sólo era para Yan un deber, constituía para Gaid una felicidad.

En aquellos ocho días había recobrado los colores de la salud. Lo había preparado todo para que, dentro de su sencillez tuviese la boda toda la pompa apetecible. Su novio no había descuidado nada. Como era rico, Yan hacía bien las cosas. De los doscientos cincuenta mil francos que se había reservado, había dado cincuenta mil al párroco y otros tantos a la familia Guyarmarc'h. Todo el mundo sabía que iba a expatriarse, y lo lamentaban sinceramente.

Por temor a la intervención de los

gendarmes, las amonestaciones habían sido publicadas bajo el nombre de Juan de Kerdaz, sin hacer alusión alguna a Yan Ab Vor.

Kerzale, reelegido alcalde, y el párroco Fardel, habían estado conformes en este punto.

Así es que todo se encontró dispuesto para la ceremonia religiosa y las formalidades civiles.

Ultimamente, Yan recibió la siguiente carta:

"Juan: el momento decisivo se acerca.

Va usted a cumplir su deber de hombre honrado y cristiano. Asistiré con mi padre a la boda. Le estrecharé la mano como amiga, como "hermana", y con este título le suplico que tenga serenidad y esperanzas. Todos sus sueños van a disiparse ante la realidad. No olvide que la bondad de Dios nos reserva un porvenir después de la muerte y que, en esta misma vida puede encontrarse la felicidad. Ame usted lo que debe amar y olvide todo lo demás. Bese a Gaid en mi nombre.—Mariana."

El joven pasó toda la noche que precedió a la ceremonia nupcial con la carta entre las manos.

Cuando amaneció, se dió cuenta de que había permanecido en vela, sin descansar ni un instante.

—¿Tengo derecho a guardar esta carta?—se preguntó.

Una voz interior, la voz de su conciencia, le repuso que, para hacer completo el sacrificio, debía romper aquel adiós de un corazón hecho pedazos, pero heroico. Entonces Juan, sollozando, acercó el papel a la llama de una bujía.

Observó cómo se quemaba lentamente y le tuvo en la mano todo el tiempo que pudo.

Las cenizas cayeron sobre los ladrillos de la habitación. Yan se agachó para recogerlos, los contempló, casi impalpables entre sus dedos, hasta el momento en que el alba, blanqueando los cristales, le recordó que el día del sacrificio empezaba.

La solemnidad se llevó a efecto en medio del más profundo recogimiento, en medio de manifestaciones de universal simpatía. El señor du Gast fué el que condujo a Gaid hasta el altar, a pesar de la mancha que en la inocente joven había dejado caer la sentencia de los jueces de Quimper.

Cuando con su vestido de encajes se hubo arrodillado palpitante, sobre el humilde reclinatorio de la iglesia;

cuando el pastor, muy conmovido le hizo la pregunta:

"Margarita Guyarmarc'h, ¿quiere usted a Juan de Kerdaz por esposo?" La pescadora fijó en el sacerdote sus grandes ojos sorprendidos e inquietos.

¡Juan de Kerdaz! Había olvidado, o mejor dicho, nunca había oído aquel nombre.

Fué preciso que el cura le repitiese y explicase, añadiendo las palabras "Yan Ab Vor".

Entonces se estremeció, y con voz temblorosa repuso sin titubear: ¡Sí!

Yan pronunció el sí con acento tranquilo y grave, que denotaba una resolución firme, sin segunda intención, como se lo había exigido Mariana.

¡Mariana! Yan la vió en la sacristía. Le alargó la mano, y al estrecharla, el joven no pudo contener una contracción dolorosa. Sus dedos tradujeron el estado de su alma lacrada, sus ojos se clavaron un instante en el pálido rostro de la joven.

La jornada terminó sin más incidentes. Llegó la noche. Hasta el día siguiente no debían ir a Vannes los recién casados.

Aquella noche fué siniestra.

El equinoccio entenebreció el cielo y las nubes cubrieron la superficie del océano. El Raz se sublevó de repente.

A eso de las tres de la madrugada se desencadenó la tormenta. Al contrario de los huracanes habituales en aquellas costas bajó del norte, en lugar de venir del oeste. La primera ráfaga chocó contra la Punta del Harnero, envolviendo a Tevernec en una tromba espantosa.

Los marinos del Cabo la sintieron llegar. Salieron de sus casas, creyendo que había llegado la ocasión de dar algún golpe de mano. Pero entre las nieblas de la aurora no se distinguía ni una vela. Las olas se precipitaron en un asalto general, como si quisieran terminar en un esfuerzo supremo su lucha secular contra el continente. La costa se erizó de espuma, el infierno de los abismos se desencadenó con el espantoso poder que el "mar salvaje" adquiere en aquellos parajes titánicos.

La tempestad duró dos horas, dos horas durante las cuales el mar saltó por las orillas, no perdonando nada, rompiendo las barcas que se creían seguras, deshaciendo grutas y cavernas. Fué más terrible que nunca.

Todas las miradas pudieron seguir todas sus fases y peripecias, porque la luz del día iluminó aquel cuadro

de inaudita desolación. Los habitantes del Cabo permanecían mudos de asombro y de terror; todos experimentaban esa angustia formidabile que sobrecoge a los corazones más valientes en presencia de las grandes escenas de la Naturaleza, y que no es miedo vulgar de la muerte.

Un viejo dijo santiguándose:

—¡Es terrible! Sólo he visto algo parecido en una ocasión: el 25 de septiembre, la noche que recogimos a Ar Zod y a los dos niños en el puente del buque inglés.

—Sí—dijo una voz extraña que fué oída por todos, y apostaría cualquier cosa a que el Raz viene a reclamar algo o alguien que le hemos quitado y que le pertenece.

Un estremecimiento de terror circuló por la multitud al oír estas palabras. Instintivamente se volvieron todos hacia el que las había pronunciado. Semejante a un demonio de aquella escena monstruosa, Keinek, con el brazo extendido, parecía desplegar sobre las olas la influencia de algún encanto sobrehumano. Keinek repetía, moviendo la cabeza, con voz breve y gutural:

—¡El Raz reclama algo... o a alguien!...

En aquel momento los pechos exhalaban un grito.

Allá a lo lejos, a cuatrocientas brazas de la Punta del Raz, violentamente empujada hacia la Roca de la Vieja, una gran barca parecía luchar desesperadamente con las olas.

—¡Dulce Nombre de Jesús!—murmuró una voz de mujer.—¿Qué va a hacer de esos pobres hombres?

La que así hablaba era Gaid; Gaid medio desnuda, cuya noche de bodas había sido muy triste al lado de Yan, sumido en extraña meditación. El tumulto de los elementos la había sacado de su preocupación.

Como los demás, quiso ver lo que pasaba, y la tempestad le daba miedo.

Por primera vez la hija del Cabo era presa del espanto. Aquel trastorno inverosímil del mar la causaba siniestros presentimientos. Al mismo tiempo que terrores creía descubrir en su alma otro sentimiento, la atracción inevitable, el vértigo de la tormenta atrayéndola con una fuerza invencible. Mientras tanto engrosaban los rumores de la multitud.

—¡Santa Ana, van a perecer!

—¡Seguramente, serán arrojados contra la punta!

—¡Y van a morir sin absolución, Jesús mío!

De pronto la masa humana se entreabrió para dar paso al abate Fardel que, revestido con la estola, se adelantó hasta el borde de la costa, dominando las dos rocas del Tuerto y de la Silla de la Muerte.

Alrededor de él, el pueblo de pescadores cayó de rodillas, rezando en voz alta el "Confiteor". Cuando se hubieron apagado las voces de los fieles, se elevó la del sacerdote. En latín, y con la mano extendida hacia las olas, conjuró al mar para que se apaciguase. Al mismo tiempo, en el espacio, a través de las ráfagas y de las espumas de las olas, lanzó palabras de esperanza y de perdón.

Abrió el cielo a los que la tierra iba a devorar. Luego prosiguió su oración íntima, mediadera, ofreciendo talvez su vida de pastor septuagenario, a cambio de las que el océano reclamaba para sí.

Los concurrentes se habían puesto de pie. Nuevamente hicieronse comenterios.

—¿Qué barco podrá ser ese?

—Seguramente, no es de aquí. Es demasiado grande.

—Talvez sea el bote de salvamento de la isla del Sein.

—Los marinos no hubieran embarcado en la Punta.

Entonces alguien gritó, más tranquilo:

—Deben ser los carabineros marinos de Audierne.

En un instante la simpatía primitiva trocóse en una especie de indiferencia. ¡Unos carabineros! No valían las lágrimas vertidas. Y por uno de esos cambios extraños a que la animalidad humana está acostumbrada, todos se dispersaron y aléjanse de la costa sin cuidarse más de la vida de aquellos desgraciados.

De pronto se oye una voz de mujer:

—¿No se podría intentar algo?

Mariana era la que había hablado. Nadie respondió.

El sacerdote apostrofó directamente a uno de los pescadores más próximos.

—Tú, Corentino, ¿no dices nada?

—Señor rector; mi opinión es que usted ha hecho todo lo posible dándole la bendición:

Mariana repitió:

—¿Entonces están perdidos?

Pero esta vez alguien se apresuró a contestar.

Yan atravesó por entre los grupos, fijó en el mar sus ojos profundos, y volviéndose hacia la multitud preguntó:

—¿Hay algún bote libre y cuerda bastante?

Un rumor de sorpresa brotó de la multitud.

Al mismo tiempo Gaid corrió hacia el joven y cayendo de rodillas a sus pies exclamó desesperadamente:

—Yan, Yan, ¿qué vas a hacer?

El marino repitió su pregunta con más fuerza.

La multitud gritó como Gaid:

—Yan, Yan, ¿qué vas a hacer?

—Voy a llevarles una amarra que nos permita traerlos a tierra. Quiero salvarlos.

—Eso sería tentar a Dios.

—¡Nunca debemos acometer lo imposible!

—¡Tú no tienes derecho a arriesgar la vida!

—¡Son carabineros!

Pero el joven impuso silencio a todos.

Acababa de ver, a algunos pasos, a Mariana que le contemplaba inmóvil.

La mirada de la joven no podía disimular su admiración.

Entonces el antiguo salteador levantó a Gaid, apretándola contra su corazón.

—No llores—la dijo—la Virgen me presenta esta ocasión. Quiero rehabilitarme. Hay unos hombres en peligro de muerte y les queda una probabilidad de salvación; un solo marino del Cabo puede afrontar al Raz enfurecido, y ese marino soy yo, respondo al llamamiento de la Virgen.

Yan imprimió un beso de ternura en la frente de la joven, loca de dolor.

—¡Nó, nó!—exclamó ésta.—¡Yo no quiero! ¡no es posible! ¡Yan, si quieres ir, yo voy contigo! ¡Llévame!

El corazón de Juan de Kerdaz latía con una fuerza espantosa.

Levantó hacia el cielo sus ojos, llenos de lágrimas y recitó una corta y ardiente oración.

—¡Un bote!—exclamó imperiosamente.—¡Un bote!

Y en medio del sombrío silencio, la voz de Keinek repitió sordamente:

—¡Os advierto que el Raz reclama a alguien!

Pero ante la insistencia del joven, algunos viejos marinos murmuraron:

—En la parte más baja de la pla-

ya hay uno. Puedes embarcarte en él si te empeñas.

Gaid se abrazó a su marido.

—¡Llévame! ¡Quiero seguirte!

Yan la apartó amablemente.

Y como Mariana, siempre inmóvil siguiese mirándole, le dijo:

—Se la confío a usted, señorita.

Cuide de ella.

—Se lo juro—respondió Berta du Gast tendiéndole las manos.

Gaid se desmayó en sus brazos.

Entonces Yan Ab Vor se arrodilló delante del abate Fardel.

—¡La abeición!—dijo con voz conmovida.

El sacerdote extendió la mano sobre la frente del "hijo del naufragio" y de su boca salieron santas palabras de misericordia y salvación.

A su vez abrazó al marino con fuerza.

—¡Que Dios te ampare, hijo mío!

—dijo vivamente emocionado.

Ya no era posible retroceder.

Los carabineros acababan de doblar la Punta Bahía, una probabilidad de salvarlos: bastaba que el valiente Yan pudiese alcanzarlos y darles una de las puntas del cable, cuya otra extremidad quedaba en tierra.

Esta era precisamente la obra insensata que iba a emprender.

Insensata, porque para llegar a la barca la primera dificultad era salir de la línea de rompientes que forman guardia delante de las rocas.

Pero Yan había sido el más valiente marinero de la costa. Todos le conocían y, por esto parte de la concurrencia estaba tranquila. Si alguien era capaz de hacer un milagro, ese alguien era Yan.

Juan de Kerdaz marchó resueltamente hasta el borde de la muralla de granito. Debajo de él, a unas ocho brazas, las crestas de las rocas que servían de escalera a la gruta del Tuerto.

La cornisa se agitaba, era un remolino en cual hervía el agua como en una caldera. Juan hizo la señal de la cruz y puso resueltamente el pie en el primer escalón. En el mismo instante se agarró con fuerza a su hombro una mano pesada.

—En nombre de la ley quedas detenido.

El marinero se volvió bruscamente.

El que había hablado era el ex-sargento Jarnithim.

—¿Me detiene usted?—dijo Yan tranquilamente.—¿Sería usted capaz de detener la tormenta?

—¡Eso no me incumbe!—repuso brutalmente el gendarme.

—¡Pero esos hombres van a perecer! ¡Déjeme usted salvarlos!

—Eso no me incumbe—repitió Jarnithim.

Un rugido de cólera humana se mezcló a la cólera del huracán. La muchedumbre se indignaba.

—Oígame usted—replicó Yan.— Le doy mi palabra de marinero y de cristiano de que volveré, si el Raz no me traga.

—¡A otro perro con ese hueso! ¡Me has hecho sufrir demasiado para que ahora te deje libre!

Al rugido de la multitud se mezclaron estos gritos:

—¡Al agua! ¡Al agua el gendarme! Yan se libró con un empujón de los brazos de Jarnithim.

En tres zancadas estuvo al pie de la rampa.

—¡Ven a cogerme aquí!—gritó.

El gendarme vaciló.

—¡Sea!—dijo por fin.—No dirán que te has escapado por valiente.

Y echó detrás de él.

Los compañeros del sargento, espantados le gritaban:

—¡Estás loco, Jarnithim! ¡Vuélvete!

Jarnithim estaba loco, en efecto. Yan había puesto ya la embarcación a flote.

Haciendo un esfuerzo, el ex-sargento saltó a ella.

Yan empujó la barca.

Una ola los arrastró a cincuenta brazas, haciéndola franquear un arrecife cuya cresta estaba cubierta.

Desde aquel momento la multitud palpitante, muda de angustia, pudo seguir con la mirada las peripecias del formidable combate sostenido por el hombre contra la Naturaleza.

Fué una lucha sublime, grandiosa. Encorvado sobre los remos, Juan de Kerdaz impulsó en línea recta la barca.

A medida que se alejaba, los que sostenían la amarra en tierra, se movían lentamente con objeto de evitar las sacudidas y avanzaban insensiblemente hacia el punto de la bahía donde estaba la playa de arena.

Si Yan alcanzaba a los carabineros, sería quizás posible remolcarlos hasta tierra.

Desde la costa no podían darse cuenta de lo que pasaba en la barca.

Se la veía subir y bajar a impulso de las olas.

A veces se distinguía a Jarnithim,

enloquecido de terror, agarrado a los bancos. Detrás de él Yan, hermoso, soberbio, con el pelo despeinado, movía los remos como si estuviesen soldados a sus puños.

Pero la lucha era muy desigual. ¿Qué podía hacer un hombre contra el mar? Aquél no era el Raz de los días tranquilos, que en otro tiempo mecía su barca con lánguidas caricias: Era el océano entero que teniendo su presa no la dejaría escapar.

¿Oía Juan de Kerdaz las llamadas misteriosas que le solicitaban otras veces?

¿Se daba cuenta de la extraña fatalidad que empujan a los seres humanos hacia su destino?

El Raz ha guardado su secreto.

La multitud, ansiosa, vió de pronto que una ola prodigiosa levantaba en vilo la embarcación y la arrojaba sobre el costado del bote de los carabineros. Todos pudieron ver a Yan de pie blandiendo la amarra de salvación antes de lanzarla.

Y esto fué todo. Una segunda ola, alta como una montaña, se rompió contra los dos botes.

Ya no se vió nada.

Las embarcaciones habían chocado una contra otra.

Pero los que tenían la amarra sintieron que tiraban de ella. Entonces ellos a su vez tiraron. Los carabineros estaban salvados. ¿Y Yan?

En aquel momento Gaid volvió en sí.

Miró vagamente a su alrededor.

—¡Yan!— exclamó sollozante.— ¡Yan mío! ¿Dónde estás?

El llanto de los circustantes le respondió.

Enderezóse Gaid y mirando fijamente a Berta du Gast que rezaba, de rodillas, ocultando sus lágrimas.

—¡Mariana!— exclamó.— ¡El la quería a usted también, mejor dicho, sólo quería a usted! ¡A mí no me amaba! Yo le amo todavía. ¡Vamos! ¡Venga! ¡Nos espera! ¡Nos llama a las dos! ¡Venga, señorita! ¡Yan nos llama!

De sus labios azules salió una risa loca.

Mariana lloraba, Gaid reía. El contraste era terrible. Y la casada la víspera, viuda ya, decía a la que ni siquiera fué novia:

—¿Es así como usted le quiere? ¡Es ese el amor de usted! ¡No se llora! ¡Yo no quiero llorar! ¡Voy a buscarle! ¡Me espera!

Sin que nadie pudiese impedirlo, Gaid dió unos cuantos pasos. Se encontraba al borde de una muralla vertical. Debajo de ella, el blanco torbellino se agitaba terriblemente. Gaid daba la espalda al abismo.

Mariana la vió y levantándose extendió los brazos para detenerla, sin duda.

Gaid dijo dando una carcajada:

—¡Vamos! ¡Venga usted! De prisa, señorita! ¡Yan espera!

La multitud dió un grito, un grito único.

Gaid se precipitó en el mar.

Entonces se oyó la voz de Keinek repitiendo:

—¡Cuando yo decía que el Raz reclamaba a alguien!

El Raz dejó vivir a los carabineros y devolvió a la tierra el cadáver de Jarnithim.

Pero guardó a Yan y a Gaid, sus dos hijos.

Y los dos cuerpos rodaron arrastrados por los sombríos remolinos o fueron sepultados en la profundidad del abismo como en un inviolable sepulcero. El Raz está, efectivamente, demasiado agitado siempre, para que los monstruos de alta mar lleguen a él.

Guarda para sí los cadáveres cuando los ha elegido. ¿Quién sabe, si al pie de una de aquellas rocas gigantes Juan de Kerdaz descansa abrazado para siempre a la pobre Gaid? Pot encima de ellos, sube constantemente hasta Dios una plegaria de otro corazón destrozado. Mariana, a cuyo alrededor todo ha muerto, vestida con el hábito de religiosa, espera también la hora de la muerte.

.....  
Cuando el drama hubo concluído, Lescoff, que durante dos días estuvo de duelo, recobró poco a poco su vida normal. Los pescadores volvieron tranquilamente a sus tareas, y, a medida que volvía la primavera, las tormentas se hicieron más raras.

Sin embargo, a la vuelta de las borrascas del equinoccio el día 8 de abril estalló una inexperada inverosmil, arrojó a la costa un barco de tres mástiles noruegos, que acababa de recoger en Burdeos un gran cargamento de vinos. El navío fué a estrellarse contra las rocas del Norte, delante de la gruta del Duende. La tripulación se salvó en parte. Los del Cabo fueron hospitalarios, pero del cargamento pudieron salvarse doce barricas de vino.

Los salteadores no bebieron sangre, pero bebieron vino. Desde hacía cinco años no tuvieron festín parecido.

Era la semana de Pascua. El cumplimiento de sus deberes religiosos no preservó a los pobres cristianos de la orgía que fué gigantesca, terrible; los mismos que acababan de arrojarse en las losas de la iglesia, se entregaron a la bacanal; quinientos hombres y mujeres se emborracharon durante la noche. Y las mujeres no fueron las menos ávidas.

Por la mañana, doscientos o trescientos borrachos aparecieron tendidos sobre las rocas.

Colgada de una axila, en el borde de una barrica y con el brazo metido hasta el codo en el vino, se encontraba una mujer, muerta de congestión por el alcohol, oprimiendo todavía entre sus manos crispadas un zueco del cual se había valido para beber con más abundancia.

A sus pies, dos niños, el mayor de cinco años, juguetean con unas conchas, mientras cantaban la última estrofa de la "Canción de la vaca".

El viento jugaba con sus rubias cabelleras y agitaba las ropas de la madre muerta. Los niños refan, no explicándose la actitud de las desdichada mujer, pero tranquilizados indudablemente por el recuerdo de parecidos abandonos maternales.

Los moralistas tienen derecho a registrar los más extraños desvarios de la Naturaleza humana; pero cuando emiten aforismos proclamando la perfectibilidad del hombre, sobrepasan su poder. ¿Qué es lo que prueban sus hermosas teorías? Nada, sino que la Naturaleza verifica relaciones de todas clases. Su obra se lleva a cabo de tantas maneras diferentes como individualidades hay.

El pueblo que habita en el Cabo, sufre desde el punto de vista moral, el yugo de veinte siglos de atavismo. Ha sido precisa toda la fuerza de la religión para sacarle de la barbarie completa. Y es una cosa admirable ver que, mediante esta última confesión de la debilidad humana, los demás vicios de la civilización han sido rechazados en parte. Pobre y desheredado, el habitante del Cabo no es ladrón ni inhospitalario. Todos aquellos salteadores tienen una bravura inaudita. Las infamias contra la naturaleza y sus leyes son desconocidas en aquella regiones donde predomina el amor brutal y si cualquier escéptico se le antojare asimilar aquellos

seres a los animales, sólo le responderíamos citándole los hechos inmemorables de amor al prójimo que florece sobre las rocas de la antigua Armor.

El mismo que saquea un buque náufrago arriesga veinte veces la vida para salvar una barca de carabineros. La historia de Yan y Gaid es completamente verídica. Sólo faltan en ella los nombre propios.

Y si los lectores quieren convenecerse no tienen más que emprender el camino de Audierne. Desde allí podrán reconocer fácilmente las playas y las murallas de granito. Verán el

sol salir por detrás de los montes de la Arrée y ponerse más allá de las brumas que envuelven las islas del Sein.

Oirán gruñir al Raz y aullar al viento; y por muchos deseos que tengan de reirse de las supersticiones y de las leyendas, se sentirán dominados por el solemne recogimiento de lo infinito. Se descubrirán ante la majestad de lo invisible que mueve los abismos a su voluntad, agujerea el granito como quien moldea el corazón del hombre con las habilidades de la piedra y las agitadas partes del océano.

**FIN**